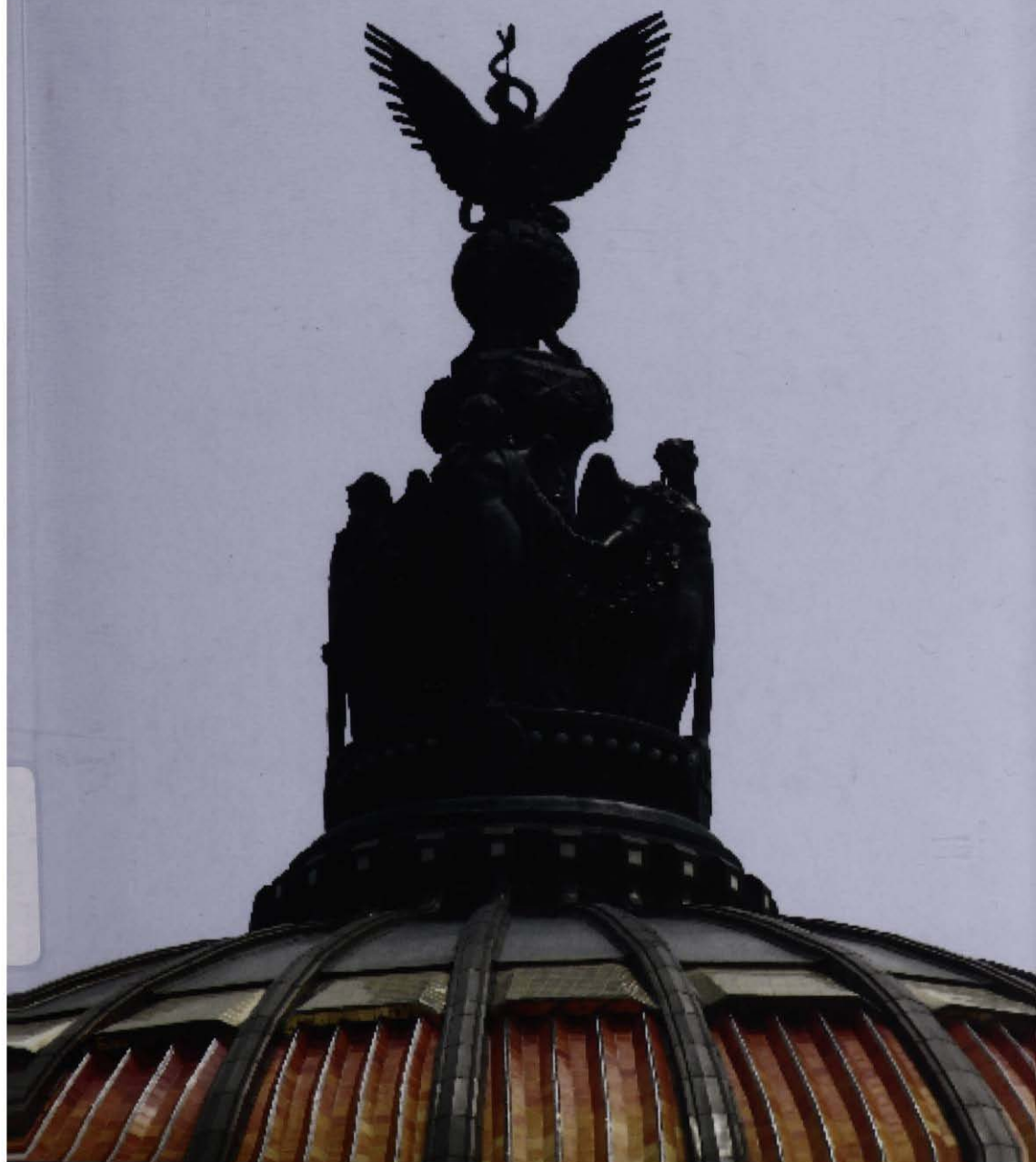


238

LUISA MARTÍNEZ LEAL. COMPILADORA

EL PORFIRIATO



218496

C.B. 2894683

LUISA MARTÍNEZ LEAL. COMPILADORA

EL PORFIRIATO



LUIS SOTO WALLS
MARÍA ELVIRA BUELNA SERRANO
Y LUCINO GUTIÉRREZ HERRERA
ELENA SEGURAJÁUREGUI
GUADALUPE RÍOS DE LA TORRE
LUISA MARTÍNEZ LEAL
MARCELA SUÁREZ ESCOBAR
CARLOS LIRA Y DULCE MATTOS



AZCAPOTZALCO
COBEI BIBLIOTECA

2894683

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

DR. José Lema Labadie

RECTOR GENERAL

DR. Antonio Aguilar Aguilar

SECRETARIO GENERAL

UNIDAD AZCAPOTZALCO

DR. Adrián de Garay Sánchez

RECTOR DE LA UNIDAD

DRA. Sylvie Turpin Marion

SECRETARIA DE LA UNIDAD

M.A.V. Paloma Ibáñez Villalobos

DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE CIENCIAS

Y ARTES PARA EL DISEÑO

M.D. I. Luis Carlos Herrera

SECRETARIO ACADÉMICO DE LA DIVISIÓN

DE CIENCIAS Y ARTES PARA EL DISEÑO

MTA. Luisa Martínez Leal

JEFA DEL DEPARTAMENTO DE EVALUACIÓN

DEL DISEÑO EN EL TIEMPO

DR. Roberto Gutiérrez López

DIRECTOR DEL ÁREA DE CIENCIAS SOCIALES

Y HUMANIDADES

MTRO. Gerardo González Ascensio

SECRETARIO ACADÉMICO DEL ÁREA

DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

DRA. Ivonne Casigno

ENCARGADA DEL DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES

DRA. Guadalupe Ríos de la Torre

JEFA DEL ÁREA DE HISTORIA Y CULTURA DE MÉXICO



El Porfiriato, es una publicación del Departamento de Evaluación del Diseño de la División de Ciencias y Artes para el Diseño.

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco,

Av. San Pablo No. 180, Col. Reynosa Tamaulipas,

Azcapotzalco, C.P. 02200, México, D.F.

Tel.: (5) 724-43-79

ISBN: 970-31-0759-1

Editora responsable: Luisa Martínez Leal

Impreso en México. Printed in Mexico

México, D.F., 2006

Primera edición 2006 (500 ejemplares)

Impresión: Grupo San Jorge

DISEÑO Y PRODUCCIÓN / La máquina del tiempo

CONCEPTO Y DISEÑO / Andrés M. Ramírez Cuevas

CUIDADO DE LA EDICIÓN / Ana María Hernández L.



ÍNDICE

- 5 Presentación
- 7 Costumbres y muebles de baño en el Porfiriato
LUIS SOTO WALLS
- 47 Reelección: política cotidiana
en los tiempos de Don Porfirio
MARÍA ELVIRA BUELNA SERRANO
Y LUCINO GUTIÉRREZ HERRERA
- 77 Una mirada a la vivienda porfirista
ELENA SEGURAJÁUREGUI
- 85 Catrinas y rotas. La influencia
francesa en el Porfiriato
GUADALUPE RÍOS DE LA TORRE
- 129 Periódicos y revistas durante el Porfiriato
LUISA MARTÍNEZ LEAL
- 145 Policías y ladrones de la ciudad de
México en el Porfiriato temprano
MARCELA SUÁREZ ESCOBAR
- 169 Entre lo privado y lo público.
Casas y jardines en el Porfiriato
CARLOS LIRA VÁSQUEZ Y DULCE MATTOS



Presentación

L U I S A Este libro que tenemos en las manos es el primero de
M A R T Í N E Z lo que esperamos sea una serie de diez. Es produc-
L E A L to del esfuerzo y trabajo conjunto de investigadores
e investigadoras de dos Divisiones, por un lado, el
Área de Historia del Diseño del Departamento de Evaluación del Di-
seño de la División de Ciencias y Artes para el Diseño y, por otro lado,
el Área de Historia y Cultura en México del Departamento de Hu-
manidades de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, ambas
de la UAM-Unidad Azcapotzalco. No es la primera vez que estas dos
áreas trabajan unidas con el propósito de generar resultados frescos, no-
vedosos y con puntos de vista diferentes sobre aspectos generales de la
historia y el diseño.

El objeto de estudio de este libro es el Porfiriato, visto desde muchos ángu-
los. Y el resultado es el siguiente: del Área de Historia y Cultura en México,
tenemos el artículo de la Dra. María Elvira Buelna, "Reelección: política coti-
diana en los tiempos de Don Porfirio", excelente trabajo que podría utilizarse
como lectura de apoyo para las licenciaturas afines al área de historia pues
muestra un aspecto cotidiano en la política de la época. En el texto de "Catri-
nas y rotas. La influencia francesa en el Porfiriato" de la Dra. Guadalupe Ríos
de la Torre, se tipifica muy bien el período estudiado ya que uno de sus aportes

es el estudio del vestido y el traje, retomando los vaivenes de éstos de acuerdo con la política del país, analizado desde la perspectiva de la antropología simbólica. “Policías y ladrones de la ciudad de México en el Porfiriato temprano” de la Dra. Marcela Suárez Escobar, aborda el tema a partir del aspecto legal vigente en la ciudad de México para el periodo estudiado, haciendo hincapié en la descripción del aspecto social y la distribución desigual de la riqueza. También reflexiona sobre esta problemática en la actualidad, para concluir que no se ha evolucionado mucho en este sentido.

Del Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo tenemos lo siguiente: “Costumbres y muebles de baño en el Porfiriato” del Maestro Luis Soto Walls, muestra unos grabados interesantes sobre los muebles y la cultura del baño. En “Periódicos y revistas durante el Porfiriato” se aborda la evolución del periódico de Rafael Reyes Spíndola y la subvención gubernamental por parte de Porfirio Díaz. En el artículo de la Mtra. Elena Segurajáuregui, se analizan los fraccionamientos y las colonias porfiristas y su población. El Dr. Carlos Lira Vásquez y la Mtra. Dulce Mattos Álvarez en su ensayo: “Entre lo privado y lo público. Casa y Jardines en el Porfiriato” recrean la vida cotidiana de las casas porfirianas en dos ciudades mexicanas: Oaxaca y Jerez, Zacatecas.

La labor de investigación que se presenta tuvo como eje central reflexionar y aportar material —en lo que corresponda— al debate sobre el Porfiriato desde una perspectiva crítica y analítica de la historia y el diseño. Como he señalado, es el primero de una serie que se pretende sea muy extensa, tarea no siempre fácil, pero que al ser una labor colectiva propiciará una infinidad de opciones y propuestas que la mantendrá por muchos años más.

Finalmente, se espera mostrar lo más actual de la reflexión histórica y que, al mismo tiempo, sea útil para la generación de nuevos conocimientos, propósito fundamental para la formación de futuras generaciones de estudiosos e investigadores sobre la historia nacional y la historia del diseño.

AZCAPOTZALCO, OCTUBRE DEL 2006.





Costumbres y muebles de baño en el Porfiriato

LUIS SOTO WALLS El diseño de productos ocupa un lugar fundamental
UAM-Azcapotzalco en la conformación de la civilización actual y se manifiesta en todos los aspectos de la vida cotidiana. El diseño industrial es inseparable de la cultura y se vincula con el quehacer humano a través de los objetos.

El interés por conocer algunos de los factores que determinan la existencia de los espacios y los objetos con los que desarrollamos nuestras actividades, se basa en una pregunta fundamental: ¿qué elementos son los que promueven el cambio conceptual y formal de los objetos a través de la historia?

En la actualidad, cuando se reflexiona sobre el comportamiento humano y su estructura a lo largo del tiempo, no se puede dejar al margen el contexto social donde se desarrolló. La valoración que se hace sobre los modelos de comportamiento de las sociedades anteriores o contemporáneas que no han seguido pautas similares —en su desenvolvimiento— a las culturas hegemónicas, nos remite a los conceptos de cultura y civilización, los cuales parecen estar relacionados, pero, al mismo tiempo, distantes entre sí.

A lo largo de la historia de la humanidad la satisfacción de las necesidades físicas y sus instintos, han sido alteradas por los mecanismos de control y represión, generados por las sanciones a las pautas de comportamiento social, haciendo que los sentimientos de vergüenza y pudor

que los rodea se conviertan en una costumbre para el individuo. El código social de comportamiento, impuesto por la sociedad, impacta de tal forma a los seres humanos que acaba constituyéndose en un elemento esencial de lo individual y se convierte en una especie de “segunda naturaleza”. Y es justo en la satisfacción de estas necesidades, que se produce una dualidad en la vida de los hombres, ya que existe una faceta que puede ser pública, que puede ser visible en el trato con los demás y otra que no, que ha de mantenerse en secreto.

Esta división que podríamos denominar pública y privada, acaba siendo tan evidente para el individuo, que se instituye en una serie de costumbres hasta tal punto dominantes, que ni siquiera se es conciente de ellas, asegurándose, en líneas generales, de coaccionar a los individuos y de sostener el grado de represión de la vida impulsiva en el comportamiento, lo que garantiza que las personas no rebasen los parámetros establecidos para dichas acciones.

La exclusión de las necesidades corporales de la vida pública transformó de manera general las relaciones humanas, y con ello se inició un cambio en las necesidades de hombres y mujeres. El desarrollo de objetos y aparatos acordes con las pautas de evolución, por un lado, muestran la existencia de costumbres cambiantes y, por otro lado, sirven para la reproducción continua de las pautas sociales, así como para su difusión. Por ejemplo en la actualidad se puede hablar con toda libertad de todo lo relacionado con el uso del baño y las necesidades corporales, a diferencia del siglo XIX.

La naturalidad con que la gente exhibía el cuerpo desnudo en la Edad Media fue desapareciendo lentamente, época en que la satisfacción de las necesidades fisiológicas comienzan a ser reguladas y la sociedad reprime ciertas funciones al recluirlas en la intimidad, en el “secreto” de la vida de los individuos, haciendo que los sentimientos sociales frente a ellas sean de disgusto y repugnancia.¹

1. Elías, Norbert, *El proceso de la Civilización*, México, FCE, 1989, p. 180.



Fue en el siglo XVII donde se sentaron las bases religiosas y espirituales que impactarían en el comportamiento de los hombres de los siglos XVIII y XIX. Florece el refinamiento en la vida cotidiana, pero el baño no se visualiza como parte de la higiene y del cuidado del cuerpo. Entre otras causas, son los movimientos de Reforma y Contrarreforma los responsables de que en este período hubiera una gran negligencia sobre el cuidado del cuerpo, ya que se veía a la desnudez como un pecado y su asociación con el baño hacían de este último un problema.

En el siglo XVIII, se observa un cambio en relación con el concepto del baño. Concepto que caminó en dos direcciones: a través de la medición y del interés por el “redescubrimiento de la naturaleza”. El médico inglés John Foyler consiguió una fama considerable en ese tiempo, por el uso de baños fríos en las enfermedades, principalmente en la cura del raquitismo, por lo que defendió fuertemente la reutilización del baño frío por sus magníficos efectos terapéuticos.²

Los médicos del siglo XVIII comenzaron a recomendar que la gente se lavara todos los días la cara, el cuello y las manos. En los textos sobre buenas costumbres de La Salle, en la segunda edición publicada en 1774, se aconsejaba frotarse la cara con un paño blanco, pero advierte que no es bueno empaparlo con agua, pues ésta hace que la cara se vuelva demasiado sensible al frío y al sol.

Rosseau, con su proclama del “retorno a la naturaleza”, también influyó en las costumbres de la sociedad del siglo XVIII y generó nuevas actitudes respecto del uso del baño. Sin embargo, estos cambios no influyeron en las sociedades cortesanas europeas que en comparación con el siglo XVII, había disminuido notablemente la resistencia al baño privado, a éste se le seguía considerando útil solamente para los casos de enfermedad.

En los Estados Unidos de Norteamérica, el doctor John Bell publicó en 1850 su obra *Hidrología Médica y Dietética*, tratado sobre los baños

2. Giedion, Siegfried, *La mecanización toma el mando*, Barcelona, España, Gustavo Gili, 1978, p. 252.

que comprende: baños fríos, calientes, de mar, de vapor, de gas y de barro. También sobre régimen acuoso, hidropatía e inhalación pulmonar; con una descripción de los baños antiguos y modernos. El doctor Bell pretendía generar “una doctrina más satisfactoria y armoniosa de la higiene y de la terapéutica del balneario”.³

Gradualmente, el siglo XIX iría adquiriendo costumbres de higiene, a partir de las experiencias de las sociedades europeas que aprendieron a controlar las enfermedades que hasta entonces no conocían freno. En las grandes ciudades se iban extendiendo poco a poco las redes de alcantarillado. El agua corriente con la que contaban, no era potable en la mayoría de las ciudades, por lo que debía pagarse los servicios de una persona que llevara a las casas semanalmente el agua para beber y cocinar. Hasta finales del siglo XIX, la calidad del agua potable no pudo ser juzgada más que por su transparencia, ya que por la ausencia de sabor y olor era imposible detectar efectos nocivos. Debido a lo anterior, se hicieron grandes esfuerzos por parte del gobierno para tener acceso a fuentes de suministro distantes y a la introducción de mejores métodos de purificación del agua.⁴ Sin embargo, el baño era poco frecuente, ya que se realizaba una vez por semana o por mes; para esto, la gente asistía a manantiales o ríos a bañarse, como una actividad recreativa y de esparcimiento. Posteriormente, con la instalación de los baños públicos o colectivos se convirtió en un centro de socialización e identidad grupal.

Durante el siglo XIX, la indumentaria utilizada jugaba un papel importante en la configuración de los muebles en general y, en consecuencia, de los objetos de aseo personal y para la satisfacción de las necesidades fisiológicas. La vestimenta vigente en la segunda mitad del siglo XIX en México, era resultado de dos aspectos fundamentales: por un lado, del concepto, de la idea predominante sobre la mujer, su imagen y su función en todos los niveles sociales, tendencia que va de la mano con las corrientes contempo-

3. *Ibid.*, pp. 667-670.

4. Wright, Lawrence, *Pulcro y Decente*, Barcelona, España, Ed. Noguer, 1962, p. 189.

ráneas tanto en la literatura como en el arte. Por el otro, el escaso desarrollo de la industria textil en nuestro país y las posibilidades de la importación de telas y accesorios que complementaban los guardarropas de moda y de uso habitual. Los vestidos se elaboraran copiando los modelos europeos, sobre todo parisinos, por modistas o costureras nativas. Existían tiendas cuyos propietarios franceses vendían los modelos casi cuatro veces más caros que en París, por los derechos de aduana sumados a las ganancias. Estas cantidades las pagaba con gusto sólo un limitado número de damas adineradas. Aunque en el Porfiriato creció la industria textil, sus producciones se centraban en la elaboración de telas de algodón y manta.

Blusas, corpiños, camisas, corsés, canesús de encaje, enaguas múltiples, miriñaques, crinolinas, camisolas, camisolines, frú, frú de seda, puf, polisón... un sinfín de prendas en ropa blanca, de algodón o lino por medio de las cuales se pretendía que las damas de sociedad realzaran su belleza. También tenían presencia la gran variedad de accesorios como sombrillas, sombreros, pañuelos, cuellos de encaje, guantes, bolsas, zapatillas, botines y muchos más.

En la segunda mitad del siglo XIX predominaba la idea de que la mujer, por medio de su prestancia, adornos e indumentaria, otorgaba prestigio al hombre y era el vivo ejemplo de su éxito económico; criterio válido entre la llamada "gente de pelo".

Entre 1854 y 1868, y en especial durante los años del Imperio de Maximiliano, llegan a su apogeo los miriñaques y las crinolinas, que no eran otra cosa que estructuras capaces de soportar una falda hasta de tres metros de diámetro y de casi treinta metros de tela. La imagen de la mujer es, por lo tanto, la de un ídolo inaccesible que mantiene a distancia su entorno. Inalcanzable como figura romántica, evocadora y nostálgica en contraste con la realidad cotidiana, imaginemos la enorme dificultad para sentarse o desplazarse, así como la incomodidad para desempeñar la vida diaria.

Por su parte, las mujeres del pueblo dedicadas al trabajo, vestían huipiles y enaguas de lana o de algodón en diversos colores. Sus adornos estaban formados por "gargantillas y relicarios, anillos de plata en las manos y aretes

El baño de lluvia consistía en un depósito de agua fría colgado en el techo, conectado a una válvula que era accionada mediante una cuerda por el médico.



de calabacillas de corales” y sus arracadas de oro, que lo mismo ostentaba la mujer que elaboraba las enchiladas como la vendedora de aguas frescas. Desde luego, como prenda indispensable estaba el rebozo, hecho de seda o de algodón, cuyo valor dependía de su largo y de la forma de las puntas.

La vestimenta masculina, a diferencia de la femenina, tendía más hacia la comodidad y la actividad laboral. Los campesinos y pastores indígenas usaban la inconfundible camisa y calzón blanco de manta, por ello la creciente producción de mantas de algodón y la proliferación de fábricas mexicanas a finales del siglo XIX.

La vestimenta de los rancheros se componía de “unas calzoneras de gamuza de venado, adornadas a los lados de botones de plata... otros las usan de paño con galón de oro...”, un sombrero adornado con toquilla de plata, alas grandes y a los lados de la copa “unas chapetas de plata en forma de águila u oro capricho”. Cubría su cuerpo con la manga de Acámbaro, especie de capa, y un sarape de Saltillo.

Conforme finaliza el siglo XIX, con la mecanización de la industria textil y el descenso en el precio de las telas de algodón, combinado con

el interés por cubrir y ocultar, se libera a la mujer de la crinolina, pero se le añade el polisón y se mantiene el corsé de varillas de ballena. Hacia 1881, los vestidos de lujo para las damas mexicanas se elaboran en diversas telas, como la faya de seda y se adornan con abalorios.

Hacia 1895 la variedad de telas aumentan, ahora son sedas, terciopelos, satines y los tradicionales encajes los que denotan la opulencia. Las mujeres se vuelven más activas, por ejemplo, practican algunos deportes como tenis, golf, ciclismo y natación. Además, la silueta femenina se afina cada vez más.

Al desaparecer los grandes volúmenes de tela (1908) deviene el fin del corsé, por lo cual la apariencia del cuerpo femenino se transforma radicalmente y al comenzar el siglo XX los vestidos son lisos y sueltos. El aspecto de la mujer cambia radicalmente.⁵

Retomando nuestro tema central y como hemos mencionado líneas antes, a finales del siglo XVIII había desaparecido lentamente el miedo al agua, debido a que en Europa había cada vez más médicos que recetaban diversas formas de “cura de aguas”. A partir de esto surgen diversos tipos de baño con fines terapéuticos. Uno de los primeros fue el baño de lluvia, que consistía en un depósito de agua fría colgado en el techo amarrado a una válvula que era accionada por el médico con una cuerda que pasaba por dos poleas y que a través de una boquilla hacía caer el agua sobre el paciente colocado de pie bajo el sistema. Aunque el impacto de este tipo de baño causaba terror a muchos pacientes, sobre todo en la primera ocasión que lo probaba, el choque era mucho menor que en el llamado baño ducha, en el cual se dirigía a las partes doloridas del cuerpo, un chorro potente de agua helada.⁶

La variedad en la forma de las bañeras se multiplicó. Cada tipo de bañera correspondía a una modalidad diferente de baño, por lo que se abarcaba desde el baño de esponja, el baño completo, el baño de zapatilla, la ducha e incluso el baño portátil.

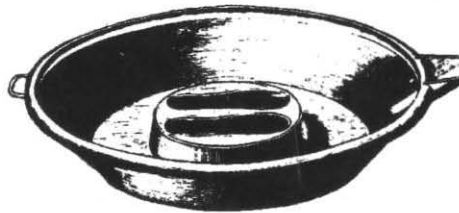
5. *México Desconocido en el Tiempo*. Abril, No. 35, 2000.

6. Giedion, Siegfried, pp. 671-674.

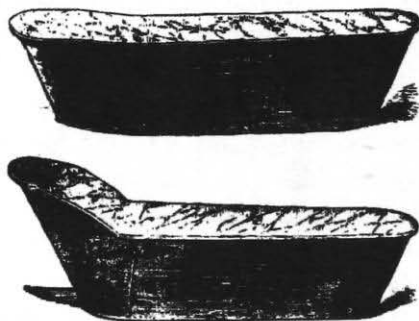
Para el “baño de esponja”, se imprimieron instrucciones precisas para su uso:

[...] para tomar este baño es deseable que la esponja sea de tamaño grande, que se coloque en el baño empapada en agua y dispuesta para su uso inmediato. Para conseguir el mayor beneficio de la manera más agradable, esta esponja empapada, cuando el bañista entra en el baño, se debe levantar y colocar rápidamente sobre la parte posterior de la cabeza, que debe estar inclinada ligeramente hacia delante, de forma que la mayor parte del agua baje por la columna vertebral y la espalda; la siguiente esponja empapada se debe aplicar casi instantáneamente, inclinándose hacia delante, a lo alto de la cabeza; y la tercera, estando completamente erguido, al pecho... En caso de que la reacción fuera muy lenta después de un baño de esponja, se puede acelerar mediante la adición previa al agua de un vasito de agua de colonia, de alcohol de vino o de cualquier clase, siendo acaso lo mejor el whisky.

El baño de esponja utilizaba una bañera circular, poco profunda y con una protuberancia en el centro para que se colocara el bañista.



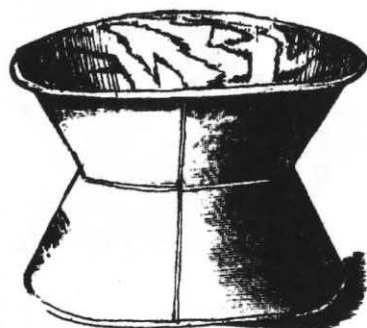
Para este tipo de baño se requería de una bañera circular, poco profunda, con costados gruesos, borde cilíndrico, asas y un caño para vaciarlo. Normalmente contaba con una protuberancia en el centro para que se colocara el bañista.



El baño completo empleaba una bañera común, pero contaba con un respaldo alto.

El “baño completo o baño ordinario tumbado” se parecía a la bañera común, pero contaba con un respaldo alto, con 1.5 metros de largo y a veces contaba con asas y un caño de desagüe. Se recomendaba utilizar agua suficiente que cubriera el cuerpo del paciente, excepto la cabeza. Después de estar en el baño cinco minutos, se frotaba bien el cuerpo, aumentando el efecto del baño si se le daba masaje suave en el vientre.

El “baño de asiento” constaba de un recipiente cuadrado u ovalado que podía tener un fondo falso con perforaciones que permitían subir



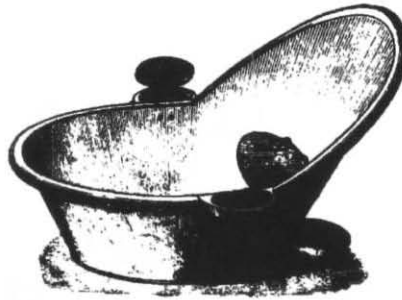
El baño de asiento era circular, como dos conos truncados contrapuestos.

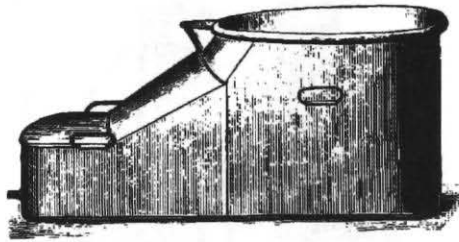
al agua, cuando ésta se vertía con un embudo por la parte posterior. Su fondo se reducía a unos 13 centímetros de diámetro y unos 35 centímetros de profundidad. Este tipo de baño resultaba muy práctico, debido a que no era necesario desnudarse, pues bastaba con introducir lentamente la parte media del cuerpo. Al terminar el baño debía aplicarse una fricción. En esta modalidad, el baño se tomaba con agua fría y se recomendaba para los padecimientos de debilidad nerviosa, apatía de los órganos sexuales y de congestión cerebral.

El “baño de cadera”, más popular que el de asiento, era ovalado o redondo y se estrechaba en la parte inferior, ensanchándose nuevamente en su base. Contaba con un respaldo alto, el borde redondeado y unos pequeños recodos que servían de descansa-brazos, permitiendo al usuario levantarse de la bañera. Se recetaba contra las diversas formas del cólera, los cólicos, la diarrea, enfermedades del hígado y otros desarreglos.

El “baño de fuente o ducha ascendente”, muy similar a los anteriores, funcionaba por medio de aspersores que despedían chorros de agua dentro de una caja, la cual contaba con un orificio en la parte superior para que se sentara el paciente. Se recomendaba para afecciones similares a las ya descritas.

El baño de cadera contaba con un respaldo alto y unos pequeños recodos que servían de descansa-brazos.





El baño de bota
era para relajar
el cuerpo.

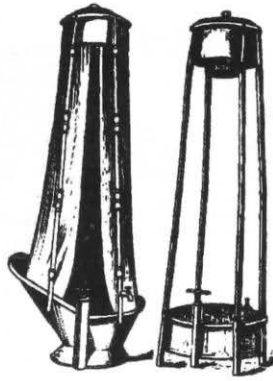
El “baño de zapatilla o baño de bota” tenía en realidad la forma de una bota, al introducirse el paciente únicamente se le veían la cabeza y los hombros, de esta manera se guardaban a la vez el calor y el pudor. Estaba formado por unas veinte piezas de chapa de metal, por lo que resultaba una obra complicada. En la punta de la bota hay un pequeño embudo para llenarla y en el talón un desagüe. Servía para el relajamiento corporal.

El “baño de ducha” generalmente retomaba alguna de las modalidades anteriores, se le añadía un pequeño tanque de agua en la parte superior, sostenido por un anillo con tres o cuatro patas de metal, una de las cuales era un tubo a través del cual se hacía subir el agua con una bomba manual. De este anillo colgaba una cortina que permitía la intimidad del usuario e impedía que el agua salpicara al exterior. Se advertía al usuario: “casi toda el agua de un baño de ducha produce una sensación semejante a la que produciría una ducha de plomo al rojo vivo; la impresión es tremenda y la ducha, si continuara por mucho tiempo, provocaría seguramente la asfixia”.

El baño tomado únicamente con fines de limpieza y no como medio curativo, era una variedad que se describía separadamente bajo la denominación de “baño de jabón”. La descripción para practicar esta variedad era:

[...] La aplicación del baño de jabón es muy sencilla: el bañista va provisto de un gran trozo de jabón ordinario amarillo y de un amplio

El baño de ducha consistía en un depósito de agua colocado en la parte superior.



guante de lavar. El que se baña, colocándose desnudo delante de la vasija de lavar que contiene agua muy caliente, cubre su cuerpo de la cabeza a los pies rápida y enérgicamente de una capa abundante de jabón... deberá enjuagarse con agua caliente o muy caliente, solo los muy fuertes usarán agua templada... el baño de jabón se puede tomar en cualquier período del año.⁷

Los “baños de vapor” aparecen con la categoría de baño privado de alcoba y fueron muy utilizados en la segunda mitad del siglo XIX. La *Enciclopedia Británica* de 1854 menciona: “el baño de vapor es infinitamente superior al baño caliente para todos los casos en los que se recomienda el calor”.

Es importante destacar que la economía de vapor era un elemento secundario en estos casos, más bien, se debía al temor a la desnudez lo que inspiraba a que se convirtiera en algo privado. Había baños de vapor que se tomaban en posición sentada y otros en los que el bañista estaba recostado.⁸

7. Wright, Lawrence, pp. 206-217.

8. Giedion, Siegfried, pp. 660-662.





El baño de vapor
se adaptó a la cama
a partir de 1814.

Cabe mencionar que durante la primera mitad del siglo XIX, se desarrolla rápidamente la industria del hierro colado, principalmente en Inglaterra, fue utilizado para producir una gran cantidad de objetos domésticos, como el caso de las bañeras, sin embargo, se continuó prefiriendo el hierro forjado para la construcción, debido a que era menos quebradizo.⁹

La ducha en el siglo XIX poseía una fama independiente de la bañera, pero formaba regularmente unidad con esta, debido a su economía y a la influencia de la hidroterapia.

Con la posibilidad de tener agua corriente en las casas, surgió la bañera fija a finales del siglo XIX. Las tuberías estaban a la vista y los herrajes quedaban reducidos a lo esencial. La bañera, por lo general, se encontraba embutida en paneles de madera con un respaldo de azulejos, contando algunas de éstas con una ducha encerrada en una cabina al extremo de la bañera, hecha de caoba tallada. La bañera de hierro colado apareció en 1880, el borde era plano y permitía colocar una cubierta de madera, en su interior el hierro estaba galvanizado o pintado.¹⁰

9. Wright, Lawrence, p. 50.

10. *Ibid.*, p. 63.

Las bañeras de agua corriente eran un lujo que sólo las clases altas se podían permitir, ya que dependían de la presión que alcanzaba el agua en la zona de la ciudad en donde estuviera ubicada la casa, y la mayoría de quienes contaban con una toma domiciliaria sólo llegaba a la planta baja del inmueble; por lo tanto, si la bañera seguía siendo usada en el dormitorio era abastecida manualmente por la servidumbre que subía el agua previamente calentada. Los sistemas de calentamiento del agua se desarrollaron durante el siglo XIX.

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, era una costumbre frecuente que la gente se lavara en fuentes o pilas de agua, las clases cortesanas trasladaban la jarra y el aguamanil que usaban en la mesa de sus dormitorios con este fin. Hacia 1740, reaparece el lavabo como un frágil trípode con una pequeña jofaina o recipiente cóncavo de porcelana, encajada en un hueco redondo. Debajo había un estante con un minúsculo jarro para el agua, o quizá para el agua perfumada de tocador y en medio podía haber otro estante o repisa para los artículos personales. Una variante posterior consistió en un trípode con un hueco redondo en la parte superior para la jofaina, con una tapadera que al levantarse dejaba al descubierto un espejo redondo.¹¹

Lavabo cubierto,
1887.



11. *Ibid.*, pp. 98-100.



Hacia 1770, el mueble del lavabo es trasladado a un rincón de la recámara y la parte superior se transformó en un cuadrante con un espejo fijo. La jofaina era mayor y se le hicieron unos orificios para las jaboneras. Hacia 1830, surgió una nueva forma para los lavabos, se hicieron grandes y rectangulares; los modelos más comunes consistían en una mesa con cubierta de mármol y respaldo del mismo material o de madera; la jofaina se agrandó, ya no era hundida y dentro de ella había un jarro en el que cabían por lo menos 4.5 litros de agua; tenía jaboneras de porcelana con amplios agujeros, un recipiente para la esponja, vasos para limpiarse los dientes, botellas de agua, e incluso otro recipiente para la dentadura postiza. El agua caliente era llevada en un recipiente de cobre o latón envuelto en una toalla.

Este modelo sirvió hasta que llegó el agua corriente al dormitorio, poco después de 1870, convirtiéndose la jofaina en un objeto hundido en la cubierta de mármol y para ocultar las tuberías de alimentación y desagüe; este conjunto iba encerrado en una caja de caoba tallada con un respaldo de mármol, un espejo enmarcado y unos toalleros. Se le podía



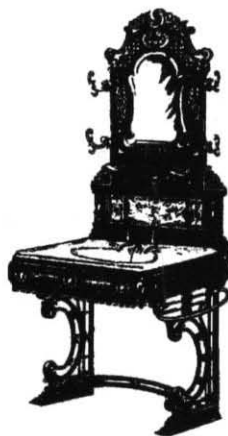
Lavabo inclinado
con pedestal y agua
corriente, 1890.



colocar en el dormitorio, en el cuarto de baño o en el vestidor y a pesar de que se encontraba fijo debido a su fontanería, peso y volumen, seguía siendo considerado como un mueble más.¹²

El lavabo a finales del siglo XIX, a pesar de la profusión de molduras, mármoles y adornos metálicos que producían las fábricas, no fue fabricado en serie con los materiales primitivos, la solución consistió en hacerlo con hierro colado. Las posibilidades de este material permitieron fabricar los lavabos con el doble de adornos y a la mitad de precio. El lavabo encerrado en una caja de madera, deja paso a un lavabo abierto con jofaina de loza colocada en un armazón de hierro fundido. Las patas, repisas, estantes, los marcos del espejo, los toalleros y los colgadores de hierro afiligranado, se podían multiplicar fácilmente con el nuevo proceso de producción. Los estilos de estos muebles variaron desde el Imperio hasta el Rococó, el hierro se pintaba imitando la madera, mármol, bronce u oro.

Lavabo de hierro fundido con cubierta de mármol en una sola pieza, 1900.



12. *Ibid.*, p. 125.

Al fijar el lavabo en el cuarto de baño, si se contaba con agua corriente y desagüe, se añadían algunos elementos que facilitan su uso. Uno de los más importantes fue el céspol, sistema muy similar al utilizado en los inodoros, ya que está formado por un tubo en forma de "S", el cual, por el sistema de vasos comunicantes, permite que se genere un depósito de agua en su recodo inferior, obstruyendo el paso de los olores de la cañería al interior del cuarto de baño.

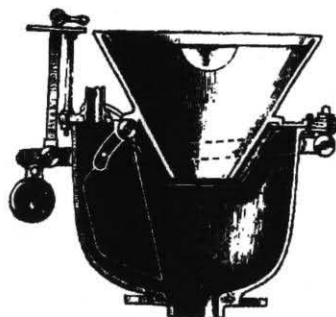
Para la satisfacción de necesidades corporales, se inventó el retrete e inodoro de válvula en Inglaterra en el siglo XVIII, y aunque los ingleses aceptaron el retrete de agua corriente como una novedad, su uso se generalizó primero en Francia. Aunque la letrina surgió en Europa con las sociedades antiguas, a la caída del Imperio Romano de Occidente se pierde la costumbre generalizada de su uso, debido a que las culturas invasoras del Norte no habían creado la necesidad de utilizar un producto en sus actividades fisiológicas. Con el establecimiento de los monasterios católicos, como "guardianes de la cultura de Occidente" durante la Edad Media se rescató el uso de las letrinas, y se incorporó un sistema de drenaje por medio de una corriente natural de agua que pasaba por debajo de éstas.¹³

No es sino hasta el siglo XVIII cuando aparece el retrete con uso de agua corriente. Los modelos iniciales consistían en recipientes cónicos o semiesféricos de donde eran arrastrados los excrementos para caer por medio de una válvula, a un sifón que conectaba con la cañería. Estos retretes tuvieron poco éxito, debido a que dejaban pasar los olores de la cañería que resultaban insoportables.

En 1775, Alexander Cummings, un relojero de Bond Street, patentó su modelo de retrete en el que ya se encontraban algunos elementos del modelo de válvula moderno. Tenía un depósito superior de alimentación de agua, un céspol en forma de "U" que no permitía el paso de los olores y quedaba un sobrante de agua en la taza. Este modelo es el primer retrete inodoro.

13. Elías, Norbert, p. 204.

Retrete de recipiente.

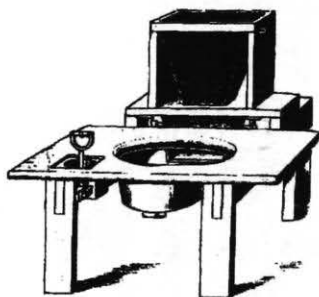


Tres años más tarde, Joseph Bramah, ebanista inglés, mejoró el sistema de Cummings, empleando una válvula que se fijaba con un movimiento de manivela. La patente de Bramah se utilizó para fabricar retretes hasta 1890. Dicho modelo fue perfeccionado por Hellyer, pero lo esencial del diseño de la válvula de Bramah se sigue utilizando en la actualidad. Su único rival era el retrete alto de Hopper, que consistía en una vasija cónica regada por una delgada espiral de agua, pero según decía Hellyer, "con un movimiento tan retorcido, que cuando había descendido por la trampa, no tenía ya energías para arrastrar nada". El espacio que había que limpiar era demasiado grande, e incluso el retrete bajo no resultaba mucho mejor. Estos retretes estaban formados por dos piezas de barro cocido, lo cual los hacía muy baratos y sencillos y se les anunciaba como adecuados para fábricas, cárceles, etcétera.¹⁴

Hacia 1870, Mr. T.W. Twyford concibió el retrete hecho completamente de barro, de forma hundida. En este retrete una vasija contenía dos centímetros de agua y, aunque la corriente podía vaciar la vasija, perdía la mayoría de su fuerza al hacerlo, arrastrando poco o nada consigo. A pesar de esto, las ventas de Twyford alcanzaron la cifra de

14. *Ibid.*, p. 177.

Retrete de tierra
de Moule, 1860.



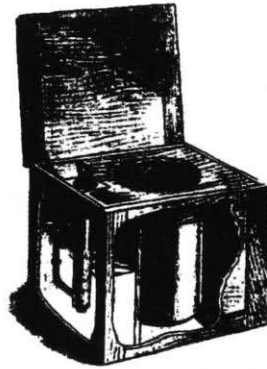
10,000 piezas al año y esa clase de retretes se usaron mucho tiempo después.

El retrete de válvula de Bramah tenía tres defectos principalmente: el desagüe fallaba si no se tiraba toda el asa; un retrete que se utilizara poco podía perder el agua del céspol por evaporación y permitir la entrada de los olores de la cañería; y el desagüe era muy ruidoso. En 1870, el retrete "Óptimus" superó estos defectos, pero el trabajo de herrería tenía que ocultarse por medio de un mueble de madera o una silla superpuesta.



Retrete de válvula
"Óptimus" de
Hellyer, 1870.

Retrete portátil de
agua con bomba
cubo de cobre, 1882.



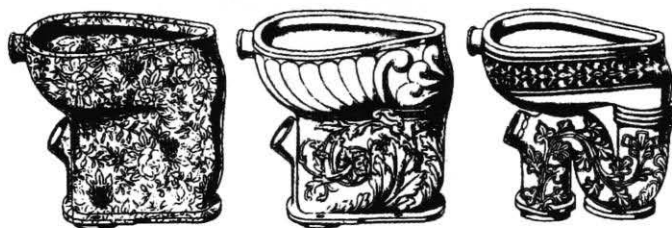
El “Retrete Sifón” de J.R. Mann data también de 1870. En este modelo la vasija contenía un poco de agua y al tirar del asa salía un chorro rápido seguido de otro más lento, mientras la acción del sifón mantenía los desechos en movimiento. Este retrete fue el primero que no causaba un gran estrépito al utilizarse.

Retrete de sifón
Hopper bajo, 1872.



El retrete “Vaso de Pedestal” de Jennings obtuvo la medalla de oro de la Exposición Sanitaria de Londres en 1884, pues quedó completamente limpio con una corriente de nueve litros de agua. En 1885 Twyford presentó su retrete “Unitas”, considerado el pionero de los retretes de

Diversos modelos
de retretes
decorados, 1895.



pedestal modernos. La forma del retrete que empleamos actualmente se debe al señor T.D. Bostel —colaborador de la compañía Ideal Standard de Bristol—, y fue adoptada hacia 1889. Las variantes que ha sufrido a partir de principios de siglo radican básicamente en los aspectos formales, pero los sistemas para su funcionamiento son los mismos que los del modelo original.¹⁵

La aparición del retrete responde a las condiciones sociales predominantes en la época y contribuye a consolidar las pautas de comportamiento que establece el avance de los actitudes de pudor y vergüenza. Lo anterior se muestra con claridad en los textos sobre las buenas maneras publicados por La Salle en la primera edición de 1729, donde subraya el precepto de hacer las necesidades corporales a escondidas de los demás:

[...] la decencia y el pudor ordenan cubrir todas las partes del cuerpo a excepción de la cabeza y de las manos. Debe evitarse con cuidado, en la medida de lo posible, tocar con la mano desnuda aquellas partes

15. Wright, Lawrence, pp. 57-58.

Retrete modelo
"Epic", 1897.



del cuerpo que no están descubiertas de ordinario; y si resulta obligado a tocarlas, que sea con mucha precaución. Es conveniente acostumbrarse a sufrir las incomodidades pequeñas sin revolverse, frotarse o rascarse... Mucho más contrario a la decencia y a la honestidad es tocar o ver a otra persona, en especial si es del sexo contrario, lo que Dios prohíbe que uno mire incluso en uno mismo. Cuando se tiene necesidad de orinar, es necesario retirarse siempre a un lugar apartado; y, en el caso de cualquiera otras necesidades corporales que puedan sentirse, la decencia manda (incluso a los niños) que no se hagan más que en lugares en los que no se pueda ser vista... no es nunca decoroso hablar de las partes del cuerpo que deben estar escondidas, ni de ciertas necesidades del cuerpo a las que nos ha sometido la naturaleza, ni siquiera nombrarlas.¹⁶

En la segunda edición de 1774, se nota un cambio en cuanto a la extensión dedicada a estos temas. Ya no se habla de muchas cosas que al principio examinaba con detenimiento y evita todas las indicaciones detalladas. Establece que el mero recuerdo de ciertas funciones corporales, resulta desagradable para las personas que se encuentran en presencia de otras con las que no se tiene una relación íntima; y en la sociedad se debe

16. Elías, Norbert, p. 174.

evitar hacer mención de cualquier cosa que tenga algo que ver, aunque sea lejanamente, con tales necesidades naturales. Los textos de La Salle iban más bien dirigidos a normar el comportamiento de la sociedad en su conjunto, y no a las clases cortesanas. Esto responde a las transformaciones sociales que se generaron durante el siglo XVIII.

El uso del retrete fue adaptándose paulatinamente por la sociedad del siglo XVIII, por lo que todavía seguía siendo muy común el uso de las letrinas, cuyo contenido era vaciado por “poceros” a quienes se les llamaba “hombres nocturnos”, debido a que recogían los desechos de las casas a las horas en que las calles estaban desiertas.¹⁷

También durante este siglo se producen una serie de sofisticados objetos para la satisfacción de las necesidades corporales y el aseo personal. Éstos, como en el caso de la bañera o el lavabo, eran muebles que eran usados en los dormitorios como auxiliares. Dentro de los más populares encontramos el orinal, que se escondía en un pequeño mueble llamado “cómoda de noche”. Los orinales se utilizaban en las recámaras, pero también se acostumbraba colocarlos en el comedor o detrás de los huecos de las contraventanas, para el uso de los caballeros que bebían. El orinal consistía en una vasija grande con cuello estrecho y boca ancha. Generalmente eran de cristal, aunque en algunas ocasiones los hacían en barro cocido o metal.

Por esta época aparece la bacinica, que podía ser de latón, peltre, cobre, plata u oro y se utilizaba en el dormitorio para las necesidades fisiológicas que se pudiesen presentar durante la noche, evitando que la persona tuviera que bajarse de la cama y salir a donde se encontraba la letrina o retrete. Estos recipientes tenían forma de taza, con el borde redondeado hacia fuera y con una o dos asas para su transporte.

Otro objeto característico de la época fue el bidé, anunciado y vendido en París como un objeto de aseo, con el nombre de “*bidets à seringue*”. Al principio el bidé se guardaba en el cuarto tocador, posteriormente, al

17. *Ibid.*, pp. 141-144.

"Demoiselle"
del siglo XIX.



ocultarse en pequeños muebles es trasladado al dormitorio. El uso del bidé se recomendaba para los lavados de asiento y tuvo gran éxito en Francia e Italia, aunque no fue bien aceptado en otros países europeos. Poco después se generalizó su uso en algunos países de América, como México, Chile y Argentina.

Uno de los primeros ejemplos de los baños de vapor procede de los Estados Unidos de América, donde se patentó en 1814 un modelo que contaba con una caldera impresionante para suministrar el vapor bajo la colcha de la cama, tenía una especie de dosel de cuatro patas, con cortinas que forman una espaciosa tienda de vapor.

En 1832 se producía un baño alemán de vapor, que era mucho más sencillo y consistía en una caja de madera con una amplia cubierta de tela sostenida por unos listones, sobre los que el paciente se reclinaba. No tenía ningún generador de vapor, sino que para ello se utilizaba un caldero corriente de cocina con agua en ebullición.

Un modelo de 1855, estaba formado por una bolsa que contenía el vapor y el paciente se reclinaba, pudiéndose ceñir al cuello de éste por medio de una

cuerda. Unas mangas en la bolsa servían de escape al vapor, aunque el paciente no podía alcanzar la caldera en el caso de alguna emergencia o avería.¹⁸

En los Estados Unidos de América, una multitud creciente se dirigía hacia el Oeste donde no contaban con tuberías de agua corriente y alcantarillado; el baño portátil de vapor que se podía encargar por correo, resultó un sistema muy práctico y de uso común durante largo tiempo.¹⁹

En relación con el calentamiento del agua, en la Exposición de Londres de 1851 fueron exhibidos varios baños de estaño y cobre, con un pequeño horno unido en el extremo y rodeado por una caja en la que fluía el agua y circulaba hacia atrás y hacia delante hasta que toda la masa de agua del baño se calentaba a la temperatura deseada.

En Londres se produjeron los primeros intentos de calentadores de gas durante la segunda mitad del siglo XIX, y consistían en un depósito de agua que tenía unos 30 centímetros de diámetro y 45 centímetros de altura. Debajo había un mechero de gas que estaba cubierto al igual que el depósito, por una caja de cobre.

En 1868, Benjamín Waddy Maughan confeccionó el primer "geyser" o surtidor de agua caliente intermitente de gas. El geyser se llenaba por medio de una llave de agua o bien a mano, dependiendo de las instalaciones con las que se contara y se encendía el mechero que se encontraba en la parte posterior del depósito, dejándolo prendido de 15 a 30 minutos, según la temperatura deseada para el agua.

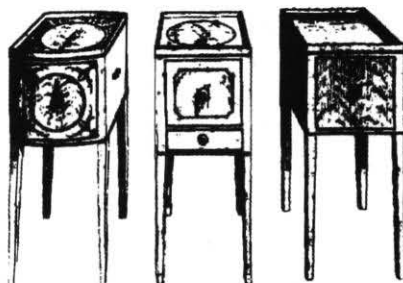
Ewart diseña en 1899 el primer modelo geyser de presión múltiple, al cual llamó "Califont", que permitía que con un solo calentador se calentaran todas las llaves del circuito hidráulico de la casa. Este dispositivo presentaba una desventaja, que en vez de calentar el agua donde se empleaba, se tenía que llenar una tubería con agua caliente.²⁰ Fue hasta finales del siglo XIX, cuando surgió propiamente el cuarto de baño,

18. Giedion, Siegfried, pp. 671-674.

19. Wright, Lawrence, pp. 206-217.

20. *Ibid.*, pp. 225-227.

Mesillas de noche
Hepplewhite.



aunque eran cuartos adaptados. El abastecimiento de agua corriente se generalizó, por lo que los muebles para baño, así como los calentadores de agua y los azulejos para pisos y muros se volvieron populares rápidamente. La aparición del tinaco como depósito de agua, también data de esta época, lo que permitió tener en las casas agua de forma permanente, aun cuando la presión de la red del sistema de distribución de agua potable no fuera lo suficientemente fuerte durante todas las horas del día. Igualmente, el uso de bombas caseras permitió subir el agua a los depósitos de las casas, incluso en aquellas que eran de varios pisos.

Al concluir el siglo XIX era evidente que contar con un cuarto de baño con agua corriente caliente y fría en la casa habitación, era un objetivo deseable que se heredaría al siglo XX. Pero, todavía en 1900 el cuarto de baño seguía siendo un lujo de las clases privilegiadas. Los muebles de baño no habían alcanzado una forma estándar y su producción continuaba siendo muy costosa. Tampoco era satisfactorio el sistema de conducción y calentamiento del agua, además de no contar con accesorios bien ideados.

La bañera pasó de ser un mueble que se instalaba en el dormitorio o la cocina para el baño, a ser un objeto estable dentro de una habitación destinada especialmente para su uso, rodeada de una compleja red de tuberías que abastecían de agua corriente y drenaban el agua sucia. Sin



Modelos de
calentadores de agua
producidos entre los
años 1890 y 1896.

embargo, a pesar de que eran finales del siglo XIX y principios del XX, el cuarto de baño no podía convertirse en un componente de la vivienda de la clase media, mientras no se contara con una red generalizada de distribución de agua corriente.²¹

Inglaterra produjo, entre 1880 y 1910, los artículos de baño más lujosos y de mayor calidad en todo el mundo. La bañera era un pesado mueble de hierro colado con doble envoltorio de porcelana, típica de esta época como el similar modelo esmaltado que se producía industrialmente en Norteamérica. Por su parte, el baño a principios del siglo XX exigía contar con una habitación, con varias ventanas y con un espacio central que fuera lo suficientemente amplio para moverse con libertad, e incluso para hacer ejercicio. Aun las casas más grandes sólo contaban con una habitación de este tipo, que era utilizada por todos los miembros de la familia.

Durante las dos primeras décadas del siglo XX, las sociedades europeas adoptaron el cuarto de baño inglés, cuya ubicación dentro de la casa dependía de las posibilidades de ocupar una de las habitaciones disponibles y de la facilidad para la instalación de los servicios de agua y drenaje. El retrete y el lavabo no formaban parte de esta unidad, por lo que destinaban otro espacio para la instalación de estos muebles. La

21. Giedion, Siegfried, pp. 676-681.

2894683

disociación entre el cuarto de baño y el cuarto de servicios sanitarios, todavía subsiste hoy en día en la mayoría de los países europeos.

Poco después de 1900, el cuarto de baño se redujo debido al elevado costo que representaba la instalación de muebles, acabados y servicios de agua caliente y cañería, por lo que todos sus muebles y su fontanería se colocaron en forma lineal sobre una pared. Hacia 1910, la bañera de una pieza de hierro colado, esmaltada solamente por dentro y pintada o revestida por fuera, se fabricó en grandes cantidades a un precio accesible para la mayoría de la gente. Durante esta misma época se resolvió el problema del acabado impermeable de las bañeras de hierro, gracias al perfeccionamiento de los “esmaltes de porcelana”, que no son de porcelana propiamente, sino que consisten en una capa vitrea a la que se le añaden otras sustancias para lograr diferentes colores y opacidad. Este esmaltado consistía en arena, cal y carbonato de sodio, que se fundían juntos y se molían hasta convertirlos en polvo, de modo que el “esmalte” se fundiera con el metal. Un buen esmalte se dilataba y contraía en la misma proporción que el hierro de la bañera.²²

A partir del siglo XVIII, se buscaron nuevas alternativas en los materiales a emplearse en la producción de las bañeras, debido a que además de que el mármol producía una sensación muy fría, su peso y costo de producción resultaban demasiado elevados. El cobre fue durante mucho tiempo el material favorito, ya que era fácil de trabajar y su oxidación no corroía el material, pero resultaba caro. En algunas bañeras se utilizó el estaño, pero era muy maleable y, en otras, la chapa de fierro, pero se destruía con el óxido. No fue sino hasta 1770, que el inglés Clement inventó un barniz que podía aplicarse a las bañeras de fierro para evitar su oxidación y resistía de manera aceptable el agua caliente. Durante este período se construyeron varias bañeras dentro de muebles de madera con respaldos tapizados y elaborados trabajos de ebanistería.²³

22. Derry, T.K., Williams, Trevor I., *Historia de la Tecnología*, Vol. 3. Siglo XXI. México, D. F., 1987, pp. 143, 151 y 152.

23. Giedion, Siegfried, p. 650.



Existía una gran variedad de opciones en el decorado de las bañeras a mediados del siglo XIX.

Hasta el siglo XIX, las bañeras se produjeron con formas más o menos convencionales; por lo que es sorprendente la variedad de opciones que se ofrecieron a partir de mediados de ese siglo, tanto en las formas como en los usos de cada una de ellas. Aparecieron un número creciente de bañeras gracias a las técnicas mejoradas para la fabricación de objetos forjados en hierro y otros metales, y al aumento de opciones derivado de la Gran Exposición de Londres en 1851. Todos estos modelos eran de chapa metálica, contruidos individualmente por artesanos y el material variaba entre el cobre, el zinc y el hierro, pintados o barnizados. La costumbre exigía que, por lo general, en el exterior fuera de color marrón y el interior de imitación mármol. La pintura no resistía por mucho tiempo el roce y el agua caliente, por lo que debían repintarse constantemente y fue hasta la introducción de los esmaltes de porcelana, un trabajo regular en el que pocas veces se obtenía buen éxito.

Los desarrollos mencionados en el diseño y producción de muebles y artículos de baño que se realizaron principalmente en Europa, tuvieron un impacto relativo en nuestro país, debido a que las clases altas acostumbraban adquirir diferentes productos en el extranjero y con ello las costumbres asociadas a los mismos. Sin embargo, en el caso de los objetos para baño y para la satisfacción de las necesidades corporales, se requería la instauración de la infraestructura correspondiente, como lo era la construcción de una red hidráulica y de cañería.

En el México porfirista, “Los científicos” que eran los ideólogos del Porfiriato, sostenían firmemente que el progreso y la expansión sólo podían fincarse en tiempos de paz. Así, muchos de ellos se jactaban de que el gobierno de Díaz había terminado con los años de anarquía, creando con ello las bases necesarias para iniciar el crecimiento tan deseado. El Estado se convirtió en el hilo conductor de esta política. En correspondencia a la primacía ganada se inició la edilicia oficial, sin parangón con lo hecho anteriormente. Haciendo gala de estilos importados, de monumentalidad y en muchos casos de fastuosidad; en un esfuerzo por conformar la imagen de un Estado próspero, “culto”, estable y pujante.

La pacificación lograda por Díaz había permitido iniciar el proceso de industrialización, impulsado tanto por liberales como conservadores. Lo único que sustenta la administración del General Díaz en su apoyo, es nuestro progreso material. Los diarios oficiosos publican estadísticas y más estadísticas demostrando que el crecimiento en nuestro comercio es fabuloso, que las fuentes de riqueza pública y privada habían aumentado considerablemente, que nuestra red ferroviaria se extiende cada vez más, que en los puertos se construyen magníficas obras para hacerlas más accesibles a los buques de gran calado, que en todas las grandes ciudades se ha construido el drenaje, la pavimentación de las calles, se han construido magníficos edificios, etcétera. La prosperidad debida al proyecto de Porfirio Díaz, decía, se tradujo en un aumento del crédito en el extranjero, del cual hizo el dictador un uso abusivo.

Durante este siglo en México, comienzan a ser utilizados los sistemas que se habían instaurado en Europa para la distribución de agua en zonas urbanas, a la vez que se desarrollan las redes de alcantarillado y drenaje. También son importados los muebles utilizados en el baño, en un principio de España durante la época de la Colonia y a partir del siglo XIX de Francia, debido a que los modelos culturales preferidos por las clases sociales altas eran los franceses, por su gran prestigio en cuanto a los elementos formales y refinamiento en sus acabados.

El desarrollo de la red hidráulica y de la cañería en la ciudad de México fue costoso y complicado de construir, debido a diversas problemáticas. La gran Tenochtitlán se asentaba en la unión de tres lagos y sus grandes calzadas funcionaban como compuertas para regular el nivel de las aguas y no permitir que las salobres de Texcoco se mezclaran con las aguas dulces de los otros lagos. Esto fue el inicio de los graves problemas hidráulicos de la ciudad que hasta hoy tenemos. Con la Conquista, estos problemas se agravaron, debido a que el sistema constructivo mexicana consideraba la alta sismicidad de la zona, causada en parte por su ubicación dentro del Sistema Volcánico Transversal.

Las construcciones europeas no consideraron estos antecedentes, y mucho menos que el terreno sobre el cual se estaban asentando era de relleno, por lo que no estaba planeado para las construcciones tan pesadas de éstos; además, muchas edificaciones se hicieron sobre las ruinas de las construcciones prehispánicas, en un proceso de dominio principalmente religioso y político, por lo que los hundimientos diferenciales por la compresibilidad del subsuelo, se hicieron patentes.

Con estos descuidos u omisiones de los españoles se presentaron problemas como las inundaciones de aguas negras por el rompimiento de puentes y drenajes prehispánicos, que ocasionaron epidemias de viruela, peste, paperas y sarampión, entre muchas otras.

Los aztecas conservaban un equilibrio entre el líquido tomado y devuelto a los lagos, que permitía vivir en armonía con el medio; mientras que en la Colonia se convirtió en foco de graves problemas (epidemias, pérdida de vidas y bienes, etcétera), los que motivó la necesidad de desaguar la cuenca a toda costa, comenzando con grandes obras hidráulicas que derivarían en el agravamiento de unos problemas y la creación de otros nuevos; por ejemplo, hacer pozos para la extracción de agua para el consumo, provocó que el subsuelo se empezara a hundir cada vez más por la aceleración de la falta de líquido y la compactación de limos y arcillas, con esto, las construcciones sufrieron graves daños y desnivelaciones que en algunos casos han causado el derrumbamiento.

Al finalizar la lucha independentista, el país heredó diversos problemas del pasado virreinal y uno de los principales fue el desagüe de la ciudad de México. Los nuevos gobernantes debían hacerle frente. Lucas Alamán habló de ello ante el Congreso en 1823, y unos años más tarde advirtió la necesidad de que un organismo técnico-administrativo se encargara de la dirección de las obras; sin embargo, la pobreza del erario y los constantes conflictos políticos impidieron que, por largo tiempo, se atendiera la cuestión del desagüe, e incluso que sólo se hicieran trabajos de mantenimiento y reparaciones menores.

Al iniciarse el gobierno juarista, el Secretario de Fomento Blas Balcárcel logró que en diciembre de 1867 se estableciera un impuesto especial para financiar las obras de desagüe. Primero se avanzó con rapidez en el tajo y túnel, pero después, conforme se llegaba a mayor profundidad, los costos y los obstáculos aumentaron. Había filtraciones y constantes riesgos de inundaciones y derrumbes, las lumbreras que se construían debían protegerse mediante mampostería o madera, por lo que cada vez era más lento el avance. A la caída del gobierno de Juárez, las obras volvieron a paralizarse. La capital se inundaba en las temporadas de lluvias lo que, además del malestar de la población, provocaba insalubridad y caos.

Hasta el año de 1884, cuando Porfirio Díaz inició su primera reelección, se reanudaron formalmente los trabajos del desagüe en el túnel, el tajo y el gran canal; entonces se destinaron 400,000 pesos anuales para las obras. El adelanto era lento, pues se trataba de una tarea compleja, especialmente en lo referente al túnel y al canal, ya que el tajo estaba prácticamente terminado. La maquinaria con la que se contaba no era la adecuada y, por estas razones el presidente Díaz consideró que tal obra debía quedar en manos de técnicos extranjeros. En 1889 se contrataron varias empresas de capital británico y norteamericano. Los extranjeros cometieron errores técnicos y al cabo del tiempo advirtieron que la obra no les era redituable; por tales motivos, la coordinación pasó de nuevo a la Junta Directiva, y ésta continuó los trabajos con rapidez.

En diciembre de 1894 el túnel de 10, 021.79 m quedó oficialmente concluido.

Las obras del Gran Canal, que debía alcanzar los 47.5 km, continuaron su avance a cargo de las compañías extranjeras. En agosto de 1895, quedó abierta la entrada del canal al túnel; Porfirio Díaz y su comitiva asistieron a la apertura de la represa en dirección al túnel de Tequisquiac. Finalmente, los trabajos concluyeron bajo la responsabilidad de la Junta Directiva; aunque todavía faltaban nueve kilómetros de



canal y labores de infraestructura, tareas complicadas por la inestabilidad del terreno. El 17 de marzo de 1900 tuvo lugar la inauguración oficial de la magna obra a cargo del presidente Díaz, quien, junto con sus acompañantes, realizó un recorrido hasta el Tajo de Tequisquiac.

Entre 1880 y 1911, la capital de la república tuvo cambios demográficos y económicos importantes, sin precedentes en su historia, que posibilitaron su expansión y la remodelación de sus espacios urbanos. El aumento de la población de 200,000 a 500 mil personas y la extensión de la superficie urbana de 8.5 a 40.5 km² como producto de la diversificación y el crecimiento económico alcanzado, más las actividades diarias, implicaron el ensanche de las vías públicas y la entrada de novedosos servicios sanitarios, comerciales, de transporte y medios de comunicación.

La ciudad de México fue la principal beneficiaria del régimen del general Porfirio Díaz por ser la sede de los poderes federales y donde se concentraba la mayor parte de las inversiones extranjeras. A ésta, se sumaron los esfuerzos para transformarla en una urbe "cosmopolita y civilizada" a la manera europea, lo que implicó el desmantelamiento de la infraestructura colonial para dotarla de un aspecto moderno. La ciudad cambió su fisonomía con faroles y tranvías eléctricos, agua corriente

llevada a través de tuberías, drenaje subterráneo, calles anchas pavimentadas, estatuas, grandes tiendas, hoteles, cafés, restaurantes de alta cocina y la multiplicación de áreas verdes urbanas.

La incorporación de los espacios verdes en camellones, glorietas, banquetas y en parques y jardines fue valorada por un grupo de higienistas conformado por arquitectos, ingenieros y médicos, por los beneficios que reportaba para la higiene, la seguridad pública y la estética de la ciudad.

Era necesario dotar a la capital de “pulmones de oxígeno” y de sitios de recreo con jardines por dos razones fundamentales; en las zonas marginadas se cometían delitos y era resguardo de criminales, de ahí el interés de gobernantes por construir parques y jardines para disminuir las tensiones sociales proporcionando espacios para el desarrollo de individuos “sanos”. Por lo consiguiente, a partir de 1881, el Ayuntamiento se abocó a construir la mayor cantidad de espacios arbolados y jardina- dos sin precedentes en la historia de la capital. Hacia 1911, el régimen había logrado la construcción de 54 parques y jardines que sumando los paseos heredados al Porfiriato daban un total de 62.

A partir de 1880, los métodos y los materiales de la ingeniería de la construcción cambiaron el aspecto de parques y jardines. Los espacios de recreo se proyectaron con las técnicas más avanzadas en infraestructura material y sanitaria y, se organizaron con los servicios públicos que conocemos hoy día; tuberías de agua y desagües subterráneos, pavimentos artificiales y luz eléctrica.

La confianza que despertó el régimen de Porfirio Díaz en las naciones europeas garantizó el acceso a créditos del exterior y así pudo importar nuevas tecnologías sanitarias y emprender las obras más urgentes.

Mientras llegaban estas obras, las técnicas sanitarias introducidas en la ciudad de México desde la penúltima década del siglo XIX consistían en utilizar tubos de hierro fundido —tratando de sustituir cada vez más a las de plomo por ser tóxicas—, bombas de vapor y electricidad, llaves de cobre, mangueras y tinacos para almacenar el agua con sus respecti-

vos flotadores. Esta etapa se había iniciado en 1852 pero poco se hizo en 1860 y 1870 por lo costoso que resultó comprar tubería de plomo importada de Inglaterra. Algunos de estos implementos que llegaron a México de Europa casi con un siglo de retraso y otros que se popularizaron en el último tercio del siglo XIX, como los grifos y la maquinaria para subir el agua, vendrían a reemplazar las viejas atarjeas, acequias, carros de madera jaladas por tracción animal y fuentes públicas.

Con el régimen de Porfirio Díaz, las haciendas vivieron su último apogeo, quizá el más intenso, al conjuntarse una serie de factores económicos, políticos y sociales que fueron muy favorables en su desarrollo. Durante esa época la población creció considerablemente y, por lo tanto, la demanda de productos y de oferta de mano de obra. La multiplicación de vías ferrocarrileras permitió que el transporte de las mercancías fuera más rápido, distante y de mayor volumen, a la vez que se amplió el alcance de los mercados, que de regionales pasaron a nacionales e internacionales. Mejoró la fuerza motriz con la introducción de la electricidad, y las comunicaciones con el tendido de líneas telegráficas y telefónicas, y de éstas, así como las de ferrocarril, los hacendados fueron usufructuarios, pero también muchos se colocaron como dueños o accionistas. Creció como nunca la demanda mundial de productos tropicales como el café, el azúcar, el henequén y las maderas preciosas. Hubo un incremento en la inversión de capitales foráneos en el sector agrario, y algunos extranjeros se convirtieron en prósperos hacendados. Se importaron maquinaria, animales, semillas y tecnología agrícola, con lo que se amplió para muchas haciendas la posibilidad de mejorar sus niveles de productividad y rentabilidad. Se multiplicó el número de bancos, aumento el dinero circundante y se reabrieron las líneas de crédito financiero.

Durante la primera etapa formativa de las haciendas, su infraestructura material fue mínima y austera, las primeras en consolidarse como tales fueron las haciendas azucareras y requerían de instalaciones complejas para realizar su proceso productivo. El casco era, la mayoría de las

veces, donde se llevaba a cabo una parte del proceso productivo y constituía el corazón de la hacienda. Aquí se concentraban la residencia del dueño y de los trabajadores, las funciones administrativas y de servicio, así como el almacenamiento de las cosechas, los implementos para la producción y los animales de trabajo. El casco resumía y simbolizaba el grado de prestigio y de poder alcanzado por el propietario de la hacienda. Los cascos se encontraban delimitados y protegidos por una elevada y extensa muralla interrumpida por unos cuantos accesos resguardados por grandes portones de madera, con frecuencia flanqueados por un par de garitotes con sus respectivas troneras.

La finca, que durante la primera parte del período colonial fue de un solo piso con techos altos y abovedados, de buenos materiales pero con ornamentaciones sobrias y escasas, tenía por lo general pocas habitaciones, una cocina y otros servicios indispensables pero de comodidad precaria y conforme a las costumbres de la época. Tales características reunían especialmente las que pertenecieron a las órdenes religiosas y a los hacendados menos pudientes; pero en general, conforme creció la fortuna de los terratenientes, se fueron imponiendo en las zonas rurales estilos arquitectónicos y decorativos más suntuosos.

Del estilo austero propio de los cascos-fortaleza levantados al inicio de la vida de las haciendas, se pasó al plateresco y al mudéjar, y luego a las múltiples expresiones del barroco, hasta llegar al churrigueresco y el afrancesado rococó. Después se adoptó, hacia finales del período virreinal, el neoclásico, y finalmente el ecléctico cuando el país ya tenía varias décadas de vida independiente. Este último, muy en boga durante el Porfiriato, tenía la peculiaridad de recuperar diferentes estilos de otras épocas y los combinaba armónicamente en una misma edificación.

La mayoría de las haciendas sólo contaban con un baño en la casa grande, y en ciertos lugares, éste no pasó de ser una letrina o "común de pozo" colocado sobre una fosa o un arroyo, lejos de las habitaciones por el mal olor.

La limpieza del cuerpo se realizaba dentro de los dormitorios, empleaban aguamaniles de diferentes facturas y calidades, o de bañeras de

madera o hierro, móviles, hasta que se instalaron cuartos de baño con mobiliario fijo y tuberías para el agua corriente. En regiones bastante cálidas y con costumbres de mucha limpieza, llegó a existir un lavabo con llave de agua corriente en cada habitación, generalmente importados de Estados Unidos o Europa.

Mientras tanto, los trabajadores se bañaban en el río, cuando lo había, o acarreando agua de la noria. También hicieron uso del curativo temascal, aunque éste sólo se acostumbraba en ciertas zonas del centro del país.

De cualquier manera, el baño corporal era esporádico para todos los que vivían en la hacienda, pues su hábito diario, junto con la ducha, es una costumbre de higiene relativamente reciente, y aún hoy restringida a las áreas urbanas.

Para finales del siglo XIX, las haciendas se construían más grandes, organizadas y sólidas. Sólo en las inmensas haciendas ganaderas, los vaqueros y pastores habitaban fuera del casco, pues la lejanía en la que se hallaban para proveer de alimento a las grandes manadas les exigía pernoctar en alguna choza improvisada en medio del campo. Una vivienda similar tenían los arrendatarios con permiso de vivir en la hacienda y los cuidadores de los predios apartados del casco pero que eran propiedad de la misma hacienda, conocidos como "ranchos anexos". Cada casita unifamiliar de este tipo, tenía un solo cuarto, cuando había dos, uno era usado como cocina y el otro como dormitorio. En la parte de afuera existía un diminuto patio donde los peones podían criar algunos animales de corral para su provecho, también se compartían algunos servicios de lavaderos, letrinas, pozo de agua y ocasionalmente un temascal.

Las obras hidráulicas destinadas a la irrigación de las tierras de cultivo, obras que se pueden agrupar en torno a dos fenómenos: el de la condición del agua y el de su almacenamiento. Una vez controlado el preciado líquido servía para regar, pero también como fuerza motriz y, por supuesto, para consumo de hombres y animales. Se hicieron zanjas o acequias, también había receptáculos para recoger y aprovechar el

agua de lluvia de los escurrimientos naturales, éstos eran los aljibes, los jagüeyes y las presas.

La forma en que la sociedad asume las necesidades corporales, las actividades relacionadas con el baño y la ubicación de éste dentro de un ámbito privado, dependen de una concepción general que permite una permanencia de lo esencial durante largos períodos de tiempo y que se va heredando de generación en generación.

Aquí se ha presentado un período muy corto en la historia del país sobre un aspecto muy concreto de la cotidianidad de sus habitantes, así como de otras regiones del mundo; contextualizando los cambios conceptuales, tecnológicos y las actitudes ante el baño y la satisfacción de las necesidades fisiológicas que fue importante definir en ese tiempo, es decir, de las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX.

Podemos observar como durante las últimas décadas han ido variando el tipo y la cantidad de actividades que se realizan en el cuarto de baño, debido a que las condiciones de las viviendas de las ciudades contemporáneas requieren que se optimice el uso de los espacios y les permita una mayor versatilidad.

Para poder contar en el futuro con un cuarto de baño que permita llevar a cabo, eficientemente, tanto las actividades de limpieza y satisfacción de las necesidades corporales del individuo, así como todas aquellas que se van incorporando a este ámbito, los profesionales del diseño debemos mejorar nuestras herramientas para que podamos responder adecuadamente a las demandas de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- DERRY, T.K. , Williams, Trevor I. (1987). *Historia de la Tecnología*. 3 volúmenes. México, D.F.: Siglo XXI.
- ELÍAS, Norbert (1989). *El proceso de la Civilización*. México, D.F.: FCE.
- Giedion, Siegfried (1978). *La mecanización toma el mando*. Barcelona, España: Ed. Gustavo Gili.
- MANSILLA, Elizabeth (1994). *De cómo Porfirio Díaz dominó las aguas. Historia de la construcción de la obra hidráulica*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- PÉREZ Bertruuy, Ramona Isabel (2003). *La construcción de espacios públicos "modernos" en el Porfiriato*. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.
- SOTO Walls, Luis (1992). *El diseño de lo privado*. México, D.F.: UAM-Azc.
- WRIGHT, Lawrence (1962). *Pulcro y Decente*. Barcelona, España: Ed. Noguer.



Reelección: política cotidiana en los tiempos de Don Porfirio

MARÍA ELVIRA
BUELNA SERRANO*

1. La perspectiva de un régimen en su momento de apogeo

LUCINO GUTIÉRREZ
HERRERA**

UAM-Azcapotzalco

El 1º de enero del año 1900 se festejó con júbilo el advenimiento del nuevo siglo. Los temores sobre el fin del mundo se habían disipado. El siglo XX prometía avances científicos y tecnológicos como nunca antes se habían visto: el ferrocarril, el telégrafo, la radio, la electricidad, el cinematógrafo y los aviones eran novedades que causaban admiración y construían un imaginario de progreso, bienestar y modernidad.

El 1900 era un año electoral. El 5 de febrero, día que se celebraba la promulgación de la Constitución de 1857, se instaló la Junta Directiva de la Convención Nacional Porfirista en la Cámara de Diputados. Los integrantes de la Junta resolvieron nombrar una comisión para notificar al General Porfirio Díaz que, después de la consulta popular que se había realizado en los estados el día 1º de enero, sería propuesto como candidato a la presidencia de la República.

* Departamento de Humanidades. División de CSH-Azcapotzalco.

** Departamento de Economía. División de CSH-Azcapotzalco.

El 9 de julio se llevaron a cabo las elecciones presidenciales. Los colegios electorales, por unanimidad, eligieron a Don Porfirio Díaz para desempeñar el cargo del Ejecutivo Federal. En los pueblos y las ciudades se organizaron manifestaciones de regocijo. Ese día a las 10:30 de la mañana, seis trenes eléctricos salieron de la Plaza de la Constitución rumbo al Castillo de Chapultepec; transportaban a los miembros de los seis colegios electorales de la capital, iban a informar los resultados de la elección al Señor Presidente. A las 11:00 a.m., el General Díaz salió a la terraza del Castillo para recibir a la comitiva, que con júbilo y música de la banda de artillería celebraba el resultado de la elección favorable al General por 16,901 votos.

El 1º de diciembre Porfirio Díaz tomó por sexta ocasión posesión del cargo de Presidente de la República. Ese día ofreció una cena al cuerpo diplomático que se encontraba en el país, cena a la que asistió su gabinete. En el momento de brindar para celebrar la renovación de su mandato, el presidente emitió el siguiente discurso:

Señores:

[...] El entusiasmo con el que mis conciudadanos celebran el refrendo de mi mandato, me honra tan amplia como inmerecidamente, porque presumiendo que ese entusiasmo entrañe un voto de aprobación, puede interpretarse como ratificación de los que para honra mía emitieron en su oportunidad legal. Yo estimo sus amistosas manifestaciones tanto como valen, y las acepto con toda la gratitud de que soy capaz; pero en cuanto al elogio que se me prodiga al declararme autor de la paz que disfruta la República, no obstante que reviste el carácter de un delicado cumplimiento inspirado por la benevolencia de mis amigos, no puedo dispensarme de hacerle con todo respeto una oportuna rectificación.

Para devolver la paz a un pueblo, cuyo sentido moral se ha nutrido por más de medio siglo en frecuentes y sangrientas luchas de la fuerza contra el derecho, no basta la acción de un hombre, cualesquiera que

sean sus aptitudes y prestigio, se necesita el trabajo positivo y muy vigilante de muchos hombres armados de poderosa, inteligente y fanática voluntad de armonizar las conveniencias e intereses de todos y cada uno de los asociados y que estén poseídos de tal abnegación que puedan recibir con serenidad y perdonar las más injuriosas e inverosímiles imputaciones, mientras las masas comienzan a percibir que se ocupan de prepararles tamaño beneficio.

El triunfo de uno de los partidos es ocasión propicia para iniciar un período de paz, si a raíz de la victoria se hace sentir el estrepitoso rumor de una zapa general que dé trabajo a muchos miles de hombres; pan a otras tantas familias y que obedeciendo a un sistema bien meditado de mejoras reproductivas, prometa al capital seguro y próximo teatro para empresas tan lucrativas que provoquen la anhelante afluencia del capital extranjero.

En caso contrario, al disiparse el estupor de los vencidos, se asocian a la creciente falange de los decepcionados para soplar los rescoldos de la revolución, inconscientemente ayudados por la prensa sedienta, por su propio interés, de todo lo sensacional, ya sea cierto o dudoso, y hasta inverosímil.

Nuestra última guerra en sus postrimerías nos ofrece por su orden los cuadros sucesivos de esa natural evolución.

En los primeros días de relativa paz, atento al estado del tesoro, no se podían emprender obras públicas de importancia; y como era de esperar, surgió una nueva revolución que el gobierno pudo reprimir con energía apenas suficiente para que su acción fuera eficaz.

De entonces en adelante, los disidentes adoptaron una actitud tan hostil como lo permitía la tolerancia del poder, que no era poca, ocupándose de criticar despiadadamente todos los actos del gobierno y llevando más de una vez su entusiasmo hasta la calumnia.

El desastre de aquel ensayo revolucionario prologó el período de expectativa, y, aunque penosamente, pudo el gobierno formalizar sus primeros contratos de obras públicas y crédito, procediendo inmedia-

tamente a la prolongación de algunos ferrocarriles y telégrafos y se dedicó a fondo, y aceptando todo género de responsabilidades, a la completa extinción del bandolerismo, que amenazaba adueñarse de todo el territorio nacional.

Luego que el comercio pudo contar con seguridad en los caminos y locomoción fácil, comenzó a sentirse la actividad del capital, su correspondiente y muy merecido lucro, y la valiente y creciente afluencia de capital extranjero.

Tan grata perspectiva nueva en el país, y un horizonte limpio de pronósticos revolucionarios, hicieron que los disidentes, que hasta entonces permanecieron hostiles al gobierno, al abrigo de la barrera que él mismo les formara con su respeto al derecho ajeno, comenzarán a caer torrentes a la seductora arena de los negocios, afiliándose, desde luego, y sin reserva, entre los amantes de la paz, y quedando sus fortunas en acción como garantía de hecho de su buena fe.

Libre ya el comercio de la guardia forzosa que le impusiera el espectro de la revolución y robustecida su confianza en el porvenir, llamé al trabajo de la administración pública a todos aquellos de los exrevolucionarios, cuya honorabilidad, talentos y prestigio comprendió que podían servir a la patria.

(Me es grato declarar aquí que todos los llamados han correspondido lealmente con su labor).

Una vez que el gobierno se sintió ayudado por todos los mexicanos, sin distinción de partidos y con igual confianza en el patriotismo de todos, puso en ejecución su tantas veces soñado programa, que se condensa en estas palabras:

Poca política, mucha administración

Y desde entonces extendió con rapidez la red ferrocarrilera en todas las direcciones y en todo el territorio nacional, la telegráfica, con servicio nocturno, tarifas reducidas y ligada con los cables intercontinentales; promulgó leyes fiscales y bancarias, tan trascendentales, como la que

libertó al comercio de las alcabalas interiores; y, con todas sus energías, procedió a construir puertos, faros y otras grandes obras protectoras de la higiene; para las generaciones futuras serán otras tantas muestras de la actual civilización; perfeccionó el correo, dando comunicación barata y diaria a todas las ciudades, villas y aldeas de la República con tarjetas, bultos y giros postales y con representación en la Convención Postal del mundo civilizado; y normalizó el crédito fiscal con gran beneficio para el mercantil.¹

Días después, el 11 de diciembre, hubo diversas manifestaciones para celebrar la reelección del presidente.

Habían transcurrido veinticuatro años desde que ocupara por primera vez la silla presidencial en mayo de 1877, un cuarto de siglo en el que México se transformó sustancialmente, las asonadas, golpes de estado y constantes disturbios parecían quedar en el pasado.

Porfirio Díaz había cumplido 71 años. A pesar de su avanzada edad, se le describía como un hombre robusto, ágil y de excelente memoria. Era metódico en sus hábitos: se levantaba a la 6 de la mañana, se bañaba y tomaba un desayuno ligero. A la 8 recibía al secretario particular, dictaba y contestaba cartas y fijaba la hora de audiencia. Enseguida reunía a los miembros del gabinete. Leía la prensa nacional, la europea y americana. Fumaba poco. Tomaba un vaso de vino en las comidas. Los jueves los dedicaba a la caza, su diversión favorita, acompañado de sus amigos.

El discurso del presidente resumía de manera clara y concisa la vida política de México durante el siglo XIX. Desde 1828, la pugna por la presidencia de la República había acarreado la inestabilidad del país. La elección de Gómez Pedraza fue desconocida por el grupo de apoyo a Vicente Guerrero; los levantamientos en Tulancingo dieron opción a Bustamante y Lucas Alamán; el asesinato de Guerrero propició el ascenso de Santa Anna quien, antes de asumir la presidencia, reintegró

1. *El Imparcial*, México, D.F., martes 4 de diciembre de 1900. Núm 1,536.

al poder a Gómez Pedraza para concluir el período presidencial que nunca inició. Después de las elecciones de 1832, Santa Anna dejó en el poder al grupo liberal de Gómez Farías, al que depuso para establecer un gobierno central basado en las Siete Leyes, las cuales desconocían de manera implícita la Constitución. A partir de entonces, los grupos conservadores o liberales promovieron constantes golpes de estado que colocaban en la silla presidencial a partidarios de una u otra fracción. La Revolución de Ayutla terminó con esta dinámica. Durante este período, la República había sufrido la intervención norteamericana y había perdido la mitad de su territorio.

En el año de 1857, la Constitución liberal fue el motivo para iniciar una nueva secuencia de hechos violentos: la guerra de los tres años, la intervención francesa y las inestabilidades relativas a las sucesiones, tanto la de Juárez como la de Lerdo de Tejada. En esta etapa, el mismo Díaz había sido protagonista, primero, defendiendo la causa liberal, después, como enemigo de la reelección de Juárez y de Lerdo de Tejada. En efecto, en noviembre de 1871, el General Porfirio Díaz emitió el Plan de la Noria, en el cual convocó a los ciudadanos a desconocer al gobierno Juárez por haberse reelegido. El movimiento fue sofocado. En 1876, Díaz encabezó el movimiento armado de Tuxtepec, Oaxaca. En éste propuso elevar a ley suprema la no reelección y desconocer a Lerdo de Tejada como presidente. El general oaxaqueño triunfó sobre las fuerzas lerdistas en Tecuac, Tlaxcala, el 16 de noviembre de 1876.

Este era el contexto de inestabilidad política al que el General Díaz hizo referencia en su discurso. A continuación elaboró un balance de su gobierno: el advenimiento de la paz era el principal beneficio de su administración, pues ésta hacía posible la existencia de fuentes de trabajo, de empleo y de seguridad para la inversión de capital nacional y extranjero. La paz era la precondition del progreso.

Don Porfirio enfrentó a los lerdistas en 1878, cuando el General Mariano Escobedo comandó una expedición militar con el fin de restablecer a Sebastián Lerdo de Tejada en la presidencia. Don Sebastián se había esta-

blecido en Nueva York y pretendía obtener el apoyo del gobierno estadounidense para recuperar el gobierno. La expedición fue derrotada.

A partir de entonces, la acción del gobierno se orientó a eliminar las restricciones financieras que prevalecen desde el ascenso del General Díaz a la presidencia en 1877, cuando el erario público estaba en bancarrota. Para reestablecer la afluencia de dinero a través de convenios crediticios, obligó a los comerciantes e industriales a pagar un impuesto de emergencia. Con esta medida, logró reunir los \$300,000.00 que Estados Unidos exigía al gobierno mexicano como pago por empréstitos contraídos durante las administraciones de Juárez y Lerdo de Tejada. El asunto había sido turnado al Tribunal Mixto Internacional de Reclamaciones, situación que impedía a México conseguir empréstitos.

Una vez restablecida la posibilidad de obtener nuevos créditos, se dedicó a combatir a los bandoleros y salteadores de caminos y vías férreas para ofrecer seguridad a los inversionistas extranjeros. La estabilidad también motivó a sus adversarios a invertir en empresas productivas.

La paz y la seguridad fueron las precondiciones de la política económica de Díaz. El desarrollo económico estaba condicionado a la posibilidad de crear la infraestructura requerida por el capital extranjero. Por esta razón se incrementó la red ferroviaria y telegráfica; se reorganizó el servicio de correo ajustándolo a los criterios de la Convención Postal Internacional; se construyeron puertos y faros para fomentar el comercio marítimo; se edificaron hospitales. Asimismo, se promulgaron leyes fiscales y bancarias que daba certidumbre a los inversionistas, entre éstas se encontraba la suspensión del cobro de alcabalas, impuesto que existía desde la época de la Colonia y que gravaba el tránsito de mercancías por cada uno de los estados del país. Al normalizar el crédito fiscal, también se benefició el mercantil.

Don Porfirio hacía mucha administración y mucha política, eso es lo que demuestra su acción conciliadora e integración de sus adversarios a la vida institucional. Los exrevolucionarios honorables, talentosos y con prestigio, dispuestos a trabajar por la patria eran, entre otros, los lerdistas

Manuel Romero Rubio, pieza angular en la política del Porfiriato, formador del grupo de los “científicos”, y el General Mariano Escobedo, a quien se reincorporó al gobierno como asesor militar en el período en que Manuel González ocupó la presidencia.

¿Cómo fue percibida la reelección del General Porfirio Díaz en la vida cotidiana de nuestro país?

En ese entonces, el sistema electoral era parecido al de Estados Unidos, existían una serie de distritos electorales formados por mínimos y máximos de pobladores. Los varones mayores de 21 años, o 18 si eran casados, votaban a los electores. Éstos eran quienes emitían el voto para elegir a los diputados federales, senadores, magistrados de la Suprema Corte de Justicia y al Presidente de la República.

El héroe del 2 de abril fue favorecido por el sufragio electoral para desempeñar el cargo de Ejecutivo de la Unión en ocho ocasiones: 1877-1880; 1884-1888; 1888-1892; 1892-1896; 1896-1900; 1900-1904; 1904-1910; 1910-1916. Como sabemos, el General Díaz renunció a su cargo el 25 mayo de 1911 y se embarcó el 31 del mismo mes en el vapor Ipiranga rumbo a Europa.

2. La reelección como sistema

En el primer período presidencial, el General Porfirio Díaz envió al poder legislativo la propuesta de reforma de los artículos 78º y 109º de la Constitución. La reforma consistía en dejar claramente establecido que el ciudadano que hubiese desempeñado el cargo del poder ejecutivo en un cuatrienio, no podía reelegirse para el período inmediatamente posterior. El principio de la no reelección era el sustento programático del Plan de Tuxtepec y la justificación del movimiento revolucionario que encabezó contra Sebastián Lerdo de Tejada.

La contienda presidencial en 1880 estuvo muy concurrida. Se presentaron nueve aspirantes: el General Manuel González, que había luchado

al lado de los conservadores en la Guerra de Tres Años (1857-1861), después se unió al General Díaz, incluso era su compadre, y Secretario de Guerra y Marina durante la primera gestión presidencial; el General Vicente Riva Palacio, de procedencia juarista; el Licenciado José Justo Benítez, tuxtepecano y a quien se le consideraba el cerebro del caudillo Díaz; el Licenciado Ignacio L. Vallarta, cacique de Jalisco; el General Juan. N. Méndez, cacique de Puebla; el General Trinidad García de la Cadena, cacique de Zacatecas; el General Jerónimo Treviño, cacique de Nuevo León; el Licenciado Manuel María Zamacona, que no era ni caudillo ni cacique; por último, el General Ignacio Mejía, juarista.

El 27 de septiembre de 1880, el Colegio Electoral dio a conocer los resultados de las elecciones: el General Manuel González había sido favorecido con 11,528 votos de los 15,026 emitidos. En ese entonces, Porfirio Díaz ocupó la Secretaría de Fomento y Colonización. En mayo de 1881 renunció al ministerio para contender y ganar la gubernatura de Oaxaca. En noviembre del mismo año, el General Díaz, que entonces contaba 51 años de edad, contrajo nupcias con Carmen Romero Catelló, hija de Manuel Romero Rubio. El matrimonio selló la alianza entre los lerdistas y Don Porfirio.

En 1884 las diferentes fuerzas políticas participaron poco en la sucesión presidencial. La Constitución no establecía límite de veces para ocupar el cargo de Presidente de la Unión; la restricción para la reelección era que se debía dejar pasar, por lo menos, un cuatrienio. Así, en este momento, la reelección del General Díaz como presidente era legal y legítima.

Desde 1884 se manifestaron en la prensa nacional opiniones a favor y en contra de la reelección del héroe del 2 de abril. Sin embargo, la prensa no es, en sí misma, la opinión pública, aunque los periódicos se adjudican la representatividad de dicha opinión desde el siglo XIX. Al contrario de lo que parece, las publicaciones periódicas más bien tratan de construir una determinada opinión en el público, de acuerdo con su interés político y económico; por ello, considero que dichas publicacio-

nes expresan solamente la opinión de alguno o algunos segmentos de la población.

3. Los “científicos” y las nuevas formas de la práctica electoral

El año de 1892 era electoral. Este año fue importante porque aparecen una serie de elementos nuevos en la escena política nacional. El grupo llamado de los “científicos” impulsaron una organización denominada “Unión Liberal” que intentó conformarse como partido político, aunque sin gran éxito.

Los “científicos” era un grupo de jóvenes políticos que dirigía Manuel Romero Rubio y cuyos integrantes más destacados eran José Yvés Limantour, Joaquín Casasus, Pablo y Miguel Macedo, Rosendo Pineda, Justo Sierra, Francisco Bulnes. El grupo se había incorporado a la vida política desde 1880, pero se establecen como tal a principios del año 82. Su nombre denotaba su formación positivista, la que los inducía a pensar que la sociedad estaba regida por los dictados invariables de la naturaleza, que la ciencia era la que permitía conocer esas leyes, lo que a su vez propiciaba el desarrollo social. Estaban convencidos que el mejoramiento social en México sólo podía darse con la consolidación de un Estado fuerte y centralizado, para lograrlo forjaron alianzas con grupos oligárquicos de Sonora, representados por Ramón Corral; de Chihuahua, representados por Enrique Creel; y de Yucatán, por Olegario Molina.

El 29 de enero de 1892, la Comisión del Comité Central Porfirista organizó la llamada Gran Convención Nacional para crear la “Unión Liberal”, que buscaría transformar al Partido Liberal en una gran fuerza electoral. La “Unión Liberal” tenía como principal objetivo formar grupos políticos de promoción del voto ciudadano. La abstención era una de sus principales preocupaciones. Su programa era el de la agitación

electoral; el combate al ausentismo, enfermedad que, decían, obliga a la acción oficial a tomar el papel del pueblo elector; el defender la libertad del sufragio a toda costa y con todos los medios legales.

Otra situación novedosa en la práctica política fue la de promover manifestaciones y contra manifestaciones de apoyo o repudio al candidato a la presidencia.

El domingo 28 de febrero la capital presenció una manifestación de obreros, a la que el periódico *El Siglo XIX* calificó como espontánea, a favor de la reelección de Díaz. Menciona que estuvo dirigida por Luis G. Rubín, regente de la imprenta de la Secretaría de Fomento.

Días después, el 8 de abril, salieron a la calle los estudiantes antirreeleccionistas. El 26 de abril la Primera Convención Nacional Liberal de El Partido Liberal publicó un Manifiesto a la Nación donde expresó que deseaba participar más activamente en la dirección de los negocios públicos, marcando los derroteros que conducían a su ideal supremo de libertad en permanente conjugación con el progreso y el orden. El jefe de gobierno era miembro del partido. La Convención Nacional Liberal elegía a Porfirio Díaz como candidato a la presidencia. Consideraba que la reelección presidencial era excepcionalmente recomendable, pero había llegado el caso de excepción, porque era necesario conducir a buen fin una obra por extremo compleja: el problema del crédito, factor de la prosperidad, la organización fiscal, garantía del crédito, el progreso material, fuente de la fortuna pública y potencia financiera, la transmisión de la paz, base de la solución de esos problemas.

El domingo 8 de mayo se efectuó una manifestación antirreeleccionista de estudiantes y obreros. El número de asistentes fue de aproximadamente mil personas. El presidente de los obreros, el Señor Huelgas y Campos, dijo que no estaban todos los obreros invitados.

El 14 de mayo, el Club Antirreeleccionista de estudiantes y obreros convocó a una gran manifestación para el día siguiente. El día 15, a las 7 de la mañana empezaron a llegar al Jardín de San Fernando grupos de estudiantes y obreros. Hubo agentes de la policía secreta. La banda

de música tocó un paso doble para dar principio a la manifestación. Los estudiantes portaban un estandarte que decía: "No reelección". A las 9 la banda ejecutó el Himno Nacional. En la calle de Tacuba se sumó una parte del pueblo de Tlalpan y obreros de San Fernando. Después de llegar a la Merced y regresar al Zócalo, unos estudiantes quisieron repicar las campanas de Catedral, como no les abrieron, empezaron a hacer un boquete. Numerosos gendarmes y policías secretos sitiaron a obreros y estudiantes que abrían el boquete y los encerraron en la torre. Dos horas después los llevaron a la cárcel de Belem por orden del Ministro de Gobernación.

El 16 de mayo, el Club reeleccionista apareció con banderas y emprendió una marcha al Zócalo por las calles de San Francisco. Había un grupo de obreros y estudiantes antirreeleccionistas que gritaban muera la reelección. Salió la policía y aprehendió a cinco estudiantes que fueron llevados a la diputación.

El pueblo y los estudiantes se dirigieron a la Catedral. Los reeleccionistas habían llegado al Zócalo. El señor Mascareñas se paró sobre una glorieta del interior de la Catedral y arengó contra la reelección. Gran parte de los que acompañaban a los reeleccionistas se integraron al grupo antirreeleccionista, en muestra de su adhesión entregaron las banderas que portaban.

Los jefes de la policía, señores Carballeda y Cabrera, llegaron con la caballería y pretendieron llevarse a los oradores antirreeleccionistas. El pueblo, enfurecido, gritaba que los dejaran libres. La comitiva reeleccionista pasó enfrente de los antirreeleccionistas, éstos últimos arrojaron pambazos a los primeros y a los policías. La policía montada se retiró y dejó libres a los estudiantes.

Los antirreeleccionistas se reagruparon, atravesaron el Zócalo y se dirigieron al Palacio Municipal silbando y gritando contra la reelección. Las puertas del Palacio Municipal fueron cerradas, pero los obreros y estudiantes estaban empeñados en sacar a los estudiantes aprehendidos el día anterior por abrir un boquete en Catedral para entrar y repicar sus

campanas. El Jefe de la policía, señor Carballeda, dejó entrar al representante de los estudiantes y al de los obreros y a varios periodistas independientes. El resto de los manifestantes se dirigió a Santo Domingo. Ahí, un preparatoriano tomó la palabra; cuando un segundo orador iniciaba su discurso, llegó la policía montada y arremetió con sables contra los manifestantes. Éstos se dispersaban hacia las casas vecinas, pero en cuanto pasaba la caballería, volvían a reunirse, silbaban a los gendarmes y gritaban mueras a la reelección. Esto se repitió varias veces. Después llegó el 2° jefe de la policía, el señor Cabrero y ordenó la retirada de la policía. Así se dispersó la manifestación.

El 21 de mayo se publicó el Manifiesto del Club Porfirista de la Juventud. En éste se apoyaba la reelección como principio de libertad, argumentaban que si una persona era favorecida para ocupar un cargo por elección del pueblo, aún cuando fuera un tirano, esa era la voluntad de los votantes, y había que respetarla, mientras que la no reelección era tiranía porque no respeta la voluntad popular. Es claro que las ideas que se expresaban en el manifiesto correspondían a los “científicos”, quienes crearon este Club Releccionista de la Juventud para generar un contrapeso a los estudiantes antirreeleccionistas.

A partir de esta época las elecciones tomaron nuevos senderos. La reelección no originó confrontaciones externas, sino que se manifestaron al interior del grupo porfirista.

En 1893, la caída del precio internacional de la plata y las malas cosechas del año anterior tuvieron sus repercusiones. El 23 de enero de ese año *El Monitor Republicano* publicó una editorial que resaltaba los problemas económicos existentes: falta de circulante, desempleo, recesión.

Limantour, para salvar al erario de la bancarrota, propuso reducir los salarios de los empleados de la administración pública. También se impulsó la colonización de extranjeros. El editorialista consideraba que el gobierno no sólo debía intentar nivelar el presupuesto reduciendo egresos y aumentando los impuestos, sino que era necesario fomentar la producción agrícola mediante la división de las propiedades. Criticó

a la administración de Díaz porque la paz no había servido para consolidar las instituciones, respetando el derecho político de los ciudadanos, especialmente el sufragio libre, sino para consolidar el poder de los gobernantes a expensas de los derechos del pueblo.

En enero de 1894, *El Monitor Republicano* también empezó a escribir sobre el descontento popular, sobre motines y levantamientos armados en distintos puntos de la República; mencionó como los más significativos los de Tomochic y Temosachic, que habían sido sofocados con sangre. Los de Coahuila y Guerrero se arreglaron concediendo a los pueblos disgustados todo lo que no podía negárseles legalmente. Se habló acerca de un levantamiento en Morelos y aseguraba que se había reprimido un movimiento revolucionario en Michoacán.

En febrero de 1895 el grupo de los “científicos” presentó ante la Cámara de diputados una propuesta de reforma constitucional para crear la figura del vicepresidente. Argumentando que con la creación de este cargo se trataba de prevenir los conflictos que pudiesen sucitarse si faltaba el presidente.

El 1° de abril de 1895 el jefe del Ejecutivo Federal emitió un mensaje a la nación. Informó sobre la firma del tratado con Guatemala para delimitar las fronteras y evitar una guerra con el vecino país. Igualmente que se había dotado de servicios a la capital. Las elecciones se realizaban conforme a la legislación reformada. Se estudiaban los proyectos relativos a mejorar los juzgados correccionales. La minería y la agricultura aumentó su producción.

Se había emitido una ley sobre aprovechamiento de aguas. Hubo muchas solicitudes a la Secretaría de Fomento para obtener concesiones del agua para emplearla en riego y como potencia mecánica. Los terrenos baldíos y propiedades nacionales se vendían a particulares para hacerlos productivos. La promoción de colonos fue exitosa. Crecieron las vías férreas y telegráficas. El erario aumentó sus ingresos por la Ley del Timbre y gracias a eso se pudo pagar la deuda exterior. *El Monitor Republicano* criticó el informe porque en él no se mencionó la inseguridad pública, la falta de trabajo y la miseria que existía.

En junio de 1895 las elecciones ocupan nuevamente la palestra política en las publicaciones periódicas. El Club Taretán propuso al General Díaz como candidato a la presidencia. En la noche, los miembros del club, numerosas familias y multitud de vecinos recorrieron las calles vitoreando a Díaz, acompañados por la Banda Municipal Morelos y la Orquesta de Uruapan.

El 29 de julio de 1895, el Congreso Obrero celebró una sesión donde se resolvió apoyar la candidatura del General Díaz para ocupar otra vez la silla presidencial. En la asamblea se esgrimieron una serie de argumentos sobre la conveniencia de que el Congreso manifestara su adhesión a Díaz porque en sus estatutos estaba expresamente prohibido discutir asuntos políticos o religiosos para evitar el desbordamiento de las pasiones. Los argumentos fueron los siguientes: el artículo 2° de los estatutos del Congreso Obrero establecía que uno de sus objetivos era “estudiar y discutir todos los problemas políticos-sociales que interesen al trabajo y a las relaciones de éste con el capital”; el artículo 4° fijaba que el Congreso Obrero aceptaba los principios políticos y leyes que regían en el país y protestaba obedecer en todo al gobierno emanado del pueblo. Por tanto, como la elección del primer magistrado de la república era un problema importante, entonces era necesario discutir el apoyo a un candidato. El lema del congreso era “Unión, paz y trabajo”. El gobierno del General Díaz había practicado el lema, había unido a los mexicanos, había creado la paz y había dado impulso al trabajo desarrollando nuevas fuentes de riqueza. La prohibición acerca de discutir asuntos políticos y religiosos ya no tenía razón de ser porque los tiempos habían cambiado, la libertad de pensamiento había echado raíces y ya no se exaltaban los ánimos por manifestar diferentes convicciones.

En agosto se formaron varios clubes políticos con el fin de postular al General Díaz como candidato a la presidencia. *El Siglo XIX* apoyó la candidatura por las siguientes razones: Díaz había afianzado las instituciones; había contribuido al progreso del país bajo el imperio de la paz;



había mejorado la seguridad pública; había aumentado las exportaciones e importaciones y el crédito del país; había extendido la red ferroviaria y la telegráfica.

A partir de noviembre de 1895 empezaron a aparecer en las publicaciones periódicas la postulación de otros candidatos a la presidencia: el General Bernardo Reyes; los masones propusieron al General Mariano Escobedo; el Club Político Nacional postuló al Licenciado Nicolás Zúñiga y Miranda, quien fue encarcelado el 26 de junio de 1896, de la siguiente manera: en la ferrería del señor Antolín Solís se había reunido a cenar con miembros del club que lo postulaban para presidente, según testigos, llegó un oficial de gendarmes señalando que pasara a la 12ª inspección de policía, y de ahí se le remitió a la cárcel de Belén acusado de pronunciar discursos subversivos, fue consignado con las notas de ebrio y escandaloso. También fueron detenidos el hermano del candidato, Francisco Zúñiga y Miranda, el secretario del Club Republicano y otros miembros del club.

El 1º diciembre, el General Díaz tomó posesión de su cargo y ratificó a su gabinete. El 12 del mismo mes presentó su informe de gobierno. Inició su declaración comentando que, cuando se consolidó la República, la nación poseía un territorio vastísimo y riquísimo, dotado de instituciones en cuyos principios se encontraban todas las libertades humanas. El gobierno era democrático y republicano porque respetaba las garantías de los derechos del hombre.

En 1899 la contienda electoral volvió a la palestra pública. El General Manuel González de Cosío, Secretario de Gobernación fue propuesto como candidato en septiembre de ese año. El 6 de octubre, la Convención Nacional Porfirista convocó a sus miembros para proponer candidato a la presidencia y mencionan al General Díaz como la única figura posible para desempeñar la primera magistratura del país.

El 19 del mismo mes, el Círculo Nacional Porfirista lanzó un manifiesto en favor de la reelección de Don Porfirio, argumentando que bajo su gobierno no se operó una evolución gradual y lenta, sino la sú-

bita transformación de México. En 20 años el país se levantó y creció su estimación entre los gobiernos del mundo culto. Antes de que Díaz gobernara, los trabajadores del campo eran integrados al combate de la guerra fratricida y las minas eran abandonadas. El gobierno de Díaz dirigió a la sociedad al progreso, había realizado el prodigio de dar vida, crédito y respetabilidad a la nación mexicana que se debatía en constantes conmociones políticas, en guerras civiles. Con Porfirio Díaz México se entregó al trabajo en el campo, las minas y las fábricas. Los niños acudían por millares a las escuelas; el ferrocarril recorría el territorio. Se vivía en paz. Invitaba a integrarse al Círculo Nacional Porfirista a todos los mexicanos, sin distinciones de opiniones políticas.

El 9 de noviembre de 1899, La Convención Nacional, el Círculo de Amigos y la Colonia Oaxaqueña, propuso como único candidato al General Díaz.

El 9 de julio se realizaron las elecciones presidenciales. El voto de los colegios electorales fue unánime para el General. En los pueblos y ciudades se organizaron manifestaciones de regocijo.

El 1° de diciembre de 1900, el General Díaz tomó posesión de su cargo. En la noche, él y sus ministros ofrecieron una cena al cuerpo diplomático.

4. La crítica interna y externa al sistema electoral

Pero el siglo XX no sólo llegó con novedades tecnológicas, también era el escenario de una nueva generación que había crecido con Don Porfirio como gobernante, no únicamente las condiciones económicas se habían transformado, también las políticas y sociales eran diferentes. Los elementos críticos y las manifestaciones sociales de descontento no contaban con canales institucionalizados para debatirlos en el sistema político. Tanto las clases terratenientes como los intelectuales influidos por las ideas anarquistas no tenían cabida en el círculo de poder, ni en las estruc-

turas de antiguas alianzas, ni con las antiguas oligarquías y los cacicazgos.

A finales de 1902 empezó a romperse el equilibrio de fuerzas entre los grupos políticos allegados a Díaz. Estos grupos eran básicamente tres: el encabezado por Limantour que aglutinaba a los "científicos"; el representado por el General Bernardo Reyes, conformado por parte de la oligarquía de Nuevo León y oficiales del ejército; el encabezado por Joaquín Baranda, quien había sido Secretario de Justicia.

En noviembre de 1902 las diferencias entre el General Reyes, entonces Ministro de Guerra, y José Yves Limantour, Ministro de Hacienda salieron a la luz pública. Se empezó a hablar de ambos como posibles sucesores de Díaz. Para limar asperezas el General Reyes declaró a la prensa nacional que si hubiera necesidad de reemplazar al General Díaz, su candidato para ocupar la presidencia de la República era el Señor Limantour.

El 31 de diciembre de ese año, los periódicos anunciaron la renuncia del General Bernardo Reyes a la Secretaría de Guerra y Marina. El periódico *El Imparcial* comentó que éste redactó su renuncia estableciendo que dejaba el Ministerio con el fin de evitar disidencias en el gobierno. En el rotativo aparece una acusación velada hacia Reyes mencionando que su renuncia se debía a que había excedido el gasto del presupuesto asignado a la Secretaría de Guerra en \$1,670,000.00 (Un millón seiscientos setenta mil pesos).

En abril de 1903, la Unión Liberal convocó a todos los liberales de la nación para elegir candidato del Partido Liberal Mexicano a la presidencia de la República. Estableció que los liberales eran todos los ciudadanos que protestan su adhesión a la Constitución y a la Reforma. Expresó su preocupación por la falta de participación de la población en los comicios, por lo que consideraba apremiante fomentar el involucramiento de los ciudadanos en los sufragios. Explicaban la indiferencia porque existía una ilimitada confianza en Porfirio Díaz, pero consideraban que la evolución política de México debía manifestarse en el ejercicio del derecho electoral.

La Convención Nacional Porfirista se reunió el 25 de abril en la Cámara de Diputados. Asistieron más de 400 delegados y resolvieron pro-

poner al General Porfirio Díaz como candidato a la presidencia en los comicios próximos. Al terminar la sesión, los delegados se trasladaron a Palacio Nacional para suplicar al General Díaz que aceptara la candidatura a la presidencia.

En ese entonces circuló en la capital una hoja volante que proponía destruirlo todo para salvar los principios de Tuxtepec.

En octubre de 1903, el Círculo Nacional Porfirista acordó que seguiría funcionando de manera permanente constituyéndose en el Partido Nacionalista. Sus fines eran estimular el ejercicio de los derechos políticos y procurar, por este medio, la unión de todos los mexicanos al amparo de las leyes fundamentales de la República; asimismo promover la defensa de la paz y el orden. El Partido Nacionalista sería la gran liga nacional de la paz, el orden y el progreso. Invitó a todos los ciudadanos, sin distinción de clases sociales, ni creencias políticas o religiosas, a ingresar al Partido Nacionalista. El Partido quedó constituido por la Junta Directiva del Círculo Nacional Porfirista, las juntas locales del Círculo y todos los ciudadanos que aprobasen sus bases.

El 19 de noviembre de 1903, el Secretario de Gobernación presentó ante la Cámara de Diputados un acuerdo presidencial para reformar los artículos 72°, 74°, 79°, 84° y 103° constitucionales para crear la figura del vicepresidente.

En febrero de 1904 las diferencias entre los grupos políticos habían trascendido las fronteras. *El Imparcial* comentó que en Boston un periódico había publicado que existía lucha de facciones políticas en México. El ejército apoyaba al General Bernardo Reyes, pleitos y divisiones se escenificaban en el Partido Liberal, mientras que un grupo "intelectual" tenía a otro candidato a la presidencia. El diario mexicano intenta desmentir las noticias calificándolas como falsas y sensacionalistas, afirmaba que el General Díaz no tenía opositores, que Limantour y Reyes le eran fieles. En el extranjero se decía que uno de los dos aspiraba a la vicepresidencia e incluían a Ramón Corral, al General Jerónimo Treviño, de Nuevo León. También que en Nueva York se mencionaba a

Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores, como posible presidente.

El 11 de julio se realizaron las elecciones. El General Porfirio Díaz resultó electo como presidente y Ramón Corral como vicepresidente por un período de seis años. El día siguiente, a las 10 de la mañana, los colegios electorales, conformado por más de 600 personas, se trasladaron a Palacio Nacional para felicitar al presidente, quien los recibió en el Salón Amarillo. El Licenciado Rosendo Pineda fue el orador designado para felicitar al General Díaz por los resultados de la elección. El presidente contestó que lo honraban con los resultados y dio las gracias al colegio electoral. A continuación, el colegio electoral se dirigió al despacho del Señor Corral. Don Carlos Rivas le comunicó los resultados de la elección de vicepresidente, lo felicitó y elogió por sus méritos. Expresó que el país entero tenía confianza en sus dotes. El Señor Corral dio las gracias a quienes lo habían favorecido, y se comprometió a cumplir debidamente su cometido para corresponder a la altísima prueba de confianza que el país le daba.

El 1° de diciembre de 1904, por séptima ocasión, el General Porfirio Díaz tomaba posesión como presidente de México.

A partir de 1906 los conflictos sociales se agravaron. En junio estalló la famosa huelga de Cananea que dejó un saldo de doce muertos y ocho heridos.²

En agosto del mismo año los mecánicos del Ferrocarril Central de Chihuahua estallaron una huelga para exigir, como en Cananea, jornales y salarios iguales a los que tenían los trabajadores norteamericanos que, por realizar el mismo trabajo, ganaban diez veces más que los mexicanos.³ Los empleados del Ferrocarril Nacional se adhirieron a la huelga y solicitaron reducción de horas de trabajo.⁴ El conflicto se arregló me-

2. *El Imparcial*, México, D.F., domingo 3 de junio de 1906. Núm. 3530.

3. *El Imparcial*, México, D.F., jueves 2 de agosto de 1906. Núm. 3593.

4. *El Imparcial*, México, D.F., lunes 6 de agosto de 1906. Núm. 3597.

dante la intervención del presidente, quien se comprometió a hablar con los empresarios para que los obreros conservaran sus trabajos.⁵

El Ministro de Gobernación habló con el señor Hudson, vicepresidente de la central, el señor Ben Jonson, superintendente de Aguascalientes, el licenciado Salvador M. Cancino, abogado de la compañía, éstos ofrecieron reinstalar a los obreros, excepto a los que hubiesen lanzado amenazas o realizaron hechos violentos, y se aumentaría el salario a quienes lo merecieran. Hudson se comprometió a escuchar las quejas de los obreros y atender las que fueran justas. También ofreció tratar de igualar los salarios de los obreros mexicanos y los extranjeros.⁶

El Imparcial, cuyo nombre no correspondía con lo que difundía en las noticias, publicó el 4 de octubre una editorial para convencer a la opinión pública de que era imposible que prosperara un movimiento revolucionario porque no existían las condiciones necesarias para propiciarlo, tales como malestar económico, violentas luchas de partidos, sufrimientos agudos de determinados grupos sociales, etcétera. En el país había bienestar y progreso. Comentó que la intentona de una gavilla de contrabandistas como fue la de Jiménez no podía considerarse como un movimiento revolucionario.

En Acayucán se suscitó “un motín de indígenas” que fue sofocado. El periódico tachó a estos movimientos como aislados, cuyo problema era de tierras. Afirmó que en todo el país el gobierno podía reprimir cualquier levantamiento en menos de cuarenta y ocho horas. Sin embargo, el hecho de que publicaran este tipo de comentarios fue porque la inestabilidad y la incertidumbre comenzaron a ser un factor de preocupación.⁷

En noviembre de 1906 estalló la huelga de algunas fábricas de hilados y tejidos en Puebla. Exigían aumento salarial y disminución de horas de trabajo. El Comité Mutualista Obrero les brindó apoyo y sostuvieron a

5. *El Imparcial*, México, D.F., martes 14 de agosto de 1906. Núm. 3605.

6. *El Imparcial*, México, D.F., lunes 13 de agosto de 1906. Núm. 3604.

7. *El Imparcial*, México, D.F., jueves 4 de octubre de 1906. Núm. 3656

los huelguistas con la contribución de obreros de otras fábricas, quienes donaban un día de salario semanal.

El 22 de diciembre se reunieron en la ciudad de México patrones de fábricas de hilados y tejidos del Distrito Federal, Veracruz, Puebla, México, Querétaro y Guadalajara. El 24 del mismo mes, los patrones decidieron cerrar las fábricas de Río Blanco, Cerritos, Cocoloapan, Metepec, Atlixcco, La Colmena, Santa Rosa, Miraflores, San Antonio Abad, La Teja, Juanacatlán, Hércules, Compañía de Guadalajara, La Hormiga, Santa Teresa, Magdalena y San Lázaro. Eran las fábricas más importantes del Distrito Federal, Veracruz, Puebla, Querétaro y Jalisco.⁸

El gobierno envió a más de 2000 soldados a Orizaba, Puebla y Querétaro con orden de sofocar cualquier desorden. Los patrones consideraban que este era el movimiento más serio que habían enfrentado y que era provocado por los agitadores llamados apóstoles del mutualismo obrero.

A principios de enero, Don Porfirio intervino para solucionar el conflicto. Consiguió que los dueños de las fábricas procuraran mejorar las condiciones de los operarios en habitación, escuelas, cuotas para médico y fiestas religiosas. Los obreros se comprometieron a abrir las fábricas el 7 de enero. Los propietarios harían un estudio para homologar salarios sobre las tarifas más altas en los estados y pagarían primas a los obreros que produjeran más y mejor.

El presidente estudiaría los reglamentos de las fábricas para introducir las reformas convenientes para garantizar los intereses de ambas partes, en los siguientes puntos: a) las multas por falta de cumplimiento se destinarían a auxiliar a las viudas y huérfanos de obreros; b) no se harían descuentos por pago de médicos, fiestas religiosas o profanas. Cada fábrica pagaría un médico; c) sólo se cobrarían a los obreros las lanzaderas, canillas y otros materiales que se destruyeran por su culpa, pero no las que se rompían por su uso; d) los obreros podrían recibir en sus habita-

8. *El Imparcial*, México, D.F., martes 25 de diciembre de 1906. Núm. 3738.



ciones a las personas que estimaran convenientes; la autoridad dictaría reglamentos para conservar el orden, la moral, la higiene y la manera de hacerlo cumplir; e) cuando un obrero fuera separado de la fábrica por causa que no fuera un delito o faltas al reglamento de la fábrica, tendría un plazo de seis días para desocupar la casa que habitara y pagar su raya. Si se le encontraban armas o cerillos, tendría que desocupar inmediatamente la casa; f) las reclamaciones se presentarían por escrito y el administrador tenía que contestar en un plazo no mayor a quince días; g) los industriales procurarían mejorar las escuelas que había en las fábricas y crearlas donde no había para que los hijos de los obreros recibieran educación gratuita; h) no se admitirían a trabajar a niños menores de 7 años, a los mayores, sólo con el consentimiento de sus padres y parte del día para que pudieran acudir a las escuelas hasta que concluyeran la instrucción primaria. La Secretaría de Instrucción Pública en el D.F. y los gobernadores de los Estados establecerían reglamentos y vigilarían que las escuelas de las fábricas garantizaran la educación de los hijos de los obreros; i) los periódicos de las fábricas no podrían publicar injurias, ni doctrinas subversivas.⁹

El 7 de enero de 1907, día acordado para reiniciar las labores fabriles, sucedió el sangriento enfrentamiento entre huelguistas y fuerzas federales y rurales en Río Blanco, Veracruz. *El Imparcial* publicó el 10 de enero que los antecedentes del violento conflicto estaba en las ideas anarquistas del Círculo de Obreros Libres, fundado por unos españoles que habían llegado a Orizaba mes y medio antes. José Neyra y Porfirio Meneses editaron un periódico llamado *La revolución social*, “cuya doctrina era subversiva”. Las autoridades empezaron a perseguir a Neyra, Meneses, los hermanos Olivares y a “Anakreón”. Éstos escaparon. José Morales ocupó la presidencia del Círculo de Obreros Libres y sacó a la luz el periódico *La Unión Obrera*. El señor José Illescas intentó derrocar a Morales, proponiendo como presidente del Círculo a Samuel A. Ramírez. Este último fue aclamado como

9. *El Imparcial*, México, D.F., sábado 5 de enero de 1907. Núm. 3749.

presidente en una reunión celebrada en el teatro Gorostiza. Morales consiguió el apoyo de los obreros de Puebla, Tlaxcala y Oaxaca y no entregó el puesto. Continuaron las intrigas hasta que Manuel Juárez provocó la huelga de Santa Rosa y se sostuvo la de Puebla.¹⁰

5. La autoevaluación

El 3 de marzo de 1908 se publicó la famosa entrevista que dio el General Díaz al periodista norteamericano Creelman, en ésta Díaz afirmó que era un error creer que los sentimientos democráticos de la República estaban debilitados por su larga permanencia en la presidencia. El ejercicio del poder no había menguado sus ideales políticos. La democracia traía consigo los verdaderos y únicos principios del buen gobierno, aunque sólo fueran practicables en los pueblos que habían llegado a su pleno desarrollo. La práctica de la democracia no era lo mismo que las teorías abstractas y era más importante el fondo que la forma.

De cualquier manera, él había intentado conservar la práctica del gobierno democrático, manteniendo intactos sus principios y, al mismo tiempo, adoptando una práctica que podía llamarse patriarcal, guiando y reintegrando las tendencias populares con plena fe en que los beneficios de la paz traerían como resultado la educación, la industria y el comercio, desarrollando al mismo tiempo elementos de estabilidad y unión. Había aguardado mucho tiempo a que el pueblo estuviera preparado para elegir y cambiar al personal de su gobierno sin peligro de una revolución armada y sin riesgo de deprimir el crédito o perjudicar el progreso de la nación. Él veía que era posible que ese momento hubiera llegado.¹¹

10. *El Imparcial*, México, D.F., martes 8 de enero de 1907. Núm. 3752.

11. *El Imparcial*, México, D.F., martes 3 de marzo de 1907. Núm. 4172. *El Imparcial*, México, D.F. miércoles 4 de marzo de 1907. Núm. 4173.

A pesar de los manifiestos deseos de Díaz, el Círculo Nacional Porfirista, en la asamblea general realizada en el salón de la Sociedad de Geografía y Estadística, resolvió el 17 de noviembre de 1908 suplicar a Don Porfirio que aceptara postularse como candidato para las elecciones que se realizarían en 1910.¹²

En febrero de 1909, el General Pedro Rincón Gallardo, el Licenciado Joaquín Cassaús, Don Fernando Pimentel y Fagoaga, el Licenciado Luis G. Tornel y otros fundaron el Club Reelectionista de la ciudad de México. El Partido Liberal propuso como candidato a la presidencia al General Porfirio Díaz y convocó a sus miembros a reunir fuerzas para preparar la Convención Nacional de todos los clubes de la República.

El 3 de abril, la Gran Convención Nacional de Clubes Reelectionistas proclamaron como su candidato al General Porfirio Díaz y al Sr. Ramón Corral para la vicepresidencia. Los delegados se dieron cita a las 9 de la mañana en el Teatro Fabregas, salieron rumbo a Palacio Nacional por las calles del Factor, Vergara, San Francisco, Plateros y la Plaza de la Constitución.

El General Díaz los recibió acompañado por los miembros de su gabinete, los miembros del Estado Mayor, su secretario particular y el gobernador de Morelos. El General Pedro Rincón Gallardo pronunció un discurso donde informó que la Convención Nacional de Clubes Reelectionistas de la República declaraba unánimemente al General Díaz como su candidato para el siguiente sexenio constitucional. A la convención asistieron 643 delegados. Consideraban que la Convención representaba los intereses de la mayoría de la población.

El General Rincón Gallardo dijo:

[...] nadie puede negar que tenéis derecho al descanso, a las dulzuras de la vida privada en el tierno regazo de la familia; vuestra larga y gloriosa vida, llena de luchas, de sacrificios y servicios patrióticos, justifica ese derecho. Pero también vuestros deberes históricos son ingentes,

12. *El Imparcial*, México, D.F., miércoles 8 de noviembre de 1908. Núm. 4444.

y no podéis desoir su voz imperiosa, como que es la voz de la propia conciencia, y si a este dictado íntimo se une la voluntad clamorosa del pueblo, el sentimiento del deber patriótico se transforma entonces en el apremio de una verdadera necesidad nacional para el mantenimiento del orden generador de todas las libertades y bienes sociales dentro del funcionamiento normal de las instituciones, sin la personal influencia del gobernante de mañana. La Convención Reeleccionista estima que vuestra presencia en el gobierno es todavía necesaria. Por fortuna, vuestras fuerzas vitales están enteras, vuestra influencia política en todo el país fresca aún, vuestra autoridad personal, incólume. Estas felicísimas circunstancias os permitirán ser en el provenir lo que habéis sido hasta aquí: el centro de atracción de todas las fuerzas vivas del país, de todos sus elementos progresistas, de todas sus aspiraciones nobles y legítimas. Con esto, podéis utilizar en el servicio público todas las energías viriles y patrióticas que la compleja labor del gobierno de un país joven requiere, para no detenerse en la marcha progresiva a que vos lo habéis lanzado y conducido con tanta habilidad como firmeza.

El pueblo mexicano siente una inmensa gratitud hacia vos que le habéis dado paz, trabajo y bienestar; y en su anhelo de no perder tan preciables dones, desea conservar en el poder al hombre a quien los debe.¹³

Don Porfirio respondió ante los miembros de la convención:

[...] Designado más de una vez por el voto de nuestros compatriotas para encargo tan honroso, he podido cumplir los deberes que impone compensando con patriótica eficiencia las deficiencias de mis modestas aptitudes. Pero percibo que voy aproximándome a una edad en que la decadencia se impone, y como gasté mis mejores años en trabajos

13. *El Imparcial*, México, D.F., martes 9 de febrero de 1909. Núm. 4527.

consumidores de energía, temo que en el transcurso de otro sexenio, un creciente cansancio pueda impedirme cumplir mis deberes, según mi costumbre, y según las exigencias, también crecientes, del desenvolvimiento nacional. Sin embargo, como todo lo que yo pueda o valga pertenece a mi patria y tiene por objeto su servicio, hecha esta observación que el deber me aconseja, no me considero autorizado para rehusar su soberano mandato si me lo impusiera.¹⁴

El 6 de mayo, más de 30,000 obreros acudieron a una manifestación que se realizó frente a Palacio Nacional para aclamar al General Díaz. Cerca de 100 personas fueron recibidas por el Primer Mandatario en el Salón de los Embajadores. Lo acompañaban el Gobernador del Distrito Federal y su secretario particular, Rafael Chausal. El Gral. Díaz vestía traje negro de levita, calzaba guantes oscuros y su actitud era arrogante y firme. El Sr. Clemente Z. Hernández, presidente del Comité Patriótico El Mártir de Cuilapan, dirigió unas palabras al presidente. Mostró su adhesión y respeto al General, y extendió la súplica de sus compañeros para que siguiera sacrificándose por la patria. Don Porfirio expresó su profundo agradecimiento por el alto honor que le confería la manifestación.¹⁵

En enero de 1910, *El Imparcial* comenzó a descalificar a Francisco I. Madero. Lo criticaba porque no tenía adeptos que lo siguieran.¹⁶ El 21 de abril, Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez se lanzaron como candidatos independientes y antirreeleccionistas. Sus discursos se centraron en decir que el pueblo estaba capacitado para ejercer sus derechos ciudadanos; que era necesario reconquistar la libertad.¹⁷ En junio se acusa a Madero de promover motines y se le encarcela en Torreón.

14. *Loc. Cit.*

15. *El Imparcial*, México, D.F., jueves 6 de mayo de 1909. Núm. 4613.

16. *El Imparcial*, México, D.F., miércoles 12 de enero de 1910. Núm. 4864.

17. *El Imparcial*, México, D.F., jueves 21 de abril de 1910. Núm. 4963.

Un juez lo exoneró y partió a Monterrey. Ahí, cuando intentaba abordar el ferrocarril rumbo a Estados Unidos, fue arrestado por el Teniente Coronel Morelos Zaragoza, inspector general de policía. Se le acusó de sedición, de instigar al pueblo a rebelarse y a cometer desmandes, de complicidad con el Licenciado Roque Estrada, quien incitaba a la rebelión contra los poderes constituidos, y por participar en la fuga de dicho licenciado.¹⁸

En Valladolid, Yucatán hubo revueltas que fueron reprimidas con la fuerza pública. Hubo más de 20 muertos y numerosos heridos. Se acusó a Madero de promover un complot para asesinar a las principales autoridades de Atlixco, Torreón y Valladolid.¹⁹

El 26 de junio de 1910 se efectuaron las elecciones de diputados, senadores, presidente, vicepresidente y magistrados de la suprema corte de justicia. Las elecciones se realizaron entre las 9 de la mañana y las 2 de la tarde en perfecto orden. A las 301 casillas instaladas acudieron unos 800 electores. Los antirreeleccionistas ganaron quince o diez y seis casillas. El resto las ganaron los reeleccionistas. La votación final fue la siguiente: General Porfirio Díaz 18,829 votos; Francisco I. Madero 221 votos; Teodoro A. Dehesa 5 votos; General Bernardo Reyes 3 votos; Licenciado José Ivés Limantour 1 voto. Para vicepresidente: Ramón Corral 17,373 votos; Teodoro Dehesa 1,420; Francisco Vázquez Gómez 218 votos; Licenciado José Ivés Limantour 21 votos; General Bernardo Reyes 9 votos; Enrique C. Creel 1 voto.²⁰

El 9 de octubre de 1910 se dio la noticia de que el candidato antirreeleccionista, Francisco I. Madero, disfrazado como mecánico, y Roque Estrada, habían huido de la cárcel de San Luis Potosí.²¹ En San Antonio Texas, Francisco I. Madero proclamó el Plan de San

18. *El Imparcial*, México, D.F., miércoles 8 de junio de 1910. Núm. 5011.

19. *El Imparcial*, México, D.F., sábado 11 de junio de 1910. Núm. 5014.

20. *El Imparcial*, México, D.F., miércoles 3 de agosto de 1910. Núm. 5067.

21. *El Imparcial*, México, D.F., domingo 9 de octubre de 1910. Núm. 6034.

Luis, donde convocaba a los mexicanos a tomar las armas el 20 de noviembre.

El General Díaz intentó negociar con los revolucionarios a través del Secretario de Hacienda, José Yves Limantour. Éste negoció en Nueva York con una comisión designada por los maderistas, reformas políticas y legislativas y crear un gobierno de transición con el General Díaz al frente. En marzo de 1911 se iniciaron los cambios acordados en Nueva York, es decir, se retiraron los “científicos” de la escena política, excepto Limantour y González de Cosío. Renunciaron o solicitaron licencia los gobernadores de los estados.

El 1° de abril de 1911 el General Díaz rindió su informe de gobierno ante el Congreso. En esta ocasión no habló de los logros alcanzados durante el desempeño de sus administraciones anteriores, sino que anunció las reformas de ley que enviaría a la Cámara de Diputados: una que impediría la reelección del ejecutivo; una ley electoral donde se establecería el sistema de partidos; una ley para fraccionar los latifundios —fueran estos particulares o del Estado—; una ley para otorgar mayor autonomía al Poder Judicial de la Federación.

El 7 de mayo, se corrió el rumor de la disposición del General Díaz a renunciar a su cargo con la condición de que los revolucionarios respetaran la ley. El 25 de mayo el gobierno de Díaz firmó con Madero los siguientes acuerdos: el orden debía reestablecerse; Porfirio Díaz y Ramón Corral renunciaban, los revolucionarios se comprometían a cesar la lucha armada; el Secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, asumía el gobierno en calidad de presidente interino mientras se organizaba un nuevo proceso electoral.

El General Díaz empacó sus pertenencias y, acompañado de su esposa, amigos y antiguos miembros del gabinete, subió al tren que lo llevaría al Puerto de Veracruz. El 31 de mayo abordó el vapor Ipiranga que lo condujo al viejo continente, donde murió.

6. Conclusiones

En el presente artículo pudimos percatarnos de que la elección o elecciones, aunque transcurrían cada cuatro años, era el reflejo del ánimo y valoración cotidiana del ejercicio del poder. En este sentido es posible considerar a las elecciones como momentos en la vida cotidiana del país, que reflejan los conflictos políticos dentro de los estamentos de poder del régimen porfirista, y un elemento de cohesión o quiebre de las relaciones sociales en tanto que fue en un momento electoral cuando se expresaron los descontentos y conflictos que el propio sistema no fue capaz de integrar institucionalmente cuando inició el siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

GARCÍA Diego, Javier (Coordinador) (2002). *Gran Historia de México Ilustrada. De la Reforma a la Revolución, 1857-1920*. México, D.F.: Planeta Deagostini-CONACULTA-INAH. T. IV.

HEMEROGRAFÍA

El Monitor Republicano
El Siglo XIX
El Imparcial



Una mirada nueva a la vivienda porfirista

E L E N A
SEGURAJÁUREGUI
UAM-Azcapotzalco

El gobierno mexicano, en la segunda mitad del siglo XIX, inicia la construcción de un sistema de economía capitalista a partir de impulsar la explotación de sus materias primas y la propiedad territorial. Asimismo, facilita el acceso tanto a la inmigración como al capital, por lo que la inversión de países capitalistas expansionistas en México fue un elemento decisivo en su economía.

Esta integración del país al mercado internacional, generó un cambio de valores culturales, como consecuencia de la influencia de la burguesía europea y norteamericana. Por lo tanto, la producción artística y arquitectónica de la época se fundamenta en cánones estéticos incubados en la academia francesa de la época.

De ahí que una de las prioridades del gobierno de ese tiempo haya sido la transformación de la imagen de las ciudades, cuestión en la que trabajó arduamente. Un antecedente muy evidente del cambio de la estructura urbana se había presentado 1782, cuando los barrios indígenas y mestizos pasaron a formar parte de la división de cuarteles de la ciudad; otro más se tiene como consecuencia de la aplicación de la Ley de Desamortización de los Bienes Eclesiásticos y Civiles del 26 de junio de 1856, ya que la

iglesia poseía, en la primera mitad del siglo XIX, el 47% del valor territorial de la ciudad. “El sector iglesia, formado por 102 propietarios, poseía fincas por valor de \$ 18,005 890.00 [...] Constituía el grupo concentrador de propiedad más fuerte si lo consideramos por el monto de propiedades”.¹

A partir de la aplicación de la Ley de Desamortización se intensifica el uso de suelo; los conventos fueron fragmentados y se trazaron nuevas calles, por ejemplo: 5 de mayo, Independencia, 16 de septiembre, 20 de noviembre, etcétera. Posteriormente fueron las avenidas de Reforma y Bucareli que ya remodeladas se convirtieron en los paseos de moda, además de ser el escenario de los desfiles conmemorativos. Es importante señalar que alrededor de estas avenidas se fueron ubicando las colonias de la gran burguesía, que estaban comunicadas con el centro de la ciudad, centro político y de decisión del país.

La traza colonial —vista ya para entonces como paradigma de atraso— y la arquitectura de aquella época ya no reflejaban los nuevos intereses económicos y estéticos del país, ahora se buscaba mostrar un país moderno.

En la parte oriente se extiende entre casas vetustas de sombría y pesada arquitectura, el México viejo, con sus calles angostas y tortuosas, sus míseras plazoletas, los puentes de unión del canal de la Viga. Charcos verdosos y deletéreos, carros que corren en medio del arroyo, macizas, extensas y desnudas tapias y a largos techos jacales de adobe tejamanil, donde se albergan gentes infelices...²

1. Morales, Ma. Dolores, “Estructura Urbana y distribución de la propiedad”, en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, V. XXV, No. 3, 1976, pp. 363-404.
2. Galindo y Villa Jesús, *Ciudad de México*. México, Imprenta y fototipia de la Secretaría de Fomento, 1906, p. 149.

Asimismo, todo lo relacionado con España era mal visto. Al aplicarse las Leyes de Reforma se produce un enorme movimiento de construcción de nuevos establecimientos, diversificándose el uso de suelo “a la primera iniciativa [la del gobierno] le ha seguido la privada, construyendo numerosas y magníficas residencias particulares, o bien el comercio edificando por todas partes verdaderos palacios”.³

Las edificaciones representativas del gobierno, la industria y el comercio crearon un corredor que partía del Zócalo y avanzaba sobre la primera y segunda calle de San Francisco, seguía por Plateros (ambas formaron la calle de Madero en la actualidad) y llegaba a la Av. Juárez, al secarse las acequias se pudo unir esta zona del centro con la parte poniente de la ciudad y, finalmente, se juntaba con Paseo de la Reforma.

El mediano y gran comercio se ubicó en las calles principales, por ejemplo, las joyerías en Plateros; también se construyeron grandes edificios de almacenes como el Centro Mercantil (que se localizaba en las calles de 20 de noviembre y 16 de septiembre), entre otros centros comerciales que se edificaron en este tipo de calles.

Alrededor del eje centro-periferia se edificaron hoteles, oficinas privadas, edificios de la bolsa y representaciones de compañías privadas, teatros, cafés, casinos y clubes, como el Jockey Club.

Como consecuencia de esta nueva economía se da una concentración de la población en la capital, de 1858 a 1910 la población aumentó 2.3 veces, tanto por la inmigración como por el crecimiento natural.⁴ Es decir, pasó de 200,000 habitantes a 471,000, agra-

3. Morales, Ma. Dolores, p. 384.

4. Moisés González Navarro, “El Porfiriato, la vida social”, en Daniel Cossío Villegas et al., *Historia Moderna en México*, Volumen V y IV, México, Editorial Hermes, 1957, p. 490.

vando el problema de vivienda para el sector menos favorecido de la población, ya que en 1900 una tercera parte de los habitantes de la ciudad vivían hacinados en cuartos de vecindad, se podían encontrar casonas que albergaban entre 600 y 800 personas. Cosío Villegas documenta que ese año el censo registró que 100,000 personas dormían a campo raso, mientras 25,000 pasaban la noche pagando 3 centavos en cuartos sin luz y ventilación en las peores condiciones de miseria.⁵ En el censo de 1910, el 50% de las viviendas eran chozas de adobe y tejamanil constituidas en un espacio único, de mínimas medidas, destinado a varias familias.⁶

En respuesta al hacinamiento y a las condiciones de miseria, la propiedad urbana adquirió interés para el grupo de mayor capacidad económica, que especuló con tierras agrícolas convirtiéndolas en fraccionamientos, aumentando la superficie urbana 4.7 veces su tamaño.⁷

El Estado fungía como promotor de obras de infraestructura tales como correo, telégrafos, ferrocarriles, alcantarillado, alumbrado, teléfonos, rastro, parques, escuelas, hospitales, drenaje, cuarteles para el ejército, centros recreativos, dotación de agua potable y pavimentación, con el apoyo técnico de compañías extranjeras. En la mayoría de las ocasiones se requirió de la importación de herramienta y materiales, pero sobre todo el gobierno destinaba fuertes cantidades para la imagen de la ciudad, un ejemplo lo tenemos en el gasto registrado en 1901 para paseos y obras de embellecimiento, que fue del 21% del presupuesto municipal. Estas obras beneficiaron básicamente a las clases media y alta, lo que propició que en 1884 por primera vez la sociedad se distribuyera y asentara en diferentes zonas de la ciudad, según su capacidad económica, creando una identidad propia.

5. *Ibid.*, p. 80.

6. Morales, Ma. Dolores, p. 77.

7. *Ibid.*, p. 62.



El oriente de la ciudad —laguna de Texcoco y el canal del desagüe— estaba poblado por obreros, mientras que los estratos sociales más bajos vivían al noreste y norte, en lo que se conoció como los fraccionamientos: Morelos, La Bolsa, Díaz de León, Maza y Rastro, así como Valle Gómez, trazado en las proximidades del Rastro, la Penitenciaría, Estaciones y vías ferroviarias.

La clase media y baja se ubicaba al norte, en los fraccionamientos de Santa María y Guerrero. Al oeste vivió la clase media alta en el fraccionamiento de San Rafael que en sus orígenes, 1896, fue fincado con capital francés. Al suroeste se crearon las colonias para el grupo de mayor capacidad económica: La Teja, Nueva del Paseo, Americana, Arquitectos, que posteriormente conformarían la Colonia Juárez.

Poco tiempo después, al ver los réditos que la cuestión inmobiliaria ofrecía se crearon otras colonias como: Anzúres, Roma y Condesa.

Es pertinente diferenciar los términos que hemos utilizado de Fraccionamiento y Colonia en los párrafos anteriores. Los Fraccionamientos fueron el producto de asociaciones mercantiles que a partir de las Leyes de Reforma empezaron a especular con el suelo urbano, y las Colonias fueron asentamientos de colonos de diferentes nacionalidades, que con el ánimo de no perder su identidad y categoría de extranjeros se establecieron en determinada zona de la ciudad.

Los fraccionamientos y colonias no se poblaron inmediatamente, de hecho fue un proceso que llevó varios años, a pesar de que algunos eran destinados para el sector de mayores recursos, el presupuesto municipal no alcanzaba para cubrir las demandas de servicios, por lo que se condicionó la venta de terrenos a su inmediata provisión de agua potable y drenaje, bajo la coordinación de la Dirección de Obras Públicas.

Con el tiempo la normatividad para la prestación de servicios, que incluía hasta la plantación de los árboles en las aceras, fue

supervisado por el Ayuntamiento. Al ser un negocio altamente remunerativo, sobre todo en la zona residencial, se rebasó por mucho la demanda real.

Como se mencionó líneas antes, hacia el poniente fue emigrando poco a poco la burguesía, entre 1859 y 1862 se construyen casas tipo campestre, pues no hay que olvidar que esta zona marcaba los límites de la ciudad. Poco después, los predios fueron subdividiéndose, lo que permitió una variedad tipológica muy interesante, manifestándose la capacidad económica, el gusto y la posición social del habitante y seguramente el estilo de vida que llevaba, sobre todo mientras mejores posibilidades económicas tuviese, en la misma proporción su casa estaría formada por mayor número de habitaciones, claro no faltaban los salones que regularmente estaban dispuestos de tal forma y unidos con puertas, que al abrirse todas formaban un inmenso salón de fiestas, aunque también había espacios para actividades muy específicas, es el caso del salón de costura o el salón de fumar, mismo que invariablemente tenía una vidriera que daba hacia los jardines.

Los espacios que conformaban estas residencias no se articulaban por medio de un vestíbulo, sino que eran contiguos, es decir, uno se continuaba con el siguiente y, en ocasiones, tenían salida a un pasillo ubicado de manera paralela a todo el desarrollo de la vivienda, que ofrecía una vista al gran patio o jardín.

La arquitectura que se construyó para las clases altas estaba marcada por su carácter historicista, creando una arquitectura híbrida que caracteriza la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, por lo que encontramos elementos como los "avant-soliers" (saledizos de madera sobre la calle), techos agudos y agujas, celosías de madera, logias regularmente dispuestas en los pisos superiores que funcionaban como extensión de las habitaciones, pero en el caso de las casas y palacetes de las avenidas como Reforma o Bucareli servían de palcos para los desfiles.



Los interiores estaban decorados con mascarones y guirnaldas realizados en estuco y madera, un elemento muy característico de esta época fue el cristal, por lo que muchas de las construcciones contaban con tragaluces.

Conclusiones

En el momento que la ciudad de México cambió su fisonomía con la intención de estar al nivel de las grandes capitales europeas y norteamericanas, se presenta una diferenciación en la capacidad económica de sus habitantes, evidente en la ubicación de las mismas, pero también en su arquitectura, pues ésta muestra el poder adquisitivo de las distintas clases sociales. En la zona este se ubicaba a las clases con menores recursos, en arrabales o casas construidas con materiales muy sencillos y frágiles, mientras en la zona oeste —como imagen idílica de bienestar— se encontraban los inversionistas y comerciantes nacionales y extranjeros que edificaron casonas y palacios, con materiales muchas veces importados, de gran lujo y modernidad.

A partir de lo anterior, podemos señalar que el lenguaje arquitectónico hace evidente la existencia de clases, ya que mientras unos simplemente utilizaban la arquitectura como una herramienta de protección a las inclemencias del tiempo y para desarrollar sus necesidades vitales, otros se manifestaban como pequeños príncipes con una arquitectura que denotaba el buen vivir y el conocimiento manifestado en la ornamentación mostraba su posición en la sociedad.

FUENTES

Archivo Colonias 1858-1920, Archivo del Ayuntamiento de la Ciudad de México. Ramo Colonias, v.519 y 520.

Archivo Colonias 1903-1906. Archivo del Ayuntamiento de la Ciudad de México, Ramo Colonias, v.591.

BIBLIOGRAFÍA

COSÍO Villegas, D. *et al.* (1957). *Historia Moderna en México*, Volumen V y IV. México: Editorial Hermes.

GALINDO Y VILLA, Jesús (1906). *Ciudad de México*. México: Imprenta y fototipia de la Secretaría de Fomento.

——— (1955). *Historia Sumaria de la ciudad de México*. México: Editora Nacional.

MALDONADO Ojeda, Ernesto (1994). "Barrios y colonias de la ciudad de México", en *Anuario de Estudios Urbanos*, No. 1. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

MORALES, Ma. Dolores. "La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX. El caso de los fraccionamientos", en Alejandra MORENO, Galindo y Villa Jesús, (1906). *Ciudad de México*. México: Imprenta y fototipia de la Secretaría de Fomento.

TOSCANO, Salvador, *et al.* (1974). *Investigaciones sobre la Historia de la ciudad de México I*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

NUEVA guía manual de forasteros en la ciudad de México. México: Antigua Imprenta Murgía, 1896)

VÁZQUEZ, S. (1910). *México y sus alrededores*. México: Lecaud.





Catrinas y rotas. La influencia francesa en el Porfiriato

GUADALUPE RÍOS
DE LA TORRE
UAM-Azcapotzalco

La Rumba, negra, sola, oliendo a muladar, poblada de perros hambrientos que aullaban: se ponía en pie, miraba a lo lejos, flotaba sobre la ciudad oscura y dormida, como una bruma luminosa, el reflejo de la luz eléctrica, murmuraba no sé que frases, como si soñara en voz alta diciendo:

-Yo he de ser como las rotas...

Ángel de Campo.

La personalidad de Porfirio Díaz

Porfirio Díaz nació en Oaxaca el 15 de septiembre de 1830. Fue seminarista y estudiante de derecho antes de participar en la vida política. En 1846 se enroló en la guardia nacional para combatir la invasión estadounidense, pero no intervino en la lucha. Destacó por su oposición a la dictadura de Santa Ana y por su adhesión al Plan de Ayutla (1855). Fue jefe político del distrito de Ixtlán y gobernador de Tehuantepec, regiones de su estado natal.

Asimismo, colaboró con los liberales en la Guerra de Reforma (1858-1860), combatió contra la intervención francesa y el imperio, intervino

en la batalla del 5 de mayo de 1862 y un año después participó nuevamente en la defensa de Puebla, que cayó en manos de los franceses. En esta batalla fue hecho prisionero, pero logró escapar. El 2 de abril de 1867 ocupó Puebla y el 21 de junio la capital de la República; estos hechos precipitaron la derrota definitiva de las fuerzas francomexicanas que apoyaban el imperio de Maximiliano (28 de mayo de 1864-15 de mayo de 1867).

Con el apoyo de los grupos militares, Díaz contendió por la presidencia de la República en las elecciones de 1871, aunque no tuvo éxito: el presidente Benito Juárez fue reelecto para el período 1872-1876. Díaz y sus partidarios no aceptaron la derrota, se rebelaron contra la reelección de Juárez y proclamaron el *Plan de la Noria* (6 de noviembre de 1871), pero las fuerzas del gobierno lograron controlar la revuelta.

En la contienda electoral de 1876, Sebastián Lerdo de Tejada se reeligió como presidente de la República. No obstante, Porfirio Díaz y José María Iglesias (presidente de la Suprema Corte de Justicia) consideraron que la reelección era ilegal e intentaron, por diversos medios, que Lerdo renunciara a la presidencia.

Así Porfirio Díaz se levantó en armas una vez más, ahora por medio del *Plan de Tuxtepec* (10 de enero de 1876). Uno de los puntos de este Plan proclamaba el principio de “no reelección”.

Las fuerzas de los sublevados vencieron a las del presidente Lerdo, quien renunció.¹ Iglesias, debilitado y con escasas posibilidades de acceder al poder, también viajó al extranjero. Sin mayor oposición y con el apoyo de varios jefes militares Porfirio Díaz convocó a elecciones y ocupó la presidencia por primera vez durante el período comprendido entre 1877 y 1880 y llegaría a gobernar más de treinta años, hasta que la Revolución de 1910 lo obligó a dejar el poder y a embarcarse hacia el destierro.

Tuvo dos esposas: con la primera, Delfina Ortega, se casó el 15 de abril de 1867. Su segunda consorte fue Carmen Romero Rubio con

1. Ramón Prida, *De la dictadura a la anarquía!*, México, Botas, 1958, pp. 24-30.



quien contrajo matrimonio el 7 de noviembre de 1881. Porfirio Díaz murió en París el 2 de julio de 1915. Sus restos se encuentran en el cementerio de Montparnass.²

Formación de un régimen

Desde que Porfirio Díaz ocupó la presidencia por segunda vez en 1884, su gobierno comenzó a perfilarse como una dictadura militar. A pesar de eso, Díaz trató de cumplir con algunas tradiciones republicanas; por ejemplo, no suprimió la Constitución de 1857 ni las elecciones, pero controlaba el Congreso y no toleraba la formación de partidos políticos de oposición. Las elecciones se efectuaban con el único fin de otorgar legalidad al régimen porfirista.

El mecanismo que utilizó el dictador para ejercer el poder por tanto tiempo consistió en *reformular la Constitución* una y otra vez, según le conviniera, así la reelección cumpliría con los requisitos señalados por la ley. El Congreso, institución política encargada de reformar las leyes, estaba al servicio del presidente, por lo que todas sus iniciativas y sugerencias eran órdenes que debían cumplirse sin discusión.

En 1892 surgió el grupo de los “científicos”. Que pronto se convirtió en el más poderoso e influyente del país y participó activamente en la formación del régimen porfirista. Los “científicos” se encargaban de ejecutar las órdenes del presidente y de dirigir la administración del Estado.³

Este grupo se integraba con los secretarios de Estado más cercanos a Porfirio Díaz, y con los políticos con grandes intereses en las finanzas,

2. Sara Sefcovich, *La suerte de la consorte*, México, Océano, 2002.

3. José Valeor Silva, “La Revolución Mexicana, sus antecedentes e influencia en nuestra cultura”, en *Polvos de olvido. Cultura y revolución*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Bellas Artes, 1993, pp. 31-35.

la minería, la industria y otras ramas de la economía. Los “científicos” conformaban el bloque del poder, sin embargo, tomar las decisiones de mayor importancia era privilegio exclusivo del presidente.⁴

Mientras se mantuvo en el poder, Porfirio Díaz gobernó sin tomar en cuenta los otros poderes de la República (el Legislativo y el Judicial) y nombró a personas de su entera confianza para desempeñar los puestos de dirección de dichos poderes. Los gobernadores, senadores y diputados siguieron el ejemplo del presidente y se reeligieron varias veces.

Paz, orden y progreso

Desde los primeros meses de su gestión, el gobierno de Díaz se dedicó a restablecer la *paz social*, puesto que, entre otras cosas, la rivalidad entre los distintos grupos políticos amenazaba el equilibrio social. En un principio, Díaz invitó a las facciones liberales y a antiguos partidarios del juarismo y el lerdismo, e incluso a miembros prominentes del partido conservador, a unírsele. Después organizó un poder federal fuerte, impuso su autoridad a los caciques regionales, utilizó la fuerza militar para intimidar y aplastar las protestas sociales, reestructuró el ejército, estableció un férreo control sobre los altos jefes militares y reorganizó el orden y la tranquilidad en el campo y en los pueblos pequeños. Con estas medidas, el gobierno porfirista consiguió reinstaurar la estabilidad y la seguridad que los grandes propietarios e inversionistas extranjeros y nacionales demandaban para sus negocios.

Desde 1867, cuando el presidente Juárez ordenó la reducción de las fuerzas armadas y el retiro de varios jefes del ejército, se venían produciendo constantes levantamientos de militares inconformes por estas medidas. Para contrarrestar tal situación, el régimen porfirista dividió la República en 12 zonas militares y movilizó las tropas por todo el país

4. Ramón Prida, *op. cit.*, pp. 101-129.



para desarraigarlas de sus localidades y reorganizar la policía rural. Los rurales, que dependían de la Secretaría de Gobernación, se encargaban de la vigilancia del campo, daban apoyo a los jefes políticos y protegían a los hacendados.

Además, con el fin de asegurar el respaldo y la lealtad de los jefes militares, Porfirio Díaz otorgó a varios de ellos el mando político en casi todos los estados de la República; a otros les concedió diversas prebendas, recompensó a los oficiales con cuantiosos salarios y toleró los actos de corrupción de todos ellos, como el uso indebido de recursos destinados a cubrir los gastos del ejército. De este modo logró que los grupos militares dejaran de amenazar la paz pública.

El Porfiriato se desarrolló durante un largo período, se extendió desde 1877 a 1880 y de 1884 a 1911. Esto fue posible porque Porfirio Díaz dominó al Congreso y al poder Judicial, y consiguió la sumisión de los gobiernos estatales y el control de la prensa. Además contó con el apoyo del ejército, los hacendados, el clero y la burguesía, tanto nacional como extranjera. Todo esto favoreció la concentración del poder político en manos del presidente de la República.

Durante el Porfiriato, la Iglesia recuperó gran parte de sus anteriores privilegios mediante el pacto que estableció con el gobierno: éste ignoró las Leyes de Reforma. Así, las escuelas de las congregaciones religiosas funcionaban libremente, la Iglesia incrementó sus propiedades y Díaz hizo pública ostentación de su credo católico.

La represión fue un aspecto constante del gobierno de Porfirio Díaz: cualquier crítica o manifestación de inconformidad por las acciones del gobierno fue sofocada violentamente. Las revueltas militares de los primeros años del régimen tuvieron el mismo fin. En 1878, Mariano Escobedo dirigió un levantamiento armado contra el régimen porfirista, pero fracasó en sus propósitos y al poco tiempo fue incorporado a las filas del gobierno. Un año más tarde, un grupo de lerdistas se sublevó en Veracruz y sus jefes políticos y militares fueron fusilados por órdenes de Díaz, quien envió un telegrama al jefe de la zona militar. El telegrama



contenía una frase que fue celebrada con regocijo por los porfiristas: “¡Mátalos en caliente!”.

En 1886, el general Trinidad García de la Cadena fue asesinado por disputar la presidencia a Díaz. En 1892 los habitantes del pueblo de *Tomóchic* (población del estado de Chihuahua) se negaron a entregar sus tierras a la Chihuahua Mining Company, por lo que fueron exterminados por las tropas del gobierno porfirista.⁵

Los periodistas y editores padecieron constante persecución y represión; muchos de ellos se sometieron al régimen a cambio de dinero. La prensa independiente fue perseguida encarnizadamente; muchos periodistas, empresarios e impresores fueron encarcelados, multados y despojados de sus prensas e instrumentos de trabajo.

En varios estados de la República la persecución contra la prensa libre fue más brutal, pues se llegó al asesinato de los directores de periódicos. Sólo algunos diarios como *El Diario del Hogar*, *El Hijo del Ahuizote* y *Regeneración*, resistieron el soborno, la cárcel y la hostilidad del gobierno porfirista.⁶

A pesar de la intimidación y la violencia empleadas por el gobierno contra los opositores y los inconformes, durante el Porfiriato se produjeron numerosos levantamientos de indígenas en defensa de sus tierras. Todas las insurrecciones fueron reprimidas por el ejército y por la policía rural.

Las rebeliones indígenas más importantes fueron la de los yaquis, en Sonora, y los mayas en la península de Yucatán. Los primeros defendieron sus tierras durante un cuarto de siglo; sin embargo, aldeas enteras fueron destruidas y los prisioneros enviados como esclavos a Valle Nacional, Oaxaca, y las haciendas de Yucatán. Las tierras expropiadas a los indios yaquis pasaron a manos de latifundistas mexicanos y capitalistas extranjeros.

5. Véase Heriberto Frías, *Tomochic*, México, Porrúa, 1983 (Sepán Cuantos, 92), *passim*.

6. Ricardo Flores Magón, *Epistolario revolucionario e íntimo*, México, Grupo Cultural Ricardo Flores Magón, 1925, *passim*.

Los mayas de Yucatán, por su parte, pelearon contra el despojo de sus tierras que efectuaban los dueños de las plantaciones de henequén y caucho. En 1901, las fuerzas porfiristas consiguieron derrotar y someter a los mayas rebeldes y Yucatán se convirtió en propiedad de una cincuenta de hacendados.⁷

La situación de los obreros era parecida a la de los campesinos: los productos de primera necesidad se encarecían constantemente mientras los salarios permanecían fijos. Además, los trabajadores no siempre recibían su salario en efectivo, pues muchos patrones les pagaban con vales que sólo podían canjear en la tienda de raya, propiedad de los dueños de las fábricas, donde las mercancías se vendían a un precio muy elevado.⁸

Los patrones cobraban a los obreros los productos defectuosos y las piezas de maquinaria que se gastaban o se rompían durante las horas de trabajo. Los obreros debían soportar jornadas de trabajo de catorce a dieciséis horas continuas; sólo podían hacer breves pausas para ingerir algunos alimentos.

A pesar del autoritarismo y la violencia de la dictadura, los trabajadores no dejaron de protestar por la situación económica, pero eran perseguidos, encarcelados o multados por la policía rural. Durante este período se produjeron más de 200 huelgas en las industrias de transporte ferroviario, minera, cigarrera y textil. Los movimientos obreros más importantes de esta época fueron las huelgas de *Cananea* (1906) y de río Blanco (1907).

Moda, diseñadores, maniquís y mecanización

La industria continuó su desarrollo. Con la aplicación de la máquina de vapor se lograron grandes avances técnicos e industriales. Tam-

7. John K. Turner, *México bárbaro*, México, Costa-Amic, 1967, *passim*.

8. Ricardo García Granados, *El problema de la organización política en México*, México, Tipografía Económica, 1909, pp. 23-25.

bién en las comunicaciones y en el transporte —con los buques de vapor y el ferrocarril— se presentó un gran progreso en este aspecto.

Las nuevas máquinas propiciaron un crecimiento en el rendimiento de todas las industrias: la lanzadora aumentó la velocidad, en la tejeduría se inventó en 1863 la máquina de coser y bordar, y en 1851 se inició la fabricación industrial del calzado. Comenzaron los experimentos con colorantes sintéticos, los que posibilitaron una gama más amplia de tonos y matices.

En cuanto al arte, el siglo XIX no puede concebirse como una unidad. Al acercarse la sexta década se había concluido el antagonismo entre clasicismo y romanticismo. Los clásicos estaban vueltos hacia el pasado como hacia un modelo; los románticos, hacia los demás como evasión imaginaria. Los realistas, que aparecían como nueva corriente artística, no querían ver ya en el presente más que lo real, deseaban romper con un mundo viejo, cuya perennidad querían asegurar los clásicos; tampoco bastaba eludirlo como el romántico, refugiándose en sí mismo y en el ensueño interior, sino que proclamaban resueltamente un mundo nuevo, fundado en lo concreto y la necesidad de abordarlo en su edificación.

Pues bien, el auge extraordinario de las comunicaciones y el desarrollo que alcanzó la industria posibilitaron que la moda tuviera un alcance universal. La creciente mecanización de la industria textil en el continente europeo propició una diversificación mayor de los tejidos.⁹

Debido a los esfuerzos de Napoleón III y de su esposa Eugenia por propiciar el lujo en el vestir y con la finalidad de lograr que París fuera nuevamente el centro mundial de la elegancia, se impuso el gusto por los tejidos lujosos. Los encajes de seda o de lana y brocados de oro y plata,

9. En 1848 existían en Francia 328,000 telares automáticos y en Inglaterra 675 000; la fabricación de los géneros labrados, brocados, tules y terciopelos se desarrolló considerablemente aportando al traje una gran variedad de ornamentación. François Boucher, *Historia del traje en occidente desde la antigüedad hasta nuestros días*, Barcelona, Montaner y Simón, 1967, pp. 56-60.

finos géneros estampados, rasos, muarés y, sobre todo, el tafetán fueron los más usados; gustaron también la gasa, el tul y el hilo, los batistas y la muselina para el verano.

A los factores tecnológicos ya mencionados se les sumó, en esta época, un ambiente caracterizado por la búsqueda desenfrenada de ganancias en los negocios por parte de la burguesía. Fueron los años en los cuales la sed de oro se convirtió en una epidemia generalizada, la inmigración hacia California, al difundirse la noticia de sus yacimientos, constituyó un claro ejemplo de cómo alcanzar riquezas.

Los nuevos ricos, ya asentados, no cesaron de presumir su estatus económico alcanzado, más aún cuando la estabilidad del mismo constantemente se encontraba en peligro debido al juego y las especulaciones.

Este ambiente propició el surgimiento de la alta costura o costura creación. Hasta ese momento la moda era lanzada —como ya he expuesto— desde los salones aristocráticos o burgueses; la indumentaria de monarcas, cortesanos, y las damas elegantes de la burguesía eran copiados por el resto de la nación y de éstas se difundía por el mundo entero.

Los costureros o modistas limitaban su creatividad a los detalles y adornos de los trajes sin aportar, con pocas excepciones, variaciones sustanciales a la moda de cada período. Pero a partir de mediados del siglo XIX entró en el escenario de la moda el vestir un personaje cuya trascendencia llegaría hasta nuestros días: el diseñador de modas, con el sentido actual del término.¹⁰

Este hecho está estrechamente vinculado con el nombre de Charles-Frederic Worth, sastre inglés que abandonó Londres en 1845; contaba con sólo veinte años cuando se estableció en la capital francesa en un almacén de novedades, se trasladó posteriormente a la casa de Gaglín y contrajo matrimonio con una de las muchachas del taller, quien fue la primera en exhibir sus modelos en diversos lugares públicos. Luego de que se instalaron por su cuenta, se le ocurrió la novedosa idea de preparar

10. Wilcox Turner, *La moda en el vestir*, Buenos Aires, Ediciones Centurión, pp. 65-69.

una colección de vestidos y mostrarlos a su clientela en el cuerpo de sus empleadas: con ello aparecieron las maniquís o modelos de ropa.¹¹

A la novedad de la propagaba en vivo de sus creaciones, Worth agregó el detalle de que fueran mostrados los vestidos en muchachas que tuvieran un físico similar al de sus clientes; de esta manera las compradoras podían observar realmente de qué forma lucirían con los atuendos exhibidos en los cuerpos de los maniquís no idealizados.

Con la aparición de la alta costura creció la comercialización de la moda creativa en manos de los sastres al frente de casas de costura de lujo, los cuales dirigían su inspiración hacia una clientela selecta. El elevado costo de cada prenda elaborada "a la medida" y la exclusividad de los diseños evidenciaban que —poco a poco— estas empresas se convertirían en un nuevo mecanismo para salvaguardar el poder de la moda en manos de la alta burguesía, la que constituiría a la vez un medio para asegurar la supremacía del gusto francés en la elegancia femenina.

Paralelamente al surgimiento de la costura creación y las casas de moda, se producía el desarrollo de la confección en serie de prendas de vestir, posibilitado por la creciente mecanización de la industria. Iniciada en la primera mitad del siglo XIX, con la confección de ropas masculinas, esta industria llegó abarcar, a mediados del siglo XX, la elaboración de prendas sencillas y del trabajo de la mujer. Los precios bajos —debido a la repetición de los modelos y a la deficiente terminación— y la posibilidad de adquirir las prendas al momento, evidenciaban que su destino eran las clases bajas de la sociedad, las de escasos recursos económicos.

La influencia francesa en el México decimonónico

El positivismo fue la filosofía del régimen porfirista. Esta doctrina surgió en Francia durante la primera mitad del siglo XIX y se difundió

11. Turner, *op. cit.*, pp. 75-79.

en México durante el período en que se promulgaron las Leyes de Reforma (1859 y 1860). En aquel momento los liberales se apoyaron en los principios de la doctrina positivista para combatir la forma de pensar de los grupos conservadores.

En el Porfiriato el grupo de los “científicos” adoptó esa doctrina para apoyar y defender el régimen en el poder. Este grupo utilizó los principios positivistas para demostrar la necesidad de instaurar una dictadura de los grupos cultos en un país de analfabetos, y para proclamar que era más importante pacificar el país y promover el progreso económico que respetar los derechos civiles y las libertades políticas de los ciudadanos.

Los “científicos” adoptaron ese nombre porque, según ellos, empleaban métodos científicos en la dirección y administración del Estado. Además se distinguían por hablar francés y se comportaban de acuerdo con costumbres, tradiciones y formas de vida francesa: se divertían en la ópera y el teatro, rechazaban las corridas de toros y las peleas de gallos, y adoptaban el hipódromo, las carreras de automóviles y la pelota vasca, despreciaban el jarabe y hacían suyos los vales y las polkas. Por su parte, los terratenientes decoraban las habitaciones de las haciendas con mobiliarios, pinturas y cortinas procedentes de París.

Moda y frivolidades

A principios del siglo XX, debido al desarrollo alcanzado por el imperialismo, se cerró el período del desenvolvimiento relativamente pacífico del capitalismo y se inició la fase de las guerras mundiales y la lucha por un nuevo reparto del mundo entre los Estados capitalistas más desarrollados.

La técnica continuó sus progresos durante los primeros años del siglo: se perfeccionó el motor de combustión interna, surgió el automóvil, se inició el dominio del aire, apareció la luz eléctrica, se desarrolló la

fotografía y surgió el cine. Se evidenció un gran avance en las ciencias médicas, y aparecieron nuevos conceptos sobre la salud y la higiene.

Los éxitos alcanzados desde fines del siglo XIX en los campos de la industria, la economía y la tecnología fueron la causa que permitió la democratización e internacionalización de la civilización, tanto científica como artística, en especial gracias a la prensa y a los organismos mundiales de difusión. La gran variedad de revistas y textos especializados sobre arte y literatura es muestra de la creciente demanda espiritual de la sociedad moderna.

El ritmo de vida se aceleró con el avanzar del siglo y propició que la sociabilidad se trasladara de la casa a la calle. El concepto del hogar como centro de la familia y las actividades sociales seguía vigente; a los clubes para hombres, creados en los últimos años del siglo anterior, siguieron la apertura de numerosas y variadas asociaciones como reacción a la tendente democratización y como necesidad de las clases de conservar su exclusividad, relacionada con el mantenimiento del espíritu de la época.

Las ciudades se agrandaron gracias a las facilidades brindadas por las nuevas técnicas constructivas y su fisonomía se transformó a causa de la luz eléctrica, aplicada tanto en el alumbrado público como en los anuncios comerciales.

El movimiento continuo de los automóviles, los camiones y los ferrocarriles contribuyó también a brindar un nuevo aspecto a las ciudades, a lo que se sumaban la construcción de monumentos, estatuas, parques, jardines y plazas. Todo ello causó que las ciudades se convirtieran en centros de atracción de multitudes cada vez más numerosas. Los avances en la transportación permitían que en pocas horas se llegara de las provincias cercanas a las ciudades y, especialmente, a la ciudad de México.

Era necesario ampliar la oferta de actividades para los visitantes que llegaban a la capital mexicana. En la vida nocturna los establecimientos de diversión ocuparon un lugar importante. Esos fueron los años de la apertura de numerosos cafés, cantinas y restaurantes, en los cuales se vivía intensamente cada noche.

La indumentaria femenina se presentó en los primeros años del siglo como continuación de la moda precedente. Una primera etapa abarcó de 1900 a 1910, y se caracterizó por variar sólo en algunos detalles la imagen anterior, un período posterior, de 1910 a 1918, marcó una etapa de tránsito o de búsqueda cuya fantasía y diversidad, presentes en su línea, anunciaban los cambios que ocurrirían en el traje de la mujer.

La ciudad de México siguió las modas y costumbres francesas, desde el positivismo que se introdujo en las escuelas, hasta la moda femenina. Las mujeres modernas aceptaron con gusto las variaciones de la moda, relativamente insignificantes, durante la primera decena del siglo XX.

La moda cumplió su función de transmitir una serie de valores impuestos por la clase en el poder tanto en el nivel individual como en el colectivo. Algunos han creído que la causa primordial que motivó al hombre a cubrir su cuerpo era simplemente la necesidad de protegerse de las inclemencias climáticas; la Biblia, en cambio, invoca una razón mental, el pudor; algunos autores antiguos planteaban la idea del tabú o de alguna influencia mágica; los psicólogos modernos opinan que fue la idea de agradar.

El traje satisfizo igualmente un deseo de representación: al revestirse de adornos y accesorios, quien las usa, se identifica con otro ser mediante elementos que los señalan como un ente superior.

La evolución del traje está ligada fundamentalmente a las condiciones socioeconómicas de cada época. Los cambios sociales hacen variar igualmente las modas y costumbres en determinadas épocas o procesos históricos.

El traje ha sido un objeto creado por el hombre para su uso, para cubrir una necesidad práctica de su existencia. Pero también posee otra función, la estético-artística. Desde un punto de vista de síntesis de varias manifestaciones de las artes aplicadas, como la orfebrería, el tejido y la ornamentación, sería parte integrante de la historia de la cultura y del arte.

Las mujeres no dejarían el corsé hasta entrando el siglo XX, amén de una serie de incomodidades como fueron y son los tacones, la profusión

de telas, las enaguas y la ropa interior, los peinados complicados, la variación en los sombreros. En la evolución de la vestimenta femenina, el hombre impuso a la mujer un papel decorativo e inútil que la obligó a estar casi siempre pendiente de su aspecto físico.

Al iniciarse el siglo el ideal de belleza femenino conservaba aún la silueta y el talle ajustado de acuerdo con las líneas del cuerpo y la cintura muy reducida. Esto se lograba gracias a una de las prendas íntimas, hecha de algodón o de hilo fino, de seda bordada en colores rosa, azul y blanco con tirantes de encaje: el corsé, que fue definitivo para resaltar la belleza femenina, ya que delineaba el cuerpo y hacía ostensibles las líneas correctas de la figura. Prenda común de la mujer, fue familiar y no resultó rara para el hombre.

El corsé fue tema de apasionadas disputas entre hombres, mujeres, moralistas, médicos e higienistas, porque se veían y sentían de manera palpable los inconvenientes de su uso, las violentas e incurables enfermedades que ocasionó, y por ser imperiosos a su utilización desde el punto de vista estético, por la imposibilidad de relegarla al olvido, puesto que era parte esencial de la belleza y del vestir femeninos. Los higienistas se preguntaban si acaso algún día tendrían éxito las tentativas de los enemigos del corsé.¹² Los expertos de la moda, por su parte, consideraron que su uso no se perdería, pues sobre todos los argumentos está el de la belleza de la mujer.¹³ La prenda también representó, metafóricamente, la asfixiante conducta a que fue sometida la mujer por la moral victoria-

12. La Academia en Francia realizó varios estudios respecto de los daños que ocasionaba en los órganos abdominales, que llegaban a afectar el cerebro. "Belleza femenina", en *Argos*, año I, t. 1, núm. 1, México, enero de 1912, p. 28. Cfr. Guadalupe Ríos, "Las mujeres entre azahares, fusiles y comercio", en *Polvos de olvido...*, pp. 320-321.

13. Los precios de los corsés variaban de acuerdo a las telas y los bordados. Las marcas eran francesas y estadounidenses; el de Warnes costaba desde 6.5 hasta 20 pesos. Para cubrir esta prenda existieron los cubre corset con encajes, adornos y bordados a mano con precio de 10.50, 12.50 y 15.75 pesos.





Nº 47. — CORSE "Sanakor", batista
bordada, color rosa, azul, blanco.
Precio.... \$ 12.75
Este modelo da un talle maravilloso y deja
libre el pecho.



Nº 51.

Nº 53.
CORSE
cintura de listón de seda
blanco, rosa y azul.
Precio... \$ 6.50

Nº 51.
CORSE coutil blanco y gris,
para niñas de 7 á 14 años. Precio...
Cada de \$ 7.75 á \$ 3.25

Gran Surtido de Corsés
de las mejores marcas francesas y americanas

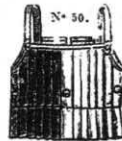
CONFECCIONES



Nº 48. — PORTA
BUSTO batista,
de algodón
blanco.
Precio... \$ 3.50



Nº 49. — CORSE "Warners", coutil
blanco, crudo y gris, con
tirantes Precio \$ 6.50



Nº 50. — CORSE
batista blanca
para niñas: de
6 meses á 4 años.
Precio
\$ 2.25 y \$ 1.00



Nº 53.



Nº 52. — CORSE
"Warners" (iris),
coutil blanco,
gris y crudo.

Precio \$ 4.50

na, por la cultura, las ideas y la mentalidad imperantes. Poco a poco, este ideal se fue transformando en lo que constituyó la imagen característica de la mujer de los primeros años del siglo XX.

A partir de 1917 se advierte que en los vestidos disminuye el *puf* destinado a abultar el trasero femenino, el pliegue de la falda se reduce y se favorece la cintura, no obstante que las mujeres llevaban ropa interior larga, corpiño y refajo.¹⁴ La falda, que fue de gran moda, moldeaba las caderas e iba ajustada hasta las rodillas, donde se ensanchaba para dilatarse como una corona hasta cubrir el piso, tanto en el traje de diario como en el de noche. La falda se consideraba como prenda práctica y elegante, acompañada de sobrefalda lisa o grandes biés. Los corpiños tenían cuellos altos para la calle y escotes bajos para los bailes, las ceremonias o recepciones. Las mangas perdieron la forma abultada de finales del siglo, pero continuaron siendo motivo de atención; en la noche generalmente se prescindía de ellas.¹⁵

Los vestidos de ocasión casi siempre eran de corte princesa, es decir, cortados en una sola pieza, falda y corpiño. Eran complejos y muy elaborados. La variedad de tejidos y el color en un vestido requería un riguroso buen gusto para la selección.

Los vestidos de diario más usados eran los llamados sastre, o los conjuntos de saya y blusa. Durante esta etapa fueron de gran uso las chaquetas cortas llamadas boleros, toreras o figaros. El traje sastre, de inspiración

14. El refajo es lo que actualmente conocemos como fondo; era de tafetán negro o colores claros, de doble holán de punta o muselina tableada, con adorno de aplicaciones de encaje de listón; su costo variaba de 55 hasta 85 pesos. El tafetán negro de brocado, colores claros, doble holán, adorno de encaje fino y con aplicaciones desde 125 hasta 150 pesos. "Anuncio", en *El Siglo*, t. 1, núm. 7, México, octubre de 1891, p. 10.

15. Para conocer algo sobre la moda de esos años véase "La belleza femenina", en *Álbum de Damas*, año 1, núm. 5, México, marzo de 1907, p. 30; La Marquesa Rosaline, "Elegancias femeninas, crónicas de la moda", en *Cosmos*, t. 1, núm. 4, México, junio de 1912, p. 531.

masculina, se derivó de varios factores: uno de ellos fue la vida más activa de las mujeres, sobre todo las de clase media, las cuales requerían de un atuendo más sobrio que les permitiera atender sus negocios o trabajar en las oficinas como secretarías o telegrafistas; asimismo, el desarrollo alcanzado por la industria de la confección orientaba el gusto hacia prendas simples y de fácil elaboración. Los trajes sastre llegaron a adoptar la corbata masculina. No podemos olvidar los movimientos feministas que empezaron desde 1905 con los artículos de Laureana Wright hasta culminar con el Primer Congreso Feminista, celebrado en Yucatán en enero de 1915¹⁶ donde, entre otras cosas, se demandaba un traje de reforma, cuya austeridad constituyera una reacción a los vestidos recargados de las damas de sociedad.

El cabello se llevaba recogido, o bien con un chongo alto, cubierto con variados tipos de sombreros, todos de grandes alas y profusamente adornados.

El peinado característico de los años revolucionarios consistía en los cabellos ondulados y trenzados, colocados alrededor de la cabeza sin una forma definida. Para darle más volumen, aseguraban los especialistas, se podía utilizar en el peinado una serie de postizos y trenzas.¹⁷ El uso del cabello corto se generalizó en los años veinte, lo que creó una imagen de liberación.¹⁸

A partir de 1910, la moda femenina inició un período de desorientación de cambios vertiginosos. Se dio con la gradual subida del talle el cual

16. Cfr. *Primer Congreso Feminista de México*, 1916, México, INFONAVIT, 1975.

17. El cabello que se usó para las trenzas y las postizas fue humano; procedía de los chinos y no de cadáveres, como rumoraba la prensa de todo el mundo. El cabello, explicaban los periodistas, era el que se caía al peinarse. Los hombres que se permitían tener criados hacían que estos se ocuparan de recogerlo para venderlo a los exportadores, en vez de tirarlo como se hacía en América y en Europa. Cfr. "De donde procede el cabello postizo", en *Cosmos*, t. 1, año 5, México, febrero de 1911, p. 958.

18. Cfr. Mary Louise Roberts, "Samson and Delilah revisited: the politics of woman fashion in 1920's France", en *The American historical neview*, núm. 13, vol. 98, junio de 1993, p. 321.

se colocó en 1910 bajo el busto. Los vestidos de noche tenían una falda de tubo con una pequeña cola; podía también usarse una túnica hasta la rodilla sobre una estrecha falda negra larga. Ambas variantes requerían de una abertura lateral para permitir el paso. Otra tendencia consistió en las faldas trabadas, que oprimían las piernas en la rodilla o en el tobillo y obligaban a las damas a caminar dando pequeños saltos.¹⁹

El tono más grandilocuente de la época lo brindó el sombrero: enorme, con torrentes de plumas que caían sobre sus inmensas alas y hacían del conjunto femenino de un paraguas abierto. El tamaño del sombrero trajo graves problemas para moralistas y legisladores.²⁰

Fue de buen gusto el uso de los guantes para las diferentes ocasiones; se confeccionaban con piel de perro, seda y cabritilla. Los colores en boga eran el blanco, el gris y el negro.²¹

Una prenda esencial para la mujer de la élite, según afirmación de los modistas, fue el elegante abanico. El lenguaje del abanico era esencial para mujeres de sociedad, un sinónimo de desenvoltura y coquetería.²²

19. Véase, *Confeti*, t. 1, núm. 30, México, 10 de junio de 1910, p. 36.

20. Ante el problema de los sombreros en los teatros, las autoridades decidieron no prohibirlas porque ofenderían a las damas y a su buen gusto, considerando que ellas serían lo suficientemente prudentes para comprender que no eran propias para el espectáculo. "Los sombreros", en *México*, t. 1, núm. 21, México, 22 de marzo de 1913, p. 18. De los Reyes, *Los orígenes del cine mexicano (1896-1900)*, México, Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Educación Pública, 1987, p. 84.

21. Los precios de los guantes para señora iban desde 3.25 hasta 8 pesos.

22. Hay quienes sostienen que a principios del siglo XV el abanico fue introducido a China, y que de China lo importaron a Europa los jesuitas. Catalina de Medecis lo llevó a Francia, y durante los reinados de Luis XV a Luis XVI los abanicos fueron el indispensable complemento del equipo de una gran señora. El lenguaje del abanico acentuó el juego de los ojos y de la boca; tal implemento era, de acuerdo al comentario de los varones, un arma más peligrosa que el florete y sus heridas, como las del puñal de cuatro filas, incurables a la ciencia y a la paciencia de las mujeres. "El abanico", en *México*, t. IV, núm. 35, México, 21 de junio 1912, p. 16.





En la moda femenina de esos años se fusionaron diversos estilos: por una parte, la inspiración hacia el Primer Imperio, con los vestidos de talle corto; por otra, cierta influencia oriental manifestada en las túnicas y los diseños que recordaban el kimono; lo serpenteante de la línea evidenciaba también la presencia del *art nouveau*, y todo ello producía una variedad asombrosa de creaciones.

Esta proliferación de formas en la indumentaria femenina se hacía posible gracias a la cantidad de casas de moda existentes en aquellos años en la capital. La aparición de los grandes almacenes de ropa, como El Palacio de Hierro, El Puerto de Liverpool, El Puerto de Veracruz, La Gran Sedería y el Centro Mercantil, junto con el desarrollo de la confección, así como, la influencia de las artes decorativas fueron aspectos que contribuyeron al espíritu que acompañó al traje femenino de la época.

Un lugar no menos importante en la moda lo ocuparon los diseñadores, quienes a partir de la experiencia de los modistas europeos²³ se establecieron en sus respectivos comercios o casas de moda, desarrollando desde ahí una amplia labor creativa con la cual afirmaban el prestigio de la alta costura francesa.

Fue así como la moda burguesa trajo consigo la posibilidad de que las clases bajas adquirieran una vestimenta más acorde con la línea oficial de la moda, aun cuando ésta fuera dictada por las altas clases a través de una nueva institución que apareció con el fin de mantener el control y la exclusividad en el vestir en manos de la burguesía, la alta costura:

23. Solamente en la ciudad de México existían 40 casas dedicadas al arte de vestir a las damas, y la mitad de ellas pertenecía a sastres o diseñadores hombres, como Luis Méndez. Entre los que se destacaban estuvo la Casa de Modas de Madam Gogol, modista de París. Véase Jorge Basurto, *Vivencias femeninas de la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1993, p. 92.



Remedios, costurera de la Casa de Modas de Madame Gogol, “Modista de París”. La Rumba comenzaba a realizar su sueño; pasar de una herrería a un taller de calle céntrica había sido un paso bastante largo...²⁴

La expansión textil fue uno de los factores esenciales de que apareciera una nueva función en el traje al servicio de la industria y de sus ritmos productivos. Por eso, necesariamente, la nueva dictadora de la moda, utilizando todos los avances tecnológicos, desarrolló su difusión y propició la adopción de las líneas propuestas.

Desde las 6 de la tarde a las 10 de la noche pululan por las calles del Teatro Nacional, 1ª. de Tacuba, callejón de la Condesa y adyacentes, un gran número de mujeres de mal vivir, de nacionalidad extranjera, que no hacen más que molestar a los transeúntes, aunque estos vayan

24. Ángel del Campo, *La Rumba*, México, Porrúa, 1991, p. 199.

con sus familias. El atrevimiento de estas mujeres ha llegado a tal extremo, que se han vestido con trajes muy parecidos a los que visten las mujeres decentes, hecho que, como es natural, ha escandalizado a las personas honradas y da muy mal ejemplo a las numerosas señoritas honradas que en esa hora tan concurrida discurren por dicha vía.²⁵

El traje femenino de la clase alta encarnó, por su sobriedad, en todos los valores victorianos que debía poseer quien lo llevara. Para las “rotas”, mujeres de clases bajas, el vestirse y peinarse como las mujeres de la élite fue símbolo de modernidad y progreso; el parecerse a las “mujeres decentes” de la alta sociedad representó el anhelado porvenir de un pasado y un presente sombríos, y marcó la ambición de un ascenso social.

La siguiente es una solicitud de permiso presentada ante la autoridad:

[...] Expongo que siendo mi profesión peinadora y queriendo ejercer en casa pública mi oficio, se designe concederme un volante para no ser molestada por los agentes de la autoridad...

La respuesta de las autoridades:

[...] La de Sanidad ha tenido a bien concederle permiso para ejercer en los burdeles el oficio de peinadora, con la condición de que por ningún motivo permanezca en ellos después de las 17 horas”.²⁶

También las vendedoras de ropa y encajes solicitaban permiso para vender sus mercancías en los burdeles: “Teniendo la necesidad de penetrar a los burdeles con el objeto de ejercer mi oficio de comerciante de encajes y ropa, suplico se sirva acordar que me extiendan la licencia respectiva con el objeto de ejercer mi respetado oficio”.²⁷

25. “Atacan la moral”, en *El País*, año X, núm. 4999, México, enero de 1914, p. 8.

26. *Permiso*, AHSS, fondo Salubridad Pública, serie IV, caja 2, exp. 27, 1915.

27. *Ibidem*.

A pesar de la situación por la que pasaba el mundo, y en especial nuestro país, la moda, como signo vital inseparable de la élite, no detuvo su desarrollo, sino que continuó viva, asomándose débilmente entre la muerte, el hambre y las necesidades, hasta emerger ya restablecida con nuevos aires, acorde con los tiempos de la Revolución.

La situación objetiva para el establecimiento de una nueva moda era difícil. Había escasez de tejidos debido a las afecciones que la lucha de 1910 produjo en la industria textil, y faltaban los obreros especializados. Por tanto, la alta costura y la confección requerían de una moda femenina lo suficientemente sencilla como para no evidenciar la falta de mano de obra calificada y la poca calidad de los géneros.

Por otra parte, como resultado de la Revolución, se había producido un cambio en la vida de la mujer: durante los años de la lucha, en el frente y la retaguardia, la mujer sufrió junto al hombre la pena y el espanto de la conmoción revolucionaria. Desempeñó el papel de enfermera en los hospitales cercanos a las líneas de fuego atendiendo heridos y moribundos; sustituyó al hombre en fábricas y talleres, en los servicios públicos y privados manteniendo la familia y el espíritu a toda costa frente a las penalidades del momento. Después, en los años que siguieron a 1918, tuvieron que reemplazar a los hombres en la vida laboral, ante la escasez de mano de obra, debido a la muerte de esposos, hijos, padres o hermanos; la anterior situación y la influencia incipiente de las ideas feministas que se habían hecho sentir desde fines del siglo pasado, las mujeres comenzaron una lucha social para reclamar su derecho al voto y a exigir la apertura de institutos y universidades donde pudieran desarrollarse intelectual y profesionalmente.

A estos factores económicos y sociales se sumaron las condiciones ideológicas derivadas de la situación política internacional de los años de la posguerra. La transformación en las vidas y las mentes se manifestó cuando arrancaron del traje colas, encajes, adornos y chorreras, acortaron la falda, suprimieron el corsé y, por primera vez en la historia, se cortaron el pelo.

Toda complicación, todo rebuscamiento, estorbaba en su nueva vida: era la época de la simplificación, de la supresión, de la desaparición de

muchos prejuicios. La suntuosidad no iba con la crisis económica producto de la Revolución, ni con la vida dinámica de aquellos años. La moda tuvo también sus vaivenes.

La silueta que con más permanencia se mantuvo de 1914 a 1918 fue la que brindaban los vestidos sueltos, de talle alto, los cuales podía poseer sobretúnica o sobrefalda, y cuyo largo dejaba ver los tobillos. En 1916 apareció una tendencia, de efímera duración, consistente en faldas rizadas, amplias y corbatas. Fue el primer intento de enseñar algo más que el tobillo femenino, pero su conjunto más marcado impidió que se impusiera.

La moda que verdaderamente estabilizó la imagen de la mujer después de la Revolución, tanto en México como en el resto del mundo, fue la simple línea del vestido-camisa de 1918, que constituyó el punto de partida para marcar los cuatro aspectos fundamentales que presentaba la nueva moda, enriquecida a partir de 1924. Esos aspectos fueron: falda corta, talle largo, silueta recta y pelo corto.

La falda corta constituyó la mayor revolución de la moda

Es, sin duda, merced a la falda corta de verdad, el descubrimiento de las piernas femeninas, doble descubrimiento, pues consiste al mismo tiempo en haber descubierto que las mujeres tienen piernas y en descubrir éstas [...] dejando de cubrirlas.

Pero no solamente el acortar la falda significó la audacia de mostrar las piernas, sino que, por ser corta y recta, se aligeró en su totalidad el conjunto femenino al prescindir de armazones, refajos, etcétera, lo que permitió a esta nueva mujer, social y económicamente más activa y necesaria que nunca, subir y bajar tranvías, practicar deportes y ejercer oficios que requerían agilidad y soltura.

El cabello había sido desde siempre no sólo el mejor adorno de las mujeres, sino también su atributo, su símbolo sexual y religioso. La moda del cabello fue, conjuntamente con la falda corta, la mayor



expresión de liberación femenina. El prescindir de postizos, bucles y trenzas, así como de armazones y volantes, fue signo de independencia sexual y social.

No faltaron los moralistas revolucionarios que tacharon esta moda de ser masculina, extravagante y provocadora. No obstante, casi todas las mujeres la adoptaron, y aquellas que no fueron lo suficientemente audaces recurrieron al uso de pelucas, cortadas según la línea del momento.

El peinado más generalizado, característico de la década de 1920, fue el corte que se denominó melenas a la romana. A lo paje: las pelonas cortadas a la altura de la oreja, con los cabellos muy cortos y un mechón más largo echado hacia la cara.

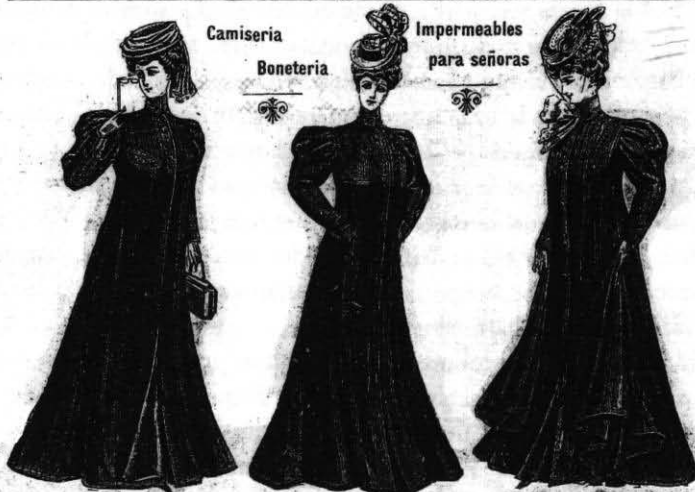
El afán de simplicidad penetró también en los sombreros. A lo largo de esa década se fueron rechazando, cada vez más, los sombreros grandes y adornados, y fue así como se llegó al sombrero típico que completaba la silueta de la época.

Tanto el peinado como el sombrero, uno bien pegado y otro bien encajado, contribuían a achicar visualmente la cabeza femenina, de la cual partía la silueta recta y delgada que terminaba en el calzado sencillo y descotado.

Para completar la caracterización de la imagen de la mujer de la década de 1920 falta aún un aspecto esencial, no sólo por su contribución al conjunto visual de esta nueva mujer, sino por el valor que adquirió a partir de entonces como acto consciente, natural y esencial femenino. Me refiero al maquillaje.

Esta mujer audaz rompió con el misterio que rodeaba al hecho de arreglarse el rostro. Lo hizo en público, no se ocultó para delinear, con soltura y oscuro creyón, la boca pequeña y acorazonada, sombrear los ojos y avivar el color de las mejillas. Con ello se multiplicaron los fabricantes de cosméticos que se vendían en nuevos y prácticos formatos para cubrir una nueva función: ser trasladados en el bolso femenino para usarse en lugares públicos.

La moda impuesta por la sociedad burguesa se volvió cada vez más complicada y refinada. Podemos decir que esta estructura social concreta muestra cómo han existido siempre en la historia del traje unas élites que imponen una determinada marca estética, la cual corresponde a una posición ideológica definida. El vestido fue utilizado como vehículo comunicativo del nivel de poder de los individuos. Por su parte, es obvio que el sexo fue determinante para señalar formas en la vestimenta del ser humano, en primer lugar dio origen a dos tipos de vestimenta: el masculino y el femenino. La diferencia, sin embargo, aparece sólo cuando la sociedad le asignó determinadas funciones sociales a cada uno de



IMPERMEABLE para señora, varios colores, distintos modelos. Precio. . . \$30.00 y \$25.00

IMPERMEABLE para señora, casimir ahulado, varios estilos. Precio de \$35.00 hasta \$30.00

IMPERMEABLE para señora, en casimires ingléses y franceses, modelos elegantes. Desde \$45.00 hasta \$38.00

Tenemos en casa, un magnifico surtido de impermeables de todas las tallas.

Recomendamos especialmente el corte de nuestros impermeables.



Impermeables para caballeros, varias formas, estilos elegantes, colores lisos oscuros. Precio. \$45.00, \$40.00 hasta \$30.00



Impermeables para caballeros, casimires franceses y ingléses, hechura sastr. Precio. \$50.00, \$45.00 hasta \$40.00



los sexos. Las funciones sociales de los sexos fueron claras: el hombre significó la fuerza y el poder; la mujer, debilidad y sometimiento. Esta fuerza y este poder masculinos fueron a lo largo de la historia la espada o el bastón, considerado como una prolongación fálica de la autoridad del hombre sobre la mujer, tan enmarcada por los valores victorianos dominantes en nuestro país durante los años investigados.

Contrastando con la fantasía a que estaba sometida la indumentaria femenina, el traje del hombre acentuó aún más la sobriedad y la uniformidad. Pero no por eso se dejaron de lado ciertos detalles; correspondió en este período al príncipe de Gales influir en el modo de anudar las corbatas o de abrocharse el chaleco.

El guardarropa de todo elegante o "catrín" seguía contando con las cinco prendas indispensables: el *frac*, para etiqueta; el *smoking*, que iniciaba su tímida aparición en las figuras de los más jóvenes, para las reuniones de confianza; la *levita*, prenda solemne, descendiente directa de las casacas del antiguo régimen, en 1900 ya era usada mayormente por los hombres de cierta edad, pero aún era de uso obligado en bodas, entierros, duelos, por mencionar algunas; el chaqué, utilizado para la mañana, el trabajo o los negocios, visitas y carreras. Sin duda la prenda más llevada y preferida por los jóvenes fue la americana. Corta, ceñida y con solapas pequeñas, por su funcionalidad fue llevada a todas horas del día, desterrando, poco a poco, a la levita y al chaqué, heredados del siglo anterior, a actividades muy señaladas de los hombres mayores.²⁸

Una innovación del siglo XX constituyó el abandono del chaleco para ocasiones muy informales, lo cual trajo el uso del cinturón de cuero en vez de tirantes para sujetar los pantalones.

El sombrero de copa quedó sólo para la noche como complemento del frac, el smoking y la levita; predominó el hongo bombín de fieltro,

28. Cfr. María Luz Morales, *La moda*, México, Salvat, 1947, p. 279 y Doña Fernández González, *El traje. Apuntes de su evolución histórica*, La Habana, Pueblo y Educación, 1991, p. 167.

castor con las alas pequeñas para todo el resto de las actividades y únicamente fue sustituido por el *canotier* al llegar la primavera.

Apareció en Europa, en ésta época, el llamado *sombrero de Panamá*, llegado de América y conocido también como *jipi-japa*, de forma flexible, tejido a mano que procedía no precisamente de donde su nombre indica, sino de Ecuador.²⁹ Su uso fue fundamentalmente como atributo de los ricos “indianos” venidos del nuevo continente. El paño flexible, llevado inicialmente para deportes y viajes, comenzó a utilizarse por la mañana en la calle.

Tal era la moda con que el mundo europeo presenció cómo, en julio de 1914, el imperio austrohúngaro declaró la guerra en Servia con el pretexto de vengar el asesinato del príncipe heredero archiduque Francisco Fernando, y seguidamente a Alemania, a Rusia y Francia que invadía Bélgica. Había comenzado la Primera Guerra Mundial.

Consideraciones finales

La moda también contribuyó en gran medida a consolidar el *deber ser* femenino y a resaltar las diferencias entre los sexos, y a la mujer como débil, pasiva y decorativa. Por ello, no fue casual que el traje de los caballeros evolucionara más rápidamente que el femenino, sobre todo en la búsqueda de un atuendo más funcional y confortable.

La moda fue la expresión social de la élite, y el vestido fue el lenguaje que nos mostró lo permitido por la norma médica y moral. Representó las categorías sociales impuestas por el urbanismo capitalino.

La moda y la cultura son una máscara con que las mujeres pueden esconder sus defectos;³⁰ también objeto de consumo y de apariencia. La moda toca una serie de campos para difundir: textiles, cintas, revistas,

29. María de la Luz Morales, *op. cit.*

30. Teresa Ruíz, *Algo sobre el sombrero*, México, Paraíso, 1890, p. 67.

espejos, libros e imágenes.³¹ A través del lenguaje universal de la imagen, el traje, desde que dejó de ser meramente utilitario, transmite determinados significados por medio de códigos indumentarios, los cuales, a pesar de ser fluctuantes, son fuertes.

En el acto de vestirse hombres y mujeres no sólo realizan una elección concreta que refleja sus gustos estéticos, sino también su posición ante la sociedad, su postura ideológica y aspectos psicológicos de la personalidad, convirtiendo su imagen en fundamental medio de información.

El traje constituye, por lo tanto, un importante hecho que trasciende lo meramente artístico, al estar fuertemente relacionado con el desarrollo de la humanidad. A través de su estructura podemos conocer acontecimientos económicos, sociopolíticos y culturales.

31. Cfr. Barthes Roger, *Le monde neo latin*, Toulouse, Latin, 1950, pp. 10-11.

FUENTES

Archivo Histórico Secretaría de Salud.
Fondo Salubridad Pública. Años 1915 y 1916.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, Roger (1950). *Le monde néo latin*. Francia: Tolouse.
- BASURTO, Jorge (1993). *Vivencias femeninas de la Revolución*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- BOUCHER, Françoise (1967). *Historia del traje en occidente desde la antigüedad hasta nuestros días*. Barcelona: Montaner y Simón.
- CAMPO, Angel del (1991). *La Rumba*. México: Ed. Porrúa.
- DE LOS REYES, Aurelio (1987). *Los orígenes del cine mexicano (1896-1900)*. México: FCE/Secretaría de Educación Pública.
- FERNÁNDEZ, González, Diana (1991). *El traje, apuntes de su evolución histórica*. La Habana: Pueblo y Educación.
- FLORES Magón, Ricardo (1925). *Epistolario revolucionario e íntimo*. México: Grupo Cultural Ricardo Flores Magón.
- FRÍAS, Heriberto (1983). *Tomóchic*. México: Ed. Porrúa (Sepán Cuántos 92).
- GARCÍA Granados, Ricardo (1909). *El problema de la organización política en México*. México: Tipografía económica.
- LENTE, Gertrud (2000). *Moda del siglo XX*. Alemania: Peter Delius.
- MORALES, María de la Luz (1947). *La moda*. México: Salvat.
- PRIDA, Ramón (1958). *¡De la dictadura a la anarquía!* México: Botas.
- SEFCHOVICH, Sara (1999). *La suerte de la consorte*. México: Océano.
- TURNER, John (1967). *México bárbaro*. México: Costa-Amic.
- TURNER, Welcox (1989). *La moda en el vestir*. Buenos Aires: Ediciones Centurión.
- VALERO Silva, José (1993). *La Revolución Mexicana, sus antecedentes e influencia en nuestra cultura. Polvos de olvido. Cultura y Revolución*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Instituto Nacional de Bellas Artes.

HEMEROGRAFÍA

Álbum de Damas.

Cosmos.

México.

El País.

Primer Congreso Feminista de México 1916.

El Siglo.

Recetas de belleza

Baño de hermosura

Para la piel: para poner suave la piel es bueno poner medio frasco de alcohol, una cucharada de glicerina y otra de benjuí y un poco de agua de rosas y el resultado una composición suave y tersa.



Para blanquear la cara

| | |
|---|----------|
| Almendras amargas | 345 grs. |
| Harina de arroz | 200 grs. |
| Harina de habas | 87 grs. |
| Polvo fino de lirio de Florencia | 29 grs. |
| Carbonato de potasio reducido a polvo fino | 4 dracas |
| Alcohol de esencia de jazmín | 87 grs. |

Se revuelven todos los ingredientes hasta hacer una macita y se pone en la cara limpia diariamente unos 30 minutos.



Cabello brillante

Aceite de palma Cristi; y alcohol por parte iguales bien emulsionado y perfumado al gusto. Se aplica al cabello después de haberlo lavado con jabón blanco de heno.



Depilación rápida

Se cubre la parte que se quiera depilar con espuma de jabón y después fricciona suavemente con piedra pómez. Se debe hacer esta operación al acostarse y respetarla todos los días hasta que desaparezca el bello. Una vez desaparecido se hace cada 8 días.



Cejas escasas

Frótese todos los días con un cepillo en el que se haya puesto antes unas gotas de aceite de resino.



Dientes blancos

No hay cosa mejor que la fresa fresca: se toma en el cepillo y se frota la dentadura y es excelente.



Enrojecer los labios sin pintarlos

Basta cepillarlos cada vez que se cepillan los dientes. Es un poco doloroso pero el resultado es seguro.



Para la gordura

Tómese antes de cada comida 6 gotas de tintura de yodo en una copita de vino.

FUENTE: Damas de honor del Templo de Arcángel San Rafael, *Recetas selectas de belleza y cocina*, México, Tipografía Manuel Sánchez, 1911, 208 p.



El colorete

El arte de pintarse y la pasión del colorete era general en Francia antes de la Revolución. Las mujeres se pintaban casi desde la infancia, y lo mismo en la calle que en la corte, era difícil encontrar una cara sin carmín.

No satisfechas con esto, las coquetas idearon, para realzar los atractivos de sus fisonomías, ponerse lunares de seda de terciopelo negro, que recibieron el nombre de "mouches". Desde el primer momento de su aparición gozaron del favor de las damas y sirvieron de tema a mil poesías galantes.

En el reinado de Luis XV, la moda traspasó los límites de lo absurdo, llegando a recortar los lunares imitando la luna, el sol, las estrellas, personajes y animales. Algunas veces llevaban en la cara un museo de Historia Natural.

Colocar los lunares era una verdadera ciencia, y muy pocos sabían estudiar y encontrar el sitio donde diese a la fisonomía cierta gracia picaresca. Todos tenían su nombre: apasionado, el que se colocaba en el extremo del ojo izquierdo; coquetería, sobre los labios; atrevido, sobre la nariz; galante, en medio de la mejilla, y otros varios.

FUENTE: "La coquetería en el siglo XVIII", en *Artes y Letras*, año VII, número 229, México, 13, agosto de 1910.

Algo sobre moda

La moda debe ser un conjunto de armonía que evolucione lentamente, sin esos casos bruscos que transforman de un modo radical. Una moda nueva no se limita al cambio de vestido, es algo más intenso que llega hasta transformar a la mujer. No se tiene la misma expresión, ni el mismo aire, ni se mueve o se había de igual manera con un vestido entrevé que como uno Luis XV. Pasar del uno al otro, sin transición, es una falta de esa belleza, un desacato estético.

FUENTE: Marquesa Rosalinda, "Elegancia Femeninas", en *Cosmos*, t. I, año I, México, 192, p. 317.

**El polizón reaparece**

Las modas, salvo numerosos detalles que no las modifican de manera notable, y nos dan, sin embargo, la ilusión de un perpetuo cambio, se desarrollan lentamente, hasta que de pronto se opera una completa revolución. Cuantas veces la moda que más gustaba a nuestra fantasía y con la que más nos habíamos encariñado, porque nos parecía elegante, porque cuadraba con nuestra estatura o el tono de nuestra tez, la vemos de la noche en la mañana, pasada, caduca, vieja.

Y cuántas veces, el figurín en boga trae con sorpresa a la memoria, el adorno, la forma de falda, el sombrero que nos hizo sonreír de lástima pensando en nuestras abuelas que tuvieron que someterse a tales caprichos.

Y no tienen remedio: nos vemos obligados a regalar al archivo de las "glorias pasadas", la prenda que tanto nos acomodaba y apechugar con que nos arrancara tan irónicas sonrisas.



Dígalo, si no, el polizón que vuelve a enseñarse, aunque bien discretamente.

FUENTE: "Páginas femeninas", en *México*, t. I número 21, México, mayo de 1916, p. 20



Los sombreros de primavera

Si hemos de creer a las personas bien informadas, que hay que apresurarse a usar los sombreros de paja, pues su boga será muy efímera. Lo curioso es que se usen a pesar de las brisas heladas que todavía se sienten en París y acompañando a los pesados abrigos de pieles. ¡lógicas ordenanzas de la moda!

Por lo demás, aquellas lectoras a quienes choque esta anomalía, puede recurrir aún a las formas llamadas de media estación, hechas de tafeta, faya o satén, las cuales ofrecen una ventaja económica. Dentro de algunas semanas, si efectivamente desaparecen los sombreros de paja, los modelos de tela sedosa seguirán inspirando. No sorprenderá a nadie, informando que las creadoras más reputadas, preocupase actualmente por encontrar modelos inéditos, combinando grandes "canotiers" y formas anchas alas. Hace algunos meses nos hemos encariñado con esos sombrerillos altos que tanta esbeltez dan a la silueta, primera idea que les ha de haber ocurrido a los modistos, es evidentemente la de forjar un sentido diametralmente opuesto. Pero no hay que deducir de esto que las formas chicas serán relegados al pasado. Las modistas proponen y las damas elegantes disponen.

FUENTE: "Los sombreros de paja", en *México*, tomo I, número 22, México, 22 de marzo de 1916, p. 20.



Postizos

El cabello humano que se vende en los mercados del mundo no procede de las copias de los chinos muertos, como señaló la prensa de todo el mundo hace algunos años. Los proveedores de este artículo afirmaron que no hay tal procedencia ni sería posible, porque precisamente lo impute la veneración los difuntos a los chinos.

El cabello es, en efecto, chino, pero es el que se les cae en vida al peinar a las mujeres y a los hombres que se permiten el lujo a tener criados, los cuales se ocupan de recogerlo para vendérselo a los exportadores, en vez de tirarlo como se hace en Europa y en América.

FUENTE: "De donde procede el cabello postizo", en *Modas de cosmos, elegancias femeninas*. T. V, número 43, México, julio de 1914, p. 65.



Cabello pintado

El capricho de la moda y los estragos del tiempo obligaron a las mujeres a teñir sus cabellos. Nosotras no aconsejamos el uso de tintes y elixires, todos dañosos para la salud. Algunos casos se han dado la destrucción total del cabello por querer teñirle de rubio por darle color más claro. Advertimos, pues, a nuestras bellezas lectoras, que destierren en lo absoluto de su tocador todas esas substancias que solo sirven para dar a la cabeza un color raro de mal gusto.

FUENTE: "Mujeres a teñir sus cabellos", en *Argos*, T. I, número 1, México, enero de 1912, p. 30-31.



Noticias del corsé

La ropa interior tiene gran importancia en la *toilette* femenina. Como toca la piel, se necesita que sea de tela fina. El uso de telas de hilo para estas prendas es muy recomendable, pues gracias a ellas se han cambiado con ventaja las enfermedades cutáneas. A veces la medicina aconseja la lana o el algodón, y el lujo impone sedas y telas finísimas. La ropa interior debe ser blanca, y hay que cambiarla todos los días, o cuando menos cada tercer día. El seguir la moda en sus adornos, encajes y bordados dependen de la fortuna de cada uno. El corsé, cuyos inconvenientes acaban de mostrarnos los ilustres higienistas, y a pesar de la lucha que la ciencia ha sostenido contra ellos, se sostiene siempre como parte integradora, base pudiéramos decir de la *toilette* femenina.

Lo importante, ya que no renunciemos a él y que según el genial Max Nordau estorba para la necesidad de movimiento y trabajo de la mujer moderna, en que esté construido de manera que no deforme el aparato respiratorio. No debe llevar jamás un corsé que no esté hecho a la medida y siga exactamente los contornos del cuerpo sin forzarlo en una comprensión no razonada variable a cada nuevo corsé.

El desenvolvimiento de la industria de los corsés se ha hecho cada vez más notable. Las corseterías verdaderamente hábiles en los recursos de su arte, saben evitar el sacrificio de la salud a la fama, y sacar partido de todas las figuras de la manera más ventajosa, sin provocar enfermedades.

El cubrecorsé debe ser de tela fina, y hay que adornarlo con encajes valencianos y listones angostos de colores pálidos, pasados entre el dibujo del encaje. Toda ropa interior debe ir marcada. La seda blanca da muy buen efecto para estas marcas. El tamaño de las letras debe ser pequeño.

FUENTE: "El cuidado de la ropa interior", en *Argos*, t. I, número 2, México, 13 de enero de 1912.

Higienistas contra el uso del corsé

Si en el terreno elevado de las ideas hay principios y doctrinas que tienen el privilegio de servir de motivo de discordia y discusiones en asuntos de *toilettes* femeninas, el corsé ha sido, es y será tema de apasionadas disputas, por hombres y mujeres, por moralistas e higienistas, y no hace mucho circuló por toda Francia un estudio redactado por varias eminencias del Instituto de Ciencias, en que por medio de interesantes explicaciones y grabados no menos sugestivos, demostrabas de una manera palpable la inconveniencia del corsé, la deformación corporal resultante de su uso, las violentas e incurables enfermedades que ocasiona, y la imperiosa necesidad que se nota desde el punto de vista estético, de relegar al olvido esta prenda de vestir. Y comprendiendo los severos miembros de la Academia de Ciencias que sus argumentos han de tener más fuerza mirándolos bajo el mundo de la moda, añaden que en esta última se nota una tendencia al retroceso que en muchos puntos de la elegancia europea las mujeres usan tocados antiguos, y aun los tipos de belleza que hoy en día privan, son casi los que modelaron los cinceles clásicos de Dionisio y Praxiteles, que en modo alguno preferían el corsé.

¿Saldrá adelante esta nueva tentativa de los enemigos del corsé? No creemos que lleguen a obtener gran resultado, pues sobre todas estas razones poderosas y ciertas que dan, está la belleza del cuerpo, las líneas correctas que el corsé delinea, esos bustos encantadores que vemos por doquier merced a tan impugnado artefacto.

FUENTE: "La belleza femenina", en *Álbum de Damas*, número 5, año I, México marzo de 1907, p. 30.

822

Como mover el abanico

El origen del abanico se pierde en la noche de los tiempos. Hay quienes sostienen que a principios del signo XV fueron introducidos a China por vez primera desde la Corea, y de China los importaron a Europa los jesuitas.

Catalina de Medicis los introdujo en Francia, durante los reinados de Luis XV y XVI fueron los abanicos el indispensable complemento del equipo de una gran señora.

Rubens pintó abanicos en el siglo XVI y el XVII, los que más apreciaban eran los firmados por el célebre Watteau. De España no hablemos, porque hartos conocen nuestras lectoras cuánto bueno encierra en el género.

Qué casa ilustre no conserva de sus antepasados algunas de esas joyas de cabritilla, vitela o pergamino, que son la envidia de los amateurs y la desesperación de los coleccionistas de buen gusto.

Los antiguos griegos tenían abanicos de varias clases. La mayoría no era plegables. Considerábase entre ellos como una muestra de atención, el abanicar un recién casado a su mujer durante el sueño, y este acto era tan estimado que bastaba para absolverle de cualquier falta que hubiese cometido.

Los atenienses llaman al abanico el cetro de la hermosura. Cuenta Suetonio que el emperador Augusto tenía un esclavo cuyo único oficio era abanicarle mientras dormía.

Los latinos llamaban al abanico rígido flabelo, y la importancia de este ventilador se ha extendido hasta la liturgia cristiana. En la iglesia griega

y romana hubo sacerdotes ocupados en defender las sagradas formas del contacto de las moscas, agitando continuamente el aire por medio de miosobas o flabelos hechos de plumas de pavo real.

El lenguaje del abanico lo aprenden todas las muchachas sin que maestro alguno se les enseñe.

Hay quien pondera el juego de los ojos en las andaluzas y el juego en las parisinas. Por lo que hace el juego del abanico no hay reputaciones exclusivas. ¿Cuál será la mujer que no la posea?; con la misma facilidad, con la misma destreza con que el profesor de esgrima da golpes, el sable en mano, con la misma prodigan ellas el abanico en la diestra quites y estocadas.

¡Ay del infeliz contra el cual se lanzan a fondo! El abanico es una forma más peligrosa que el florete, sus heridas, como las del puñal de cuatro filos, casi siempre, resultan mortales, incurables a la ciencia y a la paciencia de los hombres. Ni es sólo de la temeraria punta que a de guardarse al débil cuerpo. Abierto el abanico en forma de pintoresco semicírculo, conviértase es reducto inexpugnable, tras del que se disparan a mansalva los tiros del amar, las bombas de miradas parabólicas.

Un proyectil de los últimos convenientemente lanzado a través de dos párpados húmedos, destroza los corazones más diamantinos, a la manera que rayo tronca los más añosos robles.

FUENTE: "Origen del abanico", en *El Abanico*, tomo III, número 35, México, 21 junio de 1916, p. 35.



De compras por el Puerto de Veracruz

El Puerto de Veracruz, esquina 2da. Monterilla y Capuchinas. Grandes Almacenes de Ropa y Novedades. Vendemos barato para vender mucho.

Precios invariablemente fijos. Entrega a domicilio. Obsequios los días de venta especial.



Departamento de confecciones

Vestido. Mesalina seda negra y colores, falda adornada con galón ancho de guipiure, con corpiño pechera y mangas de punto bordado y aplicaciones. Precio \$185.00

Refajos. Tafetán de seda negro y colores. Precio: desde \$35.00 hasta \$19.75.

Faldas velo de París o etamina negro hay, colores, forro de seda, clase superior. Precio: desde \$65.00 hasta \$40.00.

Estola de pluma fantasía, rizada, todos colores. Precio: desde \$19.75 hasta \$6.75.

Blusa crespón de lana, colores surtidos. Precio: desde \$19.50 hasta \$12.50.

Corsé, batista bordado, color rosa, azul, blanco. Precio \$12.75.

Sombreros elegantes para señoras, señoritas y niñas.

Capelinas, formas campana, para niñas: desde \$19.50 hasta \$8.50.

Enaguas. Crespón de lana, festón bordado: de \$10.50 a \$6.75.

Departamento de camisería y Bonetería

Camisas blancas, para cuellos y puños postizos, guarnición de lino.

Precio \$1.35, \$1.65, \$2.00.

Camiseta y calzoncillos, pura de lana.

\$3.50 \$3.85 \$4.25 \$4.50.

FUENTE: *Catálogo de venta del Puerto de Veracruz.*

929
1012





Periódicos y revistas durante el Porfiriato

L U I S A MARTÍNEZ LEAL UAM-Azcapotzalco

Los libros nos ofrecen un panorama general de las aspiraciones e inquietudes culturales de un pueblo en una determinada época. Por lo tanto, es importante analizar no sólo el contenido, sino el número de ejemplares que se imprimen de un determinado libro, revista o periódico. Es más, la misma presentación tipográfica es relevante porque nos indica la apreciación estética del momento o, en su caso, el cambio técnico que puede reflejarse en la calidad de la impresión o bien la degeneración de la misma, como puede ser el caso de las publicaciones litográficas que florecieron en el siglo XIX y empezaron a decaer, con la aparición de la fotografía, al concluir dicho siglo.

El Porfiriato, período que abarca los años de 1876 a 1910, se caracteriza por la estabilidad política y el crecimiento económico que se presentó en dicho lapso de tiempo, que aunque se distingue por la existencia de una paz absoluta en el país entero, también hubo represión social y política, y una imitación de las formas europeas.¹ Por primera vez, después de cincuenta años de agitación en el país, se vive un período de paz y prosperidad que fortalece el sentimiento nacionalista y da confianza a los mexicanos.²

1. Leal, Luis, *Siglo Veinte*, p. 84.

2. Bazant, Mílada, "Lecturas del Porfiriato", en *Historia de la Lectura en México*, p. 205.

El ferrocarril, logro porfiriano, no sólo abarata los costos de producción, sino también hace más fácil la distribución del material impreso, llevando cultura a los estados y de los estados a la ciudad de México. Fue así como se presentó una nueva interacción intelectual de varias partes el país —afrancesada—, pero también con peculiaridades mexicanas. Este afrancesamiento cunde en una pequeña élite que vive en las ciudades y que disfruta imitando actitudes y gustos de la burguesía francesa. La mayor parte de los mexicanos, los que viven en las áreas rurales, se mantienen alejados de la influencia extranjera y no comparten la nueva prosperidad porfiriana.

Las ciudades, por el contrario, acaparan el gusto por lo francés; a éstas llegan los mejores espectáculos y recreaciones, tienen las mejores escuelas, las grandes imprentas y grandes tirajes de libros.

Cuando se llevó a cabo el primer censo de la República, en 1895, sólo el 14% de la población sabía leer; para 1910 había aumentado apenas a 20%.³ Si poca gente sabía leer, era todavía menos la que realmente leía, como lo afirma la revista pedagógica de la época *La Escuela Mexicana* que lo atribuía a la natural apatía de los mexicanos y, según decía, era necesario ver como se leía en otros países de Europa y en Estados Unidos ya que para un hombre civilizado, concluía la lectura, es una necesidad como el comer.⁴

Sin embargo, frente a este comentario que compartía la élite educada, es difícil explicarse la vasta producción de publicaciones existentes en la época, desde científicas, literarias, de divulgación general, especializadas para niños, mujeres y cuanto profesionista había, así como para aprender un sin fin de cosas, desde bordar, hasta como abonar los campos. Periódicos de tendencias liberales, conservadoras, por nombrar sólo los más relevantes.

Desde 1867, con la República restaurada, la prensa se convirtió en el espacio idóneo para la confrontación política, ya que se puso en práctica

3. González Navarro, Moisés, *Estadísticas sociales del Porfiriato*, p. 530.

4. *La Escuela Mexicana*, 30 de abril de 1910.

un periodismo partidista, sustentado en convicciones ideológicas y doctrinarias. Durante los gobiernos de Juárez y Lerdo de Tejada existió una amplia libertad de prensa, que se mantuvo en la primera presidencia de Díaz y en el gobierno de Manuel González.

Durante la primera presidencia de Porfirio Díaz existió el mayor número de periódicos en circulación. La mayoría de ellos, 322 en total, tenían una existencia anterior.⁵ En el lapso comprendido entre 1867 a 1880 surgieron en los estados 166 periódicos. En la ciudad de México había 54 y se agregaron otros 128 nuevos, lo que hacía un total de 434 en los estados y 182 en la capital. Entre 1876 y 1910 hubo en el país 1,956 periódicos y 46 revistas.⁶

Las transformaciones en la vida económica y política mexicana propiciaron una organización social dominada por un pequeño sector de la población. En éste se produjo un desarrollo de la comunicación impresa, apoyado por el gobierno que intervino, sobre todo, para incentivar a la industria editorial y al fortalecimiento de la enseñanza y de las bibliotecas. Sin embargo, esta actividad no trascendió a toda la población del país y, con el tiempo llegó a construir una estructura únicamente sostenida por la voluntad gubernamental, pero aislada de los requerimientos y necesidades de la sociedad.

México tuvo un indudable proceso de modernización a lo largo de la dictadura de Porfirio Díaz, época durante la cual el periodismo y la prensa se transformaron radicalmente. Hasta entonces había predominado un periodismo político-ideológico como medio de expresión de los grupos y tendencias políticas del siglo XIX.

Díaz consideró que en aras de la paz y la estabilidad era preciso despolitizar a la población para lo cual había que acabar con el periodismo combativo y con el debate político-ideológico que durante decenios

5. Lafuente López, Ramiro, *Un mundo poco visible: Imprenta y Bibliotecas en México durante el siglo XIX*, p. 96.

6. Toussaint, Florence. *Escenario de la prensa en el Porfiriato*, p. 13.

se había desarrollado en la prensa. Lo logró en buena medida a través de otorgar subvenciones y prebendas a los periódicos y periodistas que apoyaran el argumento de la conveniencia histórica de su gobierno, u hostilizando y hasta reprimiendo a los contrarios.⁷

A lo largo del Porfiriato el periodismo sufrió varios cambios técnicos y de presentación (sin hablar de tendencias políticas), de tal manera que se ha dado en dividir esa época en dos períodos: el que va de 1876 a 1896 y de éste año en adelante, que es cuando se habla del inicio de la modernidad del periodismo mexicano.⁸

El periódico fue la única publicación que llegó a todas las clases sociales y estimuló el desarrollo de la lectura,⁹ igualmente divulgó la literatura a través de las novelas por entregas. Durante la década de 1860 el número de publicaciones creció, se ampliaron los temas y se intensificaron los sistemas de edición por medio de suscripciones y distribución por entregas para todo tipo de novelas y ediciones, sistema que Manuel Payno con su *Fistol del Diablo* inició en 1845-1846 y que perduró hasta principios del siglo XX. En 1868 Juan A. Mateos publicó dos novelas por entregas de estilo romántico que tuvieron gran demanda: *El Cerro de las Campanas* y *El Sol de Mayo*, que intentaban mostrar y asimilar los acontecimientos recientes: La intervención francesa y el Segundo Imperio.

7. Un breve análisis del periodismo durante el Porfiriato puede verse en González Navarro, Moisés, *El Porfiriato. La vida social*, pp. 675-682. Una versión más amplia en Ruiz Castañeda, Ma. Del Carmen, et al., *El periodismo en México. 450 años de historia*, pp. 225-262. Probablemente la versión más novedosa sea la de Toussaint Alcaraz, Florence, *Escenario de la prensa en el Porfiriato*.
8. Esta división la hace Bravo Ugarte, quien además realiza un breve análisis de algunos periódicos y propone una discusión según las tendencias políticas y año de aparición; otros estudios también mencionan el año 1896 como inicio del periodismo moderno: Bazant, Milada, *op. cit.*; Bravo Ugarte, José, *Periodistas y periódicos mexicanos*, México, 1966; Velasco Valdés, Miguel, *Historia del periodismo*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1955.
9. Bazant, Milada, p. 210.

Las novelas por entregas dejaban al lector en suspenso al final de cada entrega, y despertaba su interés por seguir los pasos de los personajes del relato. Los autores de estas novelas alcanzaron entre el público una fama extraordinaria; su éxito y la popularidad puede apreciarse en su duración de casi medio siglo.

La primera época del periodismo en México refleja una actitud de pasión política ya que los periódicos empleaban el ataque para sostener tesis opuestas y muchas veces desvirtuaban o exageraban las noticias para incitar al pueblo a la lectura. Los editores de los periódicos llegaron a defender a tal grado sus ideas políticas que sus confrontaciones se volvieron personales, como en el caso del editor de *La Patria*, Irineo Paz, antiporfirista, y Santiago Sierra, de *La Libertad*, gobiernista, quienes llegaron hasta la consumación de un duelo que terminaría con la vida de Sierra.¹⁰ Otro periódico, católico e independiente, *El Tiempo* publicaba los domingos un suplemento *El semanario Literario* cuyo contenido era lo mejor que se escribía en poesía y prosa, comparable con el contenido de las revistas literarias.¹¹ *El Tiempo* criticaba a *La Voz de México*, el más antiguo periódico católico, quien a su vez criticaba a los periódicos independientes: *El Siglo XIX* y el *Monitor Republicano*, tal vez los más leídos entre la población culta y no demasiado radical.¹² *El Diario del Hogar*, editado por Filomeno Mata, era conocido como el periódico de las familias, aunque no de las católicas a ultranza, por sus ataques al catolicismo, y como el diario de los frijoles por las recetas de cocina que publicaba.

Había diarios más extremistas anticlericales como *El Clarín de Jalisco*, fundado por Manuel Puga; *El Partido Liberal* de Apolinar Castillo; *El Combate* de Rocha; *El Observador* de Olaguíbel y Cosmes; *El Hijo del Ahuizote* de Daniel Cabrera. El clero se defendía con *El Heraldo* de los

10. Bravo Ugarte, José, p. 68, y no fue un caso único.

11. Bazant, Milada, p. 211.

12. Bravo Ugarte, José, p. 68.

Sánchez Santos; *El Amigo de la Verdad* de Flores Alatorre; *El Pabellón Nacional* de Parga; *El Reino Guadalupeño* de Terrazas y *La Rosa del Tepalcates* de Ceniceros.¹³

Además del contenido político de la mayoría de los periódicos, también los había protestantes, infantiles, científicos, socialistas, comerciales, literarios e internacionales. En cuanto a la periodicidad de emisión los había diarios, semanales, quincenales, trisemanales y mensuales y el formato de la mayoría de ellos era de cuatro páginas.

La libertad de prensa en esta época era inexistente y algunos directores de periódicos fueron enviados a prisión acusados de difamación, injurias y calumnias por el hecho de criticar al régimen, tales fueron los casos de Jesús Olmos y Contreras director de *La Voz de la Verdad*; Filomeno Mata y Daniel Cabrera. Otra conducta represiva por parte del gobierno era simplemente suspender el periódico que se atrevía a calumniarlo.

Porfirio Díaz sabía que la restricción de la prensa, la cual no existió durante su primera presidencia, era básica para mantenerse en el poder; conocía muy bien el efecto destructivo que había tenido durante las presidencias de Juárez y Lerdo, por lo que Díaz aumentó las subvenciones a los periódicos oficiosos que naturalmente le tenían que manifestar su apoyo, como *La Libertad*, *El Monitor Republicano*, *El Siglo XIX*, *El Universal* y posteriormente, *El Imparcial*.

En 1888 se comenzaron a ilustrar las publicaciones, elemento que se tornará sustancial para algunas. Su valor radicaba no sólo en el aspecto gráfico sino en el cultural ya que la mayor parte del pueblo, que no sabía leer, podía, a través de las ilustraciones o dibujos, formarse una idea de lo que pasaba. El ejemplo más notable fueron las ediciones de Vanegas Arroyo con la participación de José Guadalupe Posada, éstos lograron que el arte llegara al pueblo y a la fecha se le considera como el editor

13. Salado Álvarez, Victoriano, *Memorias*, México, EDIAPSA, México, T. I, pp. 223-225, 1946; Bravo Ugarte, José, p. 73.

más genuino y popular que haya tenido México. Sus publicaciones consistían en oraciones, vidas de santos, relatos de crímenes, de milagros, leyendas, comentarios políticos, observaciones humorísticas sobre sucesos de la época, corridos y canciones, utilizaban el albur como recurso para los chistes y eran producidos en pequeños talleres artesanales. Su precio era de uno a dos centavos, se vendían en las esquinas, ferias, mercados, ranchos y haciendas de todo el país, a partir de esto es que podemos afirmar que su difusión era extraordinaria y tenía el gran mérito de esparcir la cultura entre las masas. Los dibujos de las calaveras de Posada provienen de esta época, que además de su trabajo con el editor Vanegas, contribuyó con otros periódicos como *El Argos* donde se publicó la primera historieta mexicana, *Don Lupito*, *La Patria*, *El Ahuizote*, *El Hijo del Ahuizote*, *Fray Gerundio* y *El Fandango*.¹⁴

La modernidad del periodismo mexicano empieza con *El Imparcial*, fundado en 1896 por Rafael Reyes Spíndola,¹⁵ con un estilo periodístico radicalmente diferente a los anteriores, ya que relegó a un segundo término los editoriales y dio preferencia a las noticias; utilizó técnicas modernas de impresión, es decir, rotativas de gran tiraje, una de ellas de color y con un linotipos Mergenthaler, la nueva imagen del periódico incrementó el tiraje; el periódico empezó con un tiraje de 65 mil ejemplares¹⁶ y para 1907 había alcanzado cifras de 125 mil ejemplares, tiraje sin precedente y sin competidores posibles.¹⁷

El Imparcial no sólo enterró a la prensa doctrinaria, sino que impulsó un periodismo informativo y recreativo, dedicaba la mayor parte del espacio a ensalzar las políticas gubernamentales, incluía anuncios comerciales, crónica de página roja y de asuntos sociales, desde costum-

14. Velasco Valdés, Miguel, p. 133.

15. Rafael Reyes Spíndola, oaxaqueño como Porfirio Díaz, abogado, en su juventud realizó algunas labores políticas.

16. Bazant, Mílada, p. 218.

17. Lafuente López, Ramiro, p. 107.

bristas hasta sensacionalistas, así como noticias extranjeras, y se redujo el espacio destinado al análisis de la situación socioeconómica nacional o a la información de conflictos políticos.¹⁸

También propuso otras novedades, tales como realizar campañas de cultura y orientación social; sorteos entre sus suscriptores; asignó una subvención de 500 pesos mensuales a Ricardo Castro durante un año para que preparara conciertos de piano; convocó a un concurso de mecánógrafas en 1907 y a otro de cuentos, en fin, tuvo una verdadera función educativa no sólo porque el contenido interesaba a las clases más bajas sino, además, porque tenía un precio accesible.

Reyes Spíndola fue un hombre admirado por sus amigos y colaboradores, y duramente atacado por sus contrarios; no obstante sus contemporáneos lo reconocieron como el hombre clave en la introducción de innovaciones en las formas de producción y comercialización de la prensa nacional.

Antes de 1900 los diarios considerados de gran tiraje llegaron a un promedio de 20,000 ejemplares. Tal es el caso de *El Monitor del Pueblo* y *El Noticioso*. Los grandes periódicos de la época de la Reforma como *El Siglo XIX* y el *Monitor Republicano* no pasaron de 10,000 ejemplares y conforme avanzó el Porfiriato redujeron sus tirajes.

El envejecimiento de Don Porfirio y de su sistema político, la división de la élite gubernamental en "científicos"¹⁹ y reyistas, la aparición del antirreeleccionismo, la cercanía de nuevas elecciones, las represiones a los obreros en 1906 y 1907 y las promesas de respetar las libertades democráticas hechas por Díaz ante el periodista James Creelman²⁰ posibi-

18. Respecto a *El Imparcial* ver Aguilar Plata, Blanca. "El Imparcial. Su oficio y su negocio", en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, Núm. 109, jul-sept. 1982, pp. 77-101.

19. Se nombraban "científicos" a los intelectuales de la época porfiriana, éstos se preocupaban por educar a los hijos de los que componían la clase dirigente y no a las masas, que vivían en la ignorancia y la pobreza, sobre todo en el campo. Leal, Luis, p. 84.

20. El mismo Porfirio Díaz alborota la caballada con unas declaraciones a James Creelman, director del *Pearson's Magazine*, hombre de confianza del presidente Roose-

litaron el surgimiento de varios periódicos políticos entre 1900 y 1910. Los más importantes fueron *El Debate* del grupo científico partidario de la reelección; *El Partido Democrático y México Nuevo*, de tendencias Reyista,²¹ así como *El Antirreeleccionista* y *El Constitucionalista*, ambos maderistas.

Los antiguos diarios conservadores *El Nacional*, *El Tiempo* y *La Voz de México* continuaron su vida independiente, además de recibir un impulso importante con la aparición de *El País* (1889-1912), fundado por Trinidad Sánchez Santos y dirigido después por José Elguero. *El País* logró ponerse poco a poco a la cabeza de la oposición conservadora, ya que sus talleres eran iguales a aquellos que tenían los diarios oficiales de grandes tirajes y, como ellos, *El País* era también una empresa moderna.

Al término del Porfiriato, la prensa abandona viejos patrones de aparente y bien retribuida concordia con el régimen y se pone artera y crítica con un gobierno que privilegia la libertad de imprenta por encima de la censura y la verdad por encima del elogio generosamente retribuido.

El estado de la lucha armada y la derrota de don Porfirio alteraron abruptamente la situación de la prensa. Unos periódicos desaparecieron y otros modificaron su ideología, pero sobre todo, cambiaron las relaciones entre el gobierno y la prensa y entre ésta y la sociedad.

Las revistas del Porfiriato

El concepto de las revistas en el Porfiriato es diferente a la de los periódicos. En general los temas que tratan éstas son muy definidos y

vult y del secretario Taft. Después de publicadas en el periódico del entrevistador, aparecen el mismo mes de marzo, en los nacionales. Argudín, Yolanda, *Historia del periodismo en México*, pp. 113-114.

21. Una antología de *México Nuevo* ha sido publicada en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, Tercera serie, Núms. 32 y 33 de 1987.

especializados. La mayoría de éstas van dirigidas a un público selecto, culto, a una élite intelectual y profesional que forma un porcentaje mínimo de la población.²² Otras van dirigidas a una clase media, cada vez mayor, que se interesa por leer en una sola publicación temas diversos, ya sean literarios, políticos, científico, etcétera. Pero las revistas en el Porfiriato también responden a una necesidad de la población baja y media que se interesa por leer cosas prácticas y útiles.

Las revistas literarias fueron las que más se distinguieron por su excelente contenido y gran número de producción, pero también por su efímera vida. En la década de los ochenta, entre otras, existían en la ciudad de México: *La Familia*, *La Actualidad*, la *Revista de México* y *La Juventud Literaria*, que fuera la más ilustre de éstas y donde se plasmaron las diferentes corrientes literarias del Porfiriato, como la nacionalista, la romántica y el principio de la modernista.

En 1894 se funda *La Revista Azul*, primera publicación del modernismo²³ en México, fundada y dirigida por Gutiérrez Nájera:

Durante los tres años de publicación la revista incluye colaboraciones de 96 autores hispanoamericanos seguidores del modernismo de 16 países, sin contar los mexicanos. En estas circunstancias precarias, pa-

22. Los profesionistas formaban el 0.55% de la población; la categoría intelectual y profesional abarcaría un mayor porcentaje pues no todos los intelectuales eran profesionistas. Durante el Porfiriato se llamaban profesionistas liberales a los que hoy conocemos como profesionistas y, a su vez, todos los mexicanos económicamente activos eran profesionistas. Bazant, *Milada*, p. 221.
23. Los modernistas eran los escritores de la época de Don Porfirio. Se caracterizaban por haber dado al mundo hispánico una nueva literatura, resultado de la imitación del estilo francés, de la duplicación de sus temas y de su actitud aristocrática ante la realidad. Aunque vivían rodeados de miseria, las composiciones de estos poetas eran siempre aristocráticas, sus ambientes exóticos, sus personajes extranjeros. La poesía de Gutiérrez Nájera, Amado Nervo y José Juan Tablada reflejan un mundo artificial, despegado por completo de la realidad mexicana de la época. Leal, Luis, p. 84.

rece una hazaña la circulación que lograron establecer los modernistas para conocerse y leerse entre sí y divulgar sus obras en las revistas literarias.²⁴

En 1898 nació *La Revista Moderna* (1898-1903) con contenido semejante a *La Revista Azul* fundada por Jesús Valenzuela antiguo colaborador de la misma y que en su segunda época tuvo por director a Amado Nervo. Esta publicación significó la cohesión de escritores, pintores, escultores y compositores modernistas, además de que tuvo como ilustrador al pintor Julio Rúelas.

Aunque llevaba el título de *Arte y Ciencia* en realidad su contenido estuvo más relacionado con el arte, incluso varios de sus colaboradores fueron acusados debido a la inmoralidad de sus artículos. Cuando en 1898 el poeta José Juan Tablada dio a conocer el poema *Misa Negra* en un periódico capitalino, causó violentas protestas a lo que el autor respondió:

[...] de un público que toleraba garitos y prostíbulos en el corazón de la ciudad donde vivía, y se escandalizaba ante la lírica vehemente de un poema erótico.²⁵

Aquella intolerancia de la que al parecer formaba parte la esposa del presidente, alarmada por el político Rosendo Pineda, habría de ser uno de los pretextos que llevaron a la edición de *La Revista Moderna* y determinaron de alguna manera su signo altivo y revolucionario.²⁶

Se inicia entonces la ruptura entre arte y sociedad, característica de nuestro tiempo; los modernos tienen como propósito crear un arte orgulloso y libre, al día con el mundo.

24. Martínez, José Luis, "México en busca de su expresión", en *Historia General de México*, p. 1064.

25. *Ibid*, p. 1069.

26. Argudín, Yolanda, p. 103.

En provincia también surgieron revistas literarias, hecho significativo de que la cultura se esparcía por toda la República ya que casi todos los estados tenían una revista literaria, pero la ciudad de México publicaba la misma cantidad de revistas que todos los estados juntos. Las publicaciones literarias superaban en número a todo el resto.

No se puede dejar de mencionar a las revistas publicadas por cuenta de las sociedades literarias. Los salones literarios, tan de moda en el Porfiriato, tuvieron sus raíces en Francia en el siglo XVII, con el fin de proporcionar a la sociedad francesa la actividad cultural que la corte era incapaz de darle.²⁷

Los intelectuales de la época mencionan con frecuencia el gusto y placer que sentían al asistir a las reuniones literarias a tomar té.²⁸ Los intelectuales se juntaban para discutir sobre literatura y arte, aunque la mayor parte de estas agrupaciones no tuvieron un carácter legal de sociedad, fueron centros de formación cultural. Entre las más conocidas estaban el Liceo Hidalgo y el Liceo Mexicano que tuvieron publicaciones con el mismo nombre.

Algunas asociaciones combinaban los aspectos literarios con los científicos, a veces predominaba más un aspecto, e imprimían revistas como *El Arte y la Ciencia*, órgano de los ingenieros y artistas mexicanos. La lista de revistas de carácter científico es interminable.²⁹ Si el ambiente porfiriano fue adecuado para que la literatura floreciera, lo fue más para que la ciencia se desarrollara.³⁰ Lo fue tanto que se hablaba del científicismo, de demasiada ciencia, casi como una enfermedad de fin de siglo. El gobierno apoyó las carreras científicas, sobre todo las técnicas, como la ingeniería y la agricultura.

27. Perales Ojeda, Alicia, *Asociaciones Literarias Mexicanas siglo XIX*, p. 9, citado por Bazant, Milada, p. 224.

28. Ver Gamboa, Federico. *Mi Diario*.

29. Ver Eli de Gortari, *La ciencia en la historia de México*, que contiene una lista completa de las publicaciones de las sociedades científicas.

30. Trábulse, Elías, *Historia de la Ciencia en México*, Tomo III, siglo XIX.

ra. La tipografía de la Secretaría de Fomento publicó muchas más revistas científicas que literarias, 601 contra 128 de 1883 a 1900,³¹ lo que nos da una muestra de apoyo del gobierno a la ciencia.

Las revistas de variedades eran las de carácter múltiple, que lo mismo publicaban un artículo sobre política, que recetas de cocina o de artes menores. El público lector de estas revistas era ilustrado, pero no tan especializado.

Durante el Porfiriato las mujeres ampliaron sus horizontes ya que empezaron a participar en la vida cultural y a tener otras expectativas más allá que la de formar un hogar. Tuvieron varias opciones como ser maestras, secretarías, aprender algún oficio, ser enfermeras o parteras. Un indicio de que efectivamente empezaba la apertura a un mundo diferente fueron las revistas dedicadas a la educación de la mujer. Se publicaban *La Ilustración Femenil*, *La Mujer*, *El Álbum de la Mujer*, *Las Hijas del ANASAC*, redactada por señoras mexicanas con el objeto de que la mujer de nuestro país cultivara, por ese medio, el estudio de las ciencias, artes, historia y el movimiento social de nuestras glorias patrias.³²

Los educadores del Porfiriato fueron conscientes de que la gran masa de la población alfabetizada tendría que aprender cosas prácticas que le sirvieran para proveerse de un *modus vivendi*. Si bien la preparatoria y la universidad (entonces llamadas escuelas especiales) tuvieron un plan de estudios bueno y gran parte del gasto público de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública iba dirigido a su constante mejoramiento, el gobierno también favorecía con becas, horarios matutinos y vespertinos, además de cursos breves de varios oficios a los que tuviera alcance la mayoría de la población. De esta forma se establecieron las escuelas de artes y oficios (que aumentaron conforme avanzaba el régimen), las escuelas nocturnas y las escuelas de agricultura. Con el objetivo de fomentar la

31. *Anuario Estadístico de la República Mexicana*.

32. Citado por Bazant, Milada, p. 226.

lectura y de enseñar, se publicaron muchas revistas útiles y prácticas con artículos breves pero con fines educativos; como ejemplo de este tipo de revistas estaba la *Escuela de Artes y Oficios* que incluía artículos útiles para carpinteros, herreros, costureras y otro tipo de artesanos. *La Escuela de Agricultura*, era una publicación de la escuela del mismo nombre, accesible a todos los agricultores con artículos sobre cómo abonar las diferentes plantas, qué tipos de cultivos se daban en las diferentes regiones, cuáles eran de riego o de temporal, etcétera. Tenía un tiraje de 24,000 ejemplares al año y se repartía gratuitamente.

Conclusiones

Durante el Porfiriato floreció un ambiente cultural en México gracias a la paz y prosperidad existentes. La élite intelectual tuvo el tiempo y el ánimo necesarios para impulsar la literatura, la ciencia y las bellas artes. El gobierno porfiriano se enfrentó a la alfabetización de una población heterogénea por su lengua o raza, lo que implicó una gran tarea. Para 1910 solamente el 20% de la población sabía leer y escribir, sin embargo, la gran cantidad de publicaciones que hubo en esta época nos indica que un porcentaje mayor de la población sabía leer.

Los periódicos fueron las publicaciones más populares, ya que llegaron a todas las clases sociales y estimularon el desarrollo de la lectura. Existieron de todas las tendencias políticas y también los hubo infantiles, religiosos, literarios y científicos, entre otros.

El periódico *El Imparcial* marcó una nueva época del periodismo en México, pues revolucionó el quehacer periodístico al dar preferencia a las noticias, mejoró la técnica al introducir el linotipo y las rotativas, dotando al periódico de un aspecto diferente que bajó los costos. Existieron otros tipos de periódicos con más ilustraciones que texto, como los publicados por Vanegas Arroyo en colaboración con José Guadalupe Posada, que hicieron que el arte y la sátira llegara al pueblo.

También se publicaron una gran cantidad de revistas de todo tipo: científicas, literarias, religiosas, de tal diversidad de temas que lograron interesar a todas las clases sociales. La élite intelectual fomentó la literatura y la ciencia a través de las asociaciones literarias y científicas, que además de encauzar las aspiraciones intelectuales de sus miembros, llegaron a ser verdaderos centros docentes y de formación cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR Plata, Blanca (1982). "El Imparcial. Su oficio y su negocio", en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, Núm. 109, jul-sept.
- Anuario Estadístico de la República Mexicana* (1900). Formado por la Dirección General de Estadística a cargo del Dr. Antonio Peñafiel, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- Archivo Histórico del Distrito Federal*, Fondo del Ex Ayuntamiento de la ciudad de México, Portales.
- ARGUDÍN, Yolanda (1987). *Historia del periodismo en México. Desde el Virreinato hasta nuestros días*. México: Panorama Editorial.
- BAZANT, Milada (1999). "Lecturas del Porfiriato", en *Historia de la Lectura en México*. México: El Colegio de México.
- BRAVO Ugarte, José (1966). *Periodistas y periódicos mexicanos*. México.
- Calendario de Galván para 1883* (1832). Imprenta en calle de Cadena Núm. 2, México.
- Circulares*. Circular del gobierno político superior, 25 de junio de 1823 en *Centro de Estudios de Historia de México*.
- CHARTIER, Roger (1993). *Libros, lectores y lecturas en la edad moderna*. Madrid: Alianza Editorial.
- El diario de los niños. Literatura, Entretenimiento e Instrucción* (1840). Imprenta de Miguel González, tercera calle real No. 3, México.
- GARCADIENO, Javier (1999). "La prensa durante la Revolución Mexicana", en

- Sólo Historia*. Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana. Año 2, Núm. 6, oct-dic.
- GONZÁLEZ Navarro, Moisés (1956). *Estadísticas sociales del Porfiriato*. México: Secretaría de Economía.
- (1957). *El Porfiriato. La vida social*. México: Editorial Hermes.
- GONZÁLEZ Obregón, Luis (1938). *Novelistas mexicanos. Don José Joaquín Fernández de Lizardi, El Pensador Mexicano*. México: Botas.
- GUIOT de la Garza, Lilia (2003). "El competido mundo de la lectura: librerías y gabinetes de lectura en la ciudad de México, 1821-1855", en *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México 1830-1855*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- LAFUENTE, Ramiro (1992). *Un mundo poco visible: Imprenta y Bibliotecas en México durante el siglo XIX*. México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas.
- LEAL, Luis (1968). *Siglo Veinte*. Nueva Cork: Holt, Reinhart and Winston.
- PERALES Ojeda, Alicia (1957). *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México: Centro de Estudios Literarios, UNAM.
- RUIZ Castañeda, Ma. del Carmen, et al. (1980). *El periodismo en México. 450 años de historia*. México: UNAM.
- SALADO Álvarez, Victoriano (1946). *Memorias*. México: EDIAPSA, T. I-II.
- Sociedad Pública de Lectura por el Pensador Mexicano*, julio 22 de 1820, México, J.F.L. 1820, México. En la oficina de Juan Bautista Arizpe, 8 pp. En 4º, B.G.O.
- STAPLES, Anne (1988). "La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente", en *Historia de la lectura en México*. México: El Colegio de México.
- TOUSSAINT, Florence (1989). *Escenario de la prensa en el Porfiriato*. México: Fundación Manuel Buendía.
- TRABULSE, Elías (1992). *Historia de la Ciencia en México*. Tomo III, Siglo XIX. México: CONACYT/Fondo de Cultura Económica.
- VELASCO Valdés, Miguel (1955). *Historia del periodismo*. México: Librería de Manuel Porrúa.
- ZAHAR Vergara, Juana (1995). *Historia de las librerías de la ciudad de México. Una evocación*. México: UNAM.



Policías y ladrones de la ciudad de México en el Porfiriato temprano

MARCELA SUÁREZ
UAM-Azcapotzalco

A diferencia del pensamiento de Foucault¹ que propone a los individuos como construcciones del poder, Michel De Certeau afirma la presencia continua de micropoderes de resistencia hacia el mismo, en la existencia cotidiana de los seres humanos, en el “arte de hacer” de todos los días.² Un acercamiento al conocimiento de la vida cotidiana de cualquier tiempo puede realizarse desde el análisis de esta perspectiva, desde el ejercicio del poder y sus resistencias.

En el México de los primeros años de la dictadura Porfiriana se podía observar las huellas del liberalismo que desde el siglo XVIII había pretendido la intromisión en la vida privada de los individuos en una aspiración por el logro de un control social acorde a las necesidades del capitalismo creciente. Desde

1. El pensamiento de Michael Foucault sobre el poder puede encontrarse en todas sus obras; para el tema que nos ocupa se recomiendan en particular *Vigilar y Castigar* (1975) y *La Microfísica del Poder*, sugiero también revisar a Gilles Deleuze en “¿Qué es un dispositivo?”, en *Michael Foucault. Filósofo* (1990), Barcelona, Gedisa.
2. Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. Vol. 1, México, Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2000, *passim*.

la época de “Las Luces” el pensamiento liberal había cambiado el estilo de la conducta moral y su relación con la pobreza, y a ésta se dejó de asociarla a la caridad y a la obligación cristiana, para unirla al concepto de beneficencia. En el México porfiriano se dio un crecimiento desigual y dependiente, que se tradujo en una inequitativa distribución de la riqueza y, por tanto, en un empobrecimiento de la mayoría de la población.

El capitalismo decimonónico requería de una ideología que lo sustentara, y la encontró en la filosofía positivista, que con los conceptos “amor, orden y progreso” —que en México se reducirían a “orden y progreso”— construyeron una sociedad diferente a la del Antiguo Régimen, que ampliaría y refinaría un control social que organizara, entre otras cosas, la protección del individualismo y la defensa a la propiedad privada. Inmersos en este discurso, las autoridades y en general los miembros de las élites, se preocuparon por buscar los orígenes de la delincuencia para lograr su control, o tal vez con alguna esperanza, su exterminio.

Surgieron muchas ideas y discursos sobre los motivos de la delincuencia y la criminalidad, algunos culpaban al contexto social en que los transgresores se habían desarrollado; otros buscaban los motivos del criminal, porque a éste se le pensaba como a un enfermo de cuerpo y alma que había que higienizar y canalizar al trabajo, como puede observarse en una traducción publicada en un suplemento del periódico “La Libertad” que calificaba a los “criminales” y los clasificaba en cuatro grupos:

[...] El criminal por accidente, que se encuentra completamente en posesión de sus intenciones y de sus actos; el criminal por hábito, cuya inteligencia está sana, pero cuyo sentido moral está más o menos pervertido; el criminal por esencia o por naturaleza, que en mayor o menor grado posee una inteligencia y un sentido moral débiles; el criminal loco [...]³

3. Cfr. John Baker, “La medicina científica y la Locura”, en *La medicina científica*, México, 1 de julio de 1893, pp. 204-205.

Y otros más dudaban de la cura de “esos enfermos” señalando que lo pertinente era evitar el contagio de la falta, proponiendo como meta la contención de la criminalidad para prevenir su proliferación.⁴

De hecho dos escuelas influyeron en el tratamiento de la delincuencia en México, la Clásica o de la Defensa Social, que sostenía que las acciones correspondían al libre arbitrio de los individuos que voluntariamente habían roto con el pacto social, individuos que podrían ser moralizados y reeducados para una reincorporación a la sociedad; y el Positivismo, que sostenía que los delitos no eran actos voluntarios, que conllevaban hechos profundos que los científicos debían analizar. El positivismo sostenía que los delitos tenían una base bio-antropológica que separaba a los individuos normales de los delincuentes. Sus representantes consideraban que existían dos condicionantes para la criminalidad, los internos (historia biológica y psicológica del delincuente), y los externos (condiciones sociales y naturales), afirmando con ello la posibilidad de la prevención del crimen.⁵ El positivismo centró su pensamiento en torno a la criminalidad del hombre separando a los hombres peligrosos de los que no lo eran, intentando para finales del siglo, caracterizar y señalar los factores de la actividad criminal para distinguir lo anormal de lo normal.⁶

Para esta filosofía el derecho se entendía como un sistema dependiente de la sociedad y la legislación como el reflejo de los fenómenos imperantes en ella. Las leyes debían de ser la elaboración teórica de una relación causa-efecto; según esto la delincuencia podría erradicarse

4. Cfr. Antonio Padilla, “Beneficencia y reforma penitenciaria en el siglo XIX en México”, en *Secuencia* No. 27, México, Instituto José María Luis Mora, septiembre-diciembre de 1993, pp. 43-70.
5. Cfr. Antonio Padilla, *De Belén a Lecumberri. Pensamiento social y penal en el México decimonónico*, México, Archivo General de la Nación, 2001, p. 98.
6. Cfr. Juan Bustos, “La Criminología”, en Roberto Bergalli y Juan Bustos, *El pensamiento criminológico. Un análisis crítico*. Vol. I. Bogotá, Tercer, 1983, p.19.

con una política criminal adecuada, y se rechazaba la idea de la Escuela Clásica que afirmaba que la legislación debía de corresponder a las leyes naturales, previas al Estado Social, y válidas para todas las sociedades y momentos históricos.⁷

La pobreza

La desigualdad en la distribución del ingreso entre los distintos grupos sociales era muy grande, en tanto las clases altas contaban con acceso a la educación, a viviendas lujosas, a una alimentación de buena calidad, la mayor parte de la población habitaba en chozas o habitaciones de vecindad, en donde el hacinamiento y la falta de higiene eran mayúsculos. Para 1883, en la capital de la República una tercera parte de la población vivía en cuartuchos sin servicios sanitarios ni agua accesible, y su alimentación se reducía muchas veces a una comida al día con alimentos frecuentemente adulterados.⁸ El pueblo en general vivía, además, en una situación de gran insalubridad por falta de agua potable y en la época que nos ocupa, carente de drenajes, lo que propiciaba una gran tasa de mortalidad. Esta situación fue denunciada en revistas especializadas y diarios desde años antes por científicos como Miguel F. Jiménez,⁹ y periodistas de la oposición como Juvenal, pero poco o casi nada se hizo para remediar la situación. Las condiciones de higiene de

7. Cfr. Elisa Speckman, *Crimen y castigo. Ley penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia. Ciudad de México 1872-1910*, México, El Colegio de México, UNAM, 2002, p. 80.

8. Cfr. Moisés González Navarro, "El Transfondo humano", en Daniel Cosío, Villagas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida social*, México, Hermes, 1973, pp. 90-99.

9. Cfr. Miguel F. Jiménez, "Insalubridad en la capital de México", en *Anales de la Sociedad Humboldt*, T I, 1872, pp. 84-86.

los barrios eran también muy deficientes, ya que con excepción de las zonas habitadas por las clases altas, como las calles céntricas y aquellas en donde habitaban las clases pudientes, en el resto proliferaba la basura y el lodo.¹⁰

Algunos pensadores como Julio Guerrero señalaban que el problema del desaseo era consecuencia de la miseria en que vivía la mayoría de la población.¹¹ Otros científicos sociales culpaban a los pobres de sus miserias porque, según ellos, éstos “carecían de intenciones de mejoramiento social” o “trabajaban poco para vivir con comodidad”, y se preocupaban por las consecuencias que la mendicidad y la delincuencia pudieran generar para los sectores productivos y en particular para la inversión extranjera,¹² se temía a la inseguridad por la delincuencia. Algunos autores analizaban el problema desde el punto de vista del desempleo en las ciudades, pero los católicos, en particular, atribuían a la pérdida de valores morales la existencia de la inseguridad. Como en las postrimerías de la vida colonial, era urgente controlar a “vagos, holgazanes y mal entrenidos”,¹³ ya que el Estado se preocupaba por una organización social diferente, acorde a un orden racional que generara una mayor producción a través del trabajo o de una aparente paz social.¹⁴ Ya un siglo antes, se había clasificado a los pobres en categorías para su organización y

10. Cfr. *Ibid.*, pp. 92-98.

11. Cfr. Julio Guerrero, *La génesis del crimen en México*. Pról. de Arnoldo Graus, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, pp. 113-124.

12. Cfr. Antonio Padilla, *Beneficencia*, *op. cit.*, p. 47.

13. El Reglamento de Policía emitido por el virrey Venegas fue particularmente severo. Puede encontrarse en Juan E. Hernández y Dávalos, t III, *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México de 1810 a 1821*, Biblioteca de El Sistema Postal de la República Mexicana, México, José María Sandoval, 1879-1881, pp. 342-367.

14. Cfr. Marcela Suárez, *Sexualidad y Norma sobre lo prohibido. La ciudad de México y las postrimerías del virreinato*, México, UAM, 1999, p. 63.

control: aquellos que no sobrevivirían sin mendigar, los que fingían para no trabajar, y los que aparentaban ser mendigos cuando en realidad eran ladrones, recomendando para los primeros hospicios, para los segundos trabajo, y para los terceros encierro y trabajo.¹⁵ Para 1867 la *Gaceta de Policía* clasificaba a los pobres en tres categorías: los que no trabajaban por falta de trabajo; los que no lo hacían porque no lo deseaban pero que no dañaban a la sociedad, y aquellos que no sólo no trabajaban sino que dañaban a la sociedad cometiendo faltas a la moral, siendo clientes de pulquerías, tabernas y burdeles, las autoridades consideraban que si bien este grupo no era precisamente delincuente, constituía *un grupo antisocial, antieconómico incómodo y desagradable*.¹⁶ Se creía que los primeros merecían una cierta consideración, pero los demás, lugares de corrección o encierro,¹⁷ de hecho, el Cabildo de la ciudad de México aprobó en 1872 una propuesta que ordenaba a la policía "...recoger a todos los mendigos que pululan en las calles y paseos, principalmente los que se arrojan en la banquetas estorbando el paso de los transeúntes".¹⁸

Otras personas afirmaban que la pobreza no necesariamente provenía de la falta de prevención, sino que sostenían que también podía deberse a causas no imputables a los individuos, ellos fueron los que promovieron la creación de una beneficencia científica ya que de acuerdo a su criterio, la pobreza podía deberse a orfandad o discapacidad, a desempleo temporal, a

15. Cfr. Norman F. Martin, "Pobres, mendigos y vagabundos en la Nueva España 1702-1776. Antecedentes y Soluciones presentadas", en *Estudios de Historia Novohispana*, No. 8. México, UNAM, 1985, p. 103.

16. Cfr. Antonio Padilla, *Beneficencia...*, op. cit., p. 50.

17. Cfr. Antonio Padilla señala que Pablo Macedo propuso en 1880 ante el Congreso de la Unión una iniciativa de ley que despojaba de sus derechos a los vagos para evitar que su número creciera. Ver Cámara de Diputados, *Diario de Debates*. México, septiembre de 1880, p. 1171, citado en Antonio Padilla.

18. Cfr. Archivo Histórico del Distrito Federal. *Ramo Policía en General*. Legajo 9. Exp. 659. Año 1872. México, 19 de abril de 1872.

explotación infantil o a vicios; este grupo de la élite mexicana consideraba que las autoridades podrían atender a los tres primeros grupos, lográndose así un mayor control social.¹⁹ Culpando directamente al individuo, los católicos insistían en el origen inmoral del problema, lo científicos lo buscaban en el cerebro de las personas,²⁰ pero ninguno de estos grupos dejaba de incluir a la pobreza dentro de las llamadas patologías sociales, ni de considerar la influencia de las causas sociales en la generación del crimen; así el *Monitor Republicano* del 16 de mayo de 1877 comentaba que si bien los vagos no eran criminales podían sin esfuerzo convertirse en ellos, ya que la ociosidad era generadora de delitos.²¹ Una orden del Ayuntamiento de la ciudad de México del 18 de septiembre de 1866 que denunciaba "...Abusos en mesones y hoteles debido a la aceptación en ellos a toda clase de personas..." ordenó crear el puesto de Comisionado de Vigilancia Pública en cada manzana de la capital; este cargo debería ser ocupado por personas de "...conocida honradez y energía..." con la obligación de vigilar la conducta social de los habitantes de su manzana, y en particular, con la recomendación de aprehender a "...todos los vagos conocidos...". En este caso se consideraban como vagos:

[...] los llamados corredores de semillas, de carnes, de pulques, y en general, todo individuo que salga a monopolizar los frutos y los comestibles fuera de los mercados y parajes destinados a las ventas públicas [...]²²

19. Cfr. Antonio Padilla, *op. cit.*, p. 55.

20. Cfr. Pablo Picatto, "El discurso sobre la criminalidad y el alcoholismo hacia el fin del Porfiriato", en Ricardo Pérez Monfort (Coord.) *Hábitos, normas y escándalo. Prensa criminalidad y drogas durante el Porfiriato tardío*, México, Ciesas-Plaza y Valdés, Ed. 1997, p. 113.

21. Cfr. Antonio Padilla, *Beneficencia...*, *op. cit.*, p. 50.

22. Cfr. Archivo Histórico del Distrito Federal, en adelante AHDF, *Ramo Policía en General*. Legajo 8, exp. 518. 18 de septiembre de 1866.

Para el año de 1870 los considerados como vagos eran remitidos al "Tribunal de Vagos" para trabajar en talleres de tres meses a seis años.²³

Del discurso científico de la medicina y la biología²⁴ derivó el concepto de enfermedades sociales, ese lastre que impedía la modernización y el orden, y las élites políticas y científicas intentaron promover la idealización del hombre trabajador y de la propiedad privada, pues se recelaba de los peligros que "la canalla", o clases bajas, podían producir para la seguridad pública.

En las postrimerías de la vida colonial²⁵ Moisés González Navarro señala que las élites económicas y políticas consideraban el alcoholismo y la vagancia como factores criminógenos y causantes de baja productividad,²⁶ y la prensa hacía énfasis en los delitos que ejecutaban los miembros de las clases bajas. Por ejemplo, un periódico político de la época titulado *La Unión*, para mayo de 1880 comentaba delitos que se efectuaban en varios lugares de la República, reproduciendo los mencionados en los periódicos de las provincias, por ejemplo, del estado de Puebla escribía:

Criminalidad. Es alarmante el número de crímenes que consigna diariamente la prensa poblana. Las autoridades de la ciudad angélica deben tomar medidas muy enérgicas para contrariar el desarrollo de la criminalidad.²⁷

23. Cfr. AHDF. *Ramo Cárceles en general*. Legajo 6, exp. 499, año 1870.

24. Para observar la influencia del darwinismo en el pensamiento positivista de la época y el discurso sobre la evolución y la violencia, léase una traducción del trabajo de Hernesto Haeckel, "Sentido y significación del sistema genealógico o teoría de la descendencia", que fue publicado en *El Mundo Científico y Literario* del 31 de julio de 1878, pp. 225-235.

25. Cfr. Virginia Guedea, "México en 1812: Control político y bebidas prohibidas", en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980, vol. VIII pp. 34-35.

26. Cfr. Moisés González Navarro, *op. cit.*, p. 145.

Del *Monitor* reproducía:

*Ladrones. Dice el Monitor que una compañía de rateros se ocupó en Tlalnepantla, durante la feria, de aligerar á los paseantes de pañuelos y relojes.*²⁸

Sobre el Distrito Federal señalaba:

Vagos y rateros. Como tales han sido consignados al Gobierno del Distrito, por el inspector de la 1ª demarcación, Canuto Poruma, Doroteo Rodríguez, José Mendoza, Jesús Morales, Crescencio Navarro, Manuel Díaz, Trinidad Rangel, Domingo Martínez, Sotero Gudiño y Domingo Morales.²⁹

Los delincuentes

Se consideraba como delincuente a aquella persona que voluntariamente infraccionara la ley penal, y no lo era si había actuado sin libertad, sin haberlo deseado o sin conocer la falta; se tenía tolerancia con los ebrios que actuaban en ese estado por primera vez y si su embriaguez no era habitual; se pensaba además que los menores de 9 años y las personas de mucha edad carecían de discernimiento.³⁰ El delito era una violación al derecho, y los redactores del Código penal consideraban delincuentes a aquellos que violaban la justicia moral y la conservación de la sociedad; los delitos podían ser en contra de la persona, la reputación, la familia, la propiedad, la moral pública y

27. Cfr. *La Unión*. Periódico Político". Año 1, núm. 2, 12 de mayo de 1880.

28. Cfr. *Ibid.*, núm. 11, 2 de junio de 1880

29. Cfr. *Ibid.*, núm. 6, 16 de mayo de 1880.

30. Cfr. Elisa Speckman Guerra, *Crimen y Castigo...*, op. cit., *Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia, Ciudad de México, 1872-1910*. Elisa Speckman define el concepto a partir de lo estipulado en el Código Penal de 1872.

las buenas costumbres.³¹ El Gobierno de la ciudad de México, en particular, consideraba al delito como perturbación del orden moral de la sociedad por lo que los delincuentes debían ser aislados en lugares que no sólo sirvieran de castigo sino también de regeneración.³² En una sociedad en donde el liberalismo triunfante defendía el individualismo y la propiedad privada, el delito de robo ocupaba un lugar destacado en las preocupaciones de las clases poderosas.³³ En las discusiones anteriores a la elaboración del Código Penal, José María Lafragua sugirió que el estado de pobreza fuera atenuante en el delito de robo si la miseria del acusado era extrema, y si el monto de lo robado no excedía de lo necesario para resolver una urgencia apremiante; además propuso como circunstancias atenuantes de todo delito el pertenecer a las clases pobres, ya que señalaba que éstas carecían de instrucción y beneficios sociales, sin embargo, el Código Penal se elaboró bajo el principio liberal de libertad jurídica con “justicia igual para todos”.

Para el logro del control social se importaron teorías y métodos de Europa con el fin de encontrar las explicaciones sobre las patologías de la sociedad, aquí los discursos sobre el alcoholismo y la criminalidad fueron una base importante para dividir a la gente decente de los degenerados, justificando con ello la represión y la segregación de clases.³⁴ En Europa, Cesare Lombroso —considerado el padre de la criminología— “utilizando a la ciencia como instrumento”, llegó a la conclusión de que existían “criminales natos”, designando la responsabilidad criminal a la biología del delincuente eludiendo la gran desigualdad

31. *Cfr. Ibid.*, p. 31.

32. *Cfr.* Ramón Fernández, *Diario Oficial No 196*, México, 18 de agosto de 1881, citado en Antonio Padilla. “Pobres y criminales, beneficencia y reforma penitenciaria en el siglo XIX en México”.

33. *Cfr.* Laura Solares Robles, “El bandidaje en el siglo XIX (1821-1855), Una voz de denuncia a través de la prensa”, en *Tipos y caracteres: la prensa mexicana*, Miguel Ángel Castro (Coord.), México, UNAM-IIB, 2001, pp. 17-34.

34. *Cfr.* Picatto, *op. cit.*, p. 78.

en la distribución de la riqueza entre las distintas clases sociales. Este criminólogo culpaba al “atavismo” de la delincuencia, señalando que esto se manifestaba en los individuos en estigmas preexistentes como: anatómicos, fisiológicos y mentales;³⁵ se atribuía la tendencia hacia la criminalidad a desórdenes en el cerebro subcortical y aun a problemas hormonales. Se trataba de que la sociedad eliminara a estos elementos antisociales a través de la rehabilitación, creando un discurso nuevo para el castigo al delincuente y no para el delito.³⁶ Sin embargo, a pesar de los esfuerzos europeizantes en México, estas ideas no fueron cabalmente compartidas por algunos liberales y católicos, que consideraban a la criminalidad y al alcoholismo como problemas morales, o vicios,³⁷ pensamientos que justificaban la discriminación y respondían a la teoría de la Defensa Social que consideraba al delincuente como producto de una deficiencia en la socialización de los individuos. Algunos pensadores como Francisco G. Cosmes y Justo Sierra, afirmaban que no existía la regeneración de las costumbres, ni en la delincuencia innata, y que la pena de muerte y castigos severos en las cárceles constituían, por la vía de la intimidación, la solución del problema. Sierra consideraba que ser severo era sinónimo de ser justo.³⁸ El alcoholismo ya había sido motivo de preocupación desde el siglo XVIII, pero ahora se consideraba como el gran causante de un número creciente de males, desde cirrosis hepática hasta criminalidad. Para algunos pensadores la embriaguez era el resultado de la ociosidad, de la falta de distracciones, de la ignorancia y de la tolerancia de las autoridades, y proponían el control en los horarios

35. Cfr. Teresa Miralles, “Patología Criminal. Aspectos biológicos”, en Roberto Bergalli, *et al.*, *El Pensamiento criminológico. Un análisis crítico*, V I. Bogotá, Temis, 1983, pp. 56-63.
36. En el Primer Congreso Internacional de Antropología Criminal efectuado en Roma en 1885, es cuando Lombroso expuso su teoría del “Criminal Nato”.
37. Cfr. Picatto, *op. cit.*, p. 110.
38. Cfr. Antonio Padilla. *Beneficencia...*, *op. cit.*, pp. 358-361.

de venta de bebidas embriagantes y la creación de centros de distracción para el pueblo.³⁹ Señalaban que en México se bebía a todas horas y que ello disminuía la productividad; se censuraba el alto consumo del pulque y la existencia de gran número de pulquerías, pero también se conoce de la existencia de muchas cantinas que para 1864 ascendían a 51, y para 1885 habían incrementado su número a 817.⁴⁰ En general se consideró al alcoholismo como generador de crimen.

Los ladrones

Los delitos contra la propiedad causaban gran preocupación y tanto el fraude como la estafa y el robo sin violencia recibieron la misma pena, que oscilaba entre un mes y cuatro años de prisión según el monto de lo hurtado, penas que según Elisa Speckman se fueron incrementando ante la imposibilidad de su control, de manera que si en 1872 era una pena máxima de cuatro años, para 1903 había ascendido a nueve.⁴¹ De hecho, en los reportes de reos de la Cárcel Nacional del año 1870, tanto en hombres como en mujeres se registró el delito de robo como segundo después de las riñas.⁴² Resulta interesante que en las listas de presos de 1870 pueda observarse que a las mujeres se les asignaran penas inferiores por este delito, de ocho días a nueve meses en servicio dentro de la prisión. En los documentos pueden observarse la existencia de un gran número de estadísticas que reflejan la influencia del pensamiento positivista. El incremento y la preocupación por el delito, condujo a que se hicieran algunas propuestas, como la que presentó en 1881 Antonio Medina al sugerir la creación de colonias penitenciarias exclusivas para ladrones.

39. Cfr. Moisés González Navarro, *op. cit.*, pp. 80-81.

40. Cfr. *Ibid.*, pp. 72-76.

41. Cfr. Elisa Speckman, *op. cit.*, p. 43.

42. Cfr. AHDF. *Ramo Cárceles en General*. Legajo 6, exp. 499. enero-febrero de 1870.

Al mismo tiempo el Estado intentaba un equilibrio en la impartición de la justicia, por ejemplo, en los Códigos de 1871 y de mayo de 1880 el artículo 150 ordenaba:

En los casos de robo ó de cualquier otro delito semejante, se averiguará si la persona que se dice robada o despojada es digna de fe, si se encontraba en situación de poseer los objetos robados, y si después del delito ha hecho algunas agencias con el fin de recobrarlos. Solo en caso de duda y cuando falte alguna de las circunstancias expresadas, se comprobará de una manera especial la preexistencia y posterior falta de las cosas robadas o sustraídas.⁴³

Los policías

El 8 de agosto de 1897 la editorial de la publicación capitalina *El Gendarme*, anunciaba que su objeto de existencia era el examen de las causas que habían originado la poca respetabilidad de que gozaba la corporación policiaca, con la aspiración de corrección de los errores tanto del cuerpo policiaco como de los juicios injustos de la población. Atribuía las deficiencias a los vicios sociales, pero también a problemas de ineficiencia policiaca, y proponía que con mejores sueldos y más instrucción el cuerpo de policía mejoraría sus funciones, y dejaría de ser atacado por la opinión pública.⁴⁴ Se quejaba de los periódicos que tenían a diario puestos los ojos en sus defectos y no en sus virtudes, y para demostrarlas, anunciaba los triunfos logrados en la aprehensión

43. Cfr. Manuel Dublán y José María Lozano, *Legislación Mexicana o Colección completa de las Disposiciones Legislativas expedidas desde la Industria de la República ordenada por los licenciados Manuel Dublán y José María Lozano*, Vol. XV. México, Imprenta y litografía de Eduardo Dublán. Coliseo Viejo, 1886.

44. Cfr. *El Gendarme*. T. I, núm. 2, agosto 8 de 1879, p. 1.

de maleantes y en la solución de problemas. Por ejemplo, existía en el valle de Chalco una gavilla de doce individuos de los llamados bandidos, que pretendían secuestrar a un rico hacendado del lugar, y *El Gendarme* anunciaba que:

[...] una vez puesta en juego la acción de la policía, se logró conjurar, con la cooperación del jefe político de Chalco, el crimen que se intentaba perpetrar... en consecuencia fue aprehendido el 31 pasado, por los agentes de la policía, el famoso criminal Feliciano Hernández (a) el Tlaconete, jefe de la gavilla [...]⁴⁵

La publicación alegaba la existencia de una igual impartición de la justicia para todos los ciudadanos, defendiéndose de la queja de un magistrado de justicia publicada en el periódico *El Republicano*. El magistrado había sido aprehendido supuestamente "por error" y se encontraba muy molesto a pesar de haber obtenido su libertad. *El Gendarme* contestó:

El gendarme apostado en el callejón de Coajomulco sorprendió a una persona, que después se supo era el Señor Lic. Antonio Aguado, y por la actitud en que lo halló, así como por la señal que marca el muro del lugar donde fue sorprendido, se tuvo el derecho de sospechar que hubiese cometido una infracción de policía [...]⁴⁶

Pero en realidad la igualdad no era cierta. Se sospechaba de las clases populares en general, e incluso con un tinte de racismo. Asiáticos y negros muchas veces fueron culpados de delitos falsos; a los primeros se les acusaba de opiómanos, sucios, débiles y se llegó a rumorar que elaboraban sus "chozas con sangre de niños".⁴⁷ Algún Senador llegó a calificar

45. *Cfr. Ibid.*, T. I, núm. 3, agosto 16 de 1879, p. 2.

46. *Cfr. Ibid.*, p. 2.

a la raza negra como abyecta y ruin, “cuyos mil crímenes sólo evitaría un milagro”.⁴⁸ También se sospechaba de los servidores domésticos en general, de esta manera la misma publicación señalaba:

El robo de Tabaqueros ha podido hacerse sin que los ladrones hayan tenido menor inconveniente... porque cuando los robos se cometen con la complicidad de los criados de la casa, nada puede hacer ninguna policía en materia de prevención [...] ⁴⁹

Existía en la Inspección General de Policía de la capital un reglamento para el servicio doméstico, que contaba con la filiación de aquellos servidores que eran de “confianza” de la policía. La filiación contaba con una fotografía y la hoja de servicios del solicitante de un empleo en el servicio doméstico. La policía argüía que era muy difícil perseguir a los amantes de lo ajeno cuando estos estaban en complicidad con los servidores domésticos, e impulsaba a la comunidad a revisar estos registros antes de cualquier contratación.⁵⁰ Existía también un reglamento para los cocheros que además de ordenar la máxima comodidad para los pasajeros, les evitaba cualquier contratiempo, por lo que se impedía la entrada a los coches con personas en estado de embriaguez.⁵¹

En este contexto de lucha contra la delincuencia, la policía citadina hacía alardes de modernidad, se encontraba bien organizada y también contaba con un reglamento muy estricto. La ciudad estaba dividida en ocho demarcaciones de policía, cada una a cargo de un inspector que a su vez tenía como jefe a un Inspector General dependiente de la Secretaría de Gobernación. Las primeras siete demarcaciones contaban con cien gendarmes además de un comandante, oficiales y cuatro hombres

47. Cfr. Moisés González Navarro, *op. cit.*, p. 173.

48. Cfr. *Ibid.*, p. 177.

49. Cfr. *El Gendarme*, T I, núm. 3 agosto 16 de 1879, p. 3.

50. Cfr. *La Gaceta de Policía*, núm. 6, viernes 8 de octubre de 1880, p. 4.

51. Cfr. *Ibid.*, núm. 2, jueves 16 de septiembre de 1880, p. 2.

para el servicio de ambulancia; la octava contaba con doscientos policías. En cada Inspección se encontraban un médico, un practicante, y cada Inspector contaba con un secretario y un escribiente. Se agregaban a la vigilancia trescientos gendarmes montados para la vigilancia de los suburbios y los alrededores.

El horario de trabajo de los policías era de ocho horas, usaban un uniforme de paño azul compuesto por pantalones, polainas, un saco y un kepi con su número, y estaban armados con un revólver, un bastón de distinto color según la demarcación, una linterna y un pito para silbar, los oficiales además vestían levita. Un Inspector General tenía un salario de \$3,600 pesos anuales, cada Inspector de demarcación \$1200 pesos al año, los gendarmes de a pie \$300 y los montados \$720, lo que unido a los sueldos de empleados, médicos y ambulantes daba un total de \$550 000 pesos anuales, monto que a decir de *La Gaceta de Policía* era cuatro veces menor que el de la policía de Nueva York.⁵²

Estas publicaciones intentaban contrapesar la mala imagen que la prensa daba de la corporación, de ahí que se exaltara su eficiencia, su bajo costo y castigos muy severos para aquellos agentes que no cumplieran con su deber. Se castigaba el cohecho con una pena de tres meses a dos años de prisión, una multa igual al doble del cohecho y suspensión del empleo. Si alguno recibía regalos o promesas o dones por sus funciones obligatorias, era suspendido de su empleo por un período de tres meses a un año y se le multaba con el doble de lo que recibía. También se les castigaba si permitían conscientemente el ejercicio de alguna falta sin perseguirla, y de este modo, por ejemplo, aquel que permitiera el juego sufría una pena de arresto menor, una multa de 25 a 500 pesos y era destituido del empleo. Si algún funcionario era acusado de abuso de autoridad por vejar o insultar injustamente era castigado con una multa de 10 a 100 pesos o un arresto menor,⁵³ y cuando algún vigilante

52. Cfr. *Ibid.*, núm. 6, viernes 8 de octubre de 1880, p. 1.

53. Cfr. *Ibid.*, núm. 4, viernes 24 de septiembre de 1880, p. 2.

se destacaba por algún acto era felicitado públicamente por *La Gaceta de Policía* o por *El Gendarme* para demostrar la justicia liberal.

José Yáñez afirma, sin embargo, que a pesar de los intentos gubernamentales por dar buena imagen a la policía, en realidad “la embriaguez, prepotencia, despidos constantes, origen social marginal, corrupción, ineptitud, malos salarios y poca estima social”⁵⁴ eran sus rasgos principales.

En otro orden de cosas, una carta que el Presidente del Ayuntamiento dirigía al Ministro de Gobernación en 1872 solicitaba armas para la policía porque:

Los miembros de los resguardos diurnos y nocturnos y Comisiones de seguridad se encuentran mal armados para defenderse de los malhechores que portan armas de fuego, comúnmente pistolas, mientras carecen aquellos de estas armas tan útiles en los combates personales que tienen que sostener contra los bandidos... por lo cual el gobierno a mi cargo suplica al supremo con encarecimiento y en beneficio de la seguridad pública se sirva a dar sus órdenes para que se ministre al resguardo diurno 440 pistolas [...] ⁵⁵

Y Manuel Romero Rubio —Ministro de Gobernación— ante un informe que se le presentó sobre la disminución del número de presos ingresados en la Cárcel de Belén (de 18,216 individuos en 1874 a 6,553 personas en 1885), señaló que esto se debía a una mejor organización de la policía.⁵⁶

54. Cfr. José Arturo Yáñez Romero, *Policía Mexicana*, México, UAM, Plaza y Valdés, 1999, p. 174.

55. Cfr. Archivo Histórico del Distrito Federal. *Ramo Policía en General*. Legajo 9, exp. 3635, julio 24 de 1872.

56. Cfr. Martín Gabriel Barrón, *La cárcel de Belén y el sistema carcelario*, México, Archivo Histórico del Distrito Federal. Cárcel de Belén, 1900-1911, 2001, p. 57.



Las penas

Como ya se mencionó, el pensamiento de la Escuela positivista en el tratamiento criminal tuvo gran influencia para la impartición de la justicia, pero en el México liberal se aceptaba por consenso la ideología surgida de las revoluciones burguesas denominada de la “Defensa Social”. Este pensamiento consideraba que el Estado, como elemento representante de la sociedad, se encontraba legitimado para reprimir a la criminalidad, concebía la idea de que el delincuente era un elemento negativo disfuncional de la sociedad, que el desviado era la expresión del mal y de la sociedad del bien; aceptaba que la ley penal debería de ser igual para todos y que las penas no sólo retribuían, sino que también prevenían, y finalmente existía la certeza de que los intereses protegidos mediante el derecho penal eran comunes a todos los ciudadanos.⁵⁷

El Código de procedimientos penales de 1880 expresaba fehacientemente estas ideas agregando que como la comunidad había delegado en el Poder Judicial la tarea de la impartición de penas, éstas sólo podrían ser aplicadas por funcionarios con expresa facultad legal.⁵⁸ De acuerdo a la ideología liberal las medidas del castigo debían responder a la protección de los derechos del hombre, las aprehensiones deberían de realizarse sin violencia, y la entrega de los individuos a las autoridades debería de realizarse dentro de las primeras veinticuatro horas después de su captura; las declaraciones debían de tomarse en las primeras cuarenta y ocho horas después de la detención y se debía liberar a las personas si antes de tres días no se justificaba el auto de formal prisión; ésta sólo podía llevarse a cabo si se comprobaba la existencia del delito a través de pruebas.⁵⁹

57. Cfr. Alessandro Baratta, *Criminología crítica y crítica al derecho penal*, México, Siglo XXI, 1989, pp. 36-37, y Valdés, 1999, p. 174.

58. Cfr. Elisa Speckman, *op. cit.*, p. 48.

59. Cfr. Código de Procedimientos Penales de 1880 citado en *Ibid.*, p. 48.

Teóricamente la igualdad consistía en que todas las personas debían ser juzgados por los mismos tribunales, bajo las mismas leyes y por el delito cometido, nunca por las características personales del transgresor. La Constitución de 1857 estipulaba que únicamente se aceptarían los apercibimientos, las multas, la inhabilitación de derechos civiles, políticos, de empleos, de honores, la prisión y la pena de muerte.⁶⁰ Se prohibió el castigar con leyes preexistentes, las penas por analogía y el arbitrio judicial. En el Código Penal se especificaban las características que debía de tener el cuerpo del delito, los requisitos de las pruebas y los castigos para cada delito.⁶¹ Existían revocaciones. Elisa Speckman señala que de acuerdo a la cantidad y calidad de ellas en el período que nos ocupa, el robo fue tratado con dureza, y las revocaciones en general para todos los delitos fueron mayores entre las clases pudientes.⁶²

En cuanto a las instituciones de reclusión, se habían creado algunas desde las primeras décadas de la vida republicana: El Tribunal de Vagos (1828), el Departamento de Corrección en el Hospicio de Pobres (1806-1842), la Casa de Corrección para Jóvenes Delincuentes (1840-1850), la Penitenciaría para Jóvenes delincuentes (1850-1867) y la Cárcel de Belén (1863). Durante el Segundo Imperio, ante nuevas necesidades, se publicó un decreto para reformar el sistema carcelario estableciendo casas de corrección, cárceles, presidios y lugares de deportación. Para 1863, Joaquín García Icazbalceta realizó una visita a varias instituciones de beneficencia y corrección y escribió un informe en donde menciona para ese entonces: La Casa de Corrección para Jóvenes Delincuentes, la Cárcel de Belén y la de la Ciudad. En ese documento criticaba el estado en que se encontraba la Casa de Corrección de Jóvenes Delincuentes, se quejaba de la desnudez de algunos muchachos, comentaba los trabajos que realizaban como parte de la pena y censuraba el que fueran

60. Cfr. Elisa Speckman, *op. cit.*, p. 54.

61. Cfr. *Ibid.*, pp. 47-49.

62. Cfr. *Ibid.*, pp. 306-307.

castigados, sugiriendo darles instrucción y guía moral.⁶³ Sobre la Cárcel de Belén hacía énfasis en particular sobre el hacinamiento de presos, la carencia de muebles, y el ocio de gran cantidad de reos, además de:

El juego nunca ha podido extinguirse; la introducción y conservación de armas prohibidas y bebidas embriagantes nunca ha podido evitarse: de ahí las riñas, heridas y aún asesinatos entre los presos, y que éstos se encuentren en un estado permanente de desorden, activado por la ociosidad. Allí no hay más distinción que la que el dinero procura: el inocente calumniado se confunde con el criminal endurecido; y el que sólo es reo de una primera falta, recibe cuantas lecciones pueda necesitar para proseguir su carrera. La cárcel no es hoy más que un foco de corrupción. La sociedad la instituyó para su propia defensa; pero con tan escaso tino, que sólo acertó á crear una verdadera escuela de inmoralidad [...]⁶⁴

Y sobre la Cárcel de la Ciudad sugería eliminarla del Palacio Municipal porque:

No corresponde a la categoría de la municipalidad de México el espectáculo que hoy presenta la entrada y escalera principal del Palacio, llenas casi siempre de gentes sucias y cubiertas de harapos, ebrios, ladrones, asesinos, heridos y cadáveres [...]⁶⁵

Después se planeó la existencia de tres tipos de cárceles: las Cárceles centrales en donde había Tribunales Superiores (para someter a juicio a

63. Cfr. Joaquín García Icazbalceta, *Informe sobre los establecimientos de beneficencia y corrección de esta capital; su estado actual, noticia de sus fondos; reformas que desde luego necesitan y plan general de su arreglo*, Luis García Pimentel, Ed. México, Moderna Librería Religiosa, 1907, pp. 31-32.

64. Cfr. *Ibid.*, p. 71.

65. Cfr. *Ibid.*, p. 169.

los reos), las Cárceles de Distrito (para asegurar el reo en proceso) y las Municipales (para reos acusados de faltas leves y faltas de policía).⁶⁶

En los primeros años posteriores a la consumación de la independencia se habían llevado a cabo proyectos para una organización penitenciaria, pero fue hasta el período comprendido entre 1848-1867 cuando se instauraron. José Joaquín Herrera en 1848 emitió el primer decreto para la construcción de una penitenciaría que funcionara como centro de detención, centro de reclusión para acusados, corrección de jóvenes delincuentes, lugar para sentenciados y asilo para los liberados. Por primera vez en la historia proponía la separación de los detenidos de acuerdo a su situación y proponía otorgarles instrucción.⁶⁷

Desde 1863 se había trasladado la Cárcel Nacional del edificio de la Ex Acordada al edificio del Colegio de San Miguel de Belén dadas las malas condiciones en que se encontraba el primer inmueble. Martín Gabriel Barrón señala que para 1868 el Ayuntamiento de la Ciudad ya había realizado reformas al Ex Colegio de Belén, se había mejorado la ventilación del lugar, se había creado un espacio para fotografiar a los reos, así como lugares para que éstos recibieran instrucción y trabajo.⁶⁸

Para 1870 el Ayuntamiento publicó el “Reglamento de la Cárcel de Detención” que señalaba las medidas administrativas y disciplinarias de la misma, es interesante observar que en éste se ponía mucho énfasis al tema de la instrucción de los reos como medio para evitar la criminalidad. En general todos los promotores de las reformas coincidían en la importancia de la presencia de la religión y en la separación de presos.⁶⁹

66. Cfr. Martín Gabriel Barrón, *La cárcel de Belén y el sistema carcelario*, México, Archivo Histórico del Distrito Federal, Cárcel de Belén, 1900-1911. México, Gobierno del Distrito Federal, p. 37.

67. Cfr. Martín Gabriel Barrón Cruz, *Una mirada al sistema carcelario mexicano*, México, Instituto Nacional de Ciencias Penales, 2002, p. 77.

68. Cfr. *Ibid.*, p. 93.

69. Cfr. Antonio Padilla, *De Belén a Lecumberri...*, *op. cit.*, p. 159.

El Código Penal de 1871 emitió nuevas reglas para las penas y cárceles, eliminó las de presidio y de realización de obras públicas, así como el trabajo de presos fuera de las cárceles.⁷⁰

En 1875 Francisco Peña en su tesis profesional titulada “Estudio Higiénico de las Cárces de México”, denunciaba que a pesar de los progresos sociales realizados por el pensamiento liberal:

[...] sin embargo la emancipación de los delinquentes no es completa aún, muchos vicios de que adolecían las prisiones antiguas subsisten en la actualidad como recuerdos de otra época, o como monumentos que el egoísmo y la ambición se empeñan en conservar... esta verdad tan notoria olvidando que un grupo de infelices azotados por el sufrimiento, asediados por la miseria, esperan día a día su absolución o su castigo, absorbiendo los gérmenes de una muerte prematura en vez de hallar fuerzas para profundizar el correctivo que más tarde los volviera ciudadanos útiles... visítense nuestras prisiones y se sentirá sobrecojerse el alma y conmoverse el corazón. Galerías lúgubres; verjas que disputan la luz del sol; caños infectos, enfermerías pestilentes y lechos inmundos [...]⁷¹

Y proponía separación entre mujeres y hombres, detenidos y sentenciados, mayor higiene y la construcción de escuelas y talleres, ya que afirmaba la existencia de un movimiento medio para ese año de veinte mil presos cuyo hacinamiento era muy grave.⁷² Un informe del Ayuntamiento en 1868 mencionaba el mejoramiento de la impartición de la justicia con la eliminación del ocio de los reos y un mayor orden y limpieza, pero la descripción del Dr. Peña muestra lo contrario. El trabajo

70. Cfr. Código Penal de 1871. Tit 3, arts. 61,77 y 79. Reglamento para los artículos 71, 72 y 73 sobre condiciones de reos, citado en *Ibid.*, p. 99.

71. Cfr. Martín Barrón Cruz, *Una Mirada...*, *op. cit.*, p. 100.

72. Cfr. *Ibid.*, p. 102.

de presos siempre había sido útil para el Estado y el Código de 1871 estableció que los reos estaban obligados a realizar un trabajo de acuerdo a su situación o al que le ordenaran las autoridades, y de no ser proporcionado los reos podían trabajar para particulares. En general, los positivistas pensaban en la obligatoriedad del trabajo, y los liberales en su voluntariedad.⁷³ A pesar de todas las buenas intenciones, Manuel Dublán denunciaba, en 1869, los abusos que se cometían en contra de los presos, detenciones arbitrarias e indefinidas, el cobro indebido de gabelas y las aprehensiones de aquellos individuos que se resistían a “la leva”.⁷⁴

Reflexión final

Norbert Elías escribió un ensayo sobre la relación entre los individuos marginados y los que no lo son dentro de un grupo social, y con respecto a los poseedores del poder se hizo las siguientes preguntas:

¿Cómo pueden los miembros de un grupo sostener entre ellos la idea de que no son simplemente más poderosos, sino que son personas mejores que los miembros de otro grupo? ¿Qué medios emplean para imponer la creencia en su propia superioridad humana frente a los que ostentan un poder inferior? [...] ⁷⁵

Si la criminología se entiende como insertada en una determinada definición de la vida y de la organización social, como un estudio de la criminalidad y el control surgido de determinadas definiciones políticas y jurídicas de una sociedad determinada,⁷⁶ un estudio sobre el crimen

73. Cfr. Antonio Padilla, *De Belén a Lecumberri...*, op. cit., p. 167.

74. Cfr. *Ibid.* p. 179.

75. Cfr. Norbert Elías, *La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá, Norma, 1998, p. 83.

76. Cfr. Juan Bustos, op. cit., p. 23.

no puede realizarse sin analizar aquello que las normas protegen. En el México del último tercio del siglo XIX el robo fue una conducta de las más censuradas por que atentaba contra el principio liberal de la protección a la propiedad privada. El positivismo, el evolucionismo y el racismo separaron con gran fuerza a las clases pudientes cultas y “decentes” del pueblo “lleno de vicios”, entre ellos el alcoholismo y la criminalidad.⁷⁷ Se trató con severidad a “los desviados” porque eran incapaces de controlar pasiones, eran desobligados e ignorantes. Eran “los distintos”, y como no se insertaban en el discurso dominante, a las normas imperantes, se pensó que se encontraban inmersos en una patología. Los poseedores de los beneficios de la producción se erigieron también en los detentadores de “la salud” y “la verdad” y la criminología, primero con Lombroso y después con Ferri, con el supuesto método científico intentaron restaurar “el orden”. A partir de la teoría biológica se crearon dos instituciones de política criminal, las medidas de seguridad y las de tratamiento⁷⁸ que curiosamente perduran hasta hoy, y gran cantidad de sentenciados fueron inocentes de las acusaciones de robo. Sin embargo, fueron todos culpables y víctimas; víctimas de la injusticia, de la desigualdad, del hambre, y al mismo tiempo, culpables por ejercer una importante resistencia al poder y al control. Hobsbawm señala que la proliferación de ladrones tiene que ver con la debilidad del poder⁷⁹ con su falla o ausencia, yo agregaría también que con su incapacidad de lograr un consenso y una sociedad más justa.

77. Cfr. Pablo Picatto, *passim*.

78. Cfr. Teresa Miralle, *passim*.

79. Cfr. Eric Hobsbawm, *Bandidos*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 29.



Entre lo privado y lo público. Casas y jardines en el Porfiriato¹

CARLOS LIRA
VÁSQUEZ

Introducción

DULCE MATTOS²
UAM-Azcapotzalco

La vida cotidiana de cualquier sociedad tiene y ha tenido como escenario múltiples y variados espacios. En este trabajo nos interesa abordar dos que nos parecen altamente significativos. El primero de ellos es la casa, recinto íntimo y privado por excelencia, y el segundo es el jardín, ámbito que ha privilegiado la vida pública de la comunidad. Temporalmente, ubicaremos nuestro trabajo en el tránsito del siglo XIX al XX, ya que —proponemos— fue en aquella época cuando en México ambos escenarios se modificaron sustancialmente.³ Los cambios que sufrieron estos espa-

1. Este trabajo es producto de los proyectos de investigación: “Los movimientos modernos en Europa y México vinculados al diseño, hasta la Segunda Guerra Mundial”, UAM No. 129; “Ciudades mexicanas del siglo XX: problemas históricos de la urbanización en México, ca. 1890-1970” CONACYT-2002-C01-39653.
2. Profesores investigadores del Área de Estudios Urbanos del Departamento de Evaluación de CYAD-UAM-Azc.
3. La etapa porfiriana es precisamente la que enmarca y consolida las bases de la participación de México, ya como país independiente, en el proceso de modernidad

cios, en principio funcionales y formales, exigieron de sus usuarios una serie de transformaciones no sólo de usos y costumbres, sino incluso de preferencias estéticas ante los nuevos lenguajes formales eclectistas y del *Art Nouveau*.⁴

Revisemos entonces, brevemente, algunas características de la vida cotidiana de la sociedad porfiriana que se desarrollaron dentro de los ámbitos de la arquitectura doméstica y los jardines públicos.⁵ Para ello tomaremos como ejemplo dos ciudades contrastantes, tanto por su ubicación geográfica como por su historia: Oaxaca y Jerez, Zacatecas.⁶

mundial. El cambio económico y social en el triunfo de la razón y el progreso, como afirma Terrén, ha sido identificado como uno de los rasgos de la modernidad, ésta, "...sin embargo, no sólo es un conjunto elaborado de ideas. Refiere también a un tipo de experiencia sobre el que se fundamenta la validez vivida de los estilos de vida y de organización social basada en dichas ideas. Es también, en una palabra, la cotidianidad en las que éstas ganan su legitimidad". Véase Eduardo Terrén, *Educación y Modernidad*, p. 4.

4. El *Art Nouveau*, "Cargado de sensaciones y emociones, propias de un final de siglo que había vivido intensamente y que había pasado por profundos cambios en las estructuras económica, social, política y religiosa, [...] plasma la complejidad de las nuevas formas de vida, tanto en la organización social y del trabajo como en la vida cotidiana". Véase María Dulce de Mattos Álvarez, "El tránsito de un siglo. El art nouveau", en *Casa del Tiempo*, Núm. 38, p. 11.
5. Una interesante perspectiva sobre la vida cotidiana en Europa a lo largo del siglo XIX puede documentarse en la obra *Historia de la vida privada* dirigida por Philippe Ariés y Georges Duby, específicamente en los Tomos 7 y 8.
6. El hecho de elegir dos ciudades contrastantes nos permite, entre otras cosas, esbozar al menos cómo el fenómeno de la modernidad no puede ser analizado como un proceso uniforme y homogéneo. Al tomar en cuenta los elementos históricos del pasado que nos permiten entender el marco sociocultural y las bases económicas en que se sustentó la modernidad porfiriana, se verifica que es precisamente el pasado histórico particular de cada ciudad, el que proporcionó generalidades y particularidades a esa modernidad.

La primera de ellas, de fuerte tradición virreinal, llegó a ser una de las principales ciudades novohispanas a fines del siglo XVIII, no únicamente por su movilidad económica, sino además por su rica vida artística y cultural. A pesar de los efectos de la secularización, la presencia de la Iglesia en Oaxaca a fines del siglo XIX era aplastante, como había sido desde su fundación en el siglo XVI, particularmente por el gran número y jerarquía de sus edificios religiosos. Esto, lejos de enorgullecer a una buena cantidad de oaxaqueños porfirianos, los avergonzaba pues lo consideraban una evidencia más de su retraso.⁷ Con todo, es un hecho que la contundente presencia física de aquellos edificios impidió que esa sociedad abrazara la vida laica de una manera más libre y se abriera, más espontáneamente, a las nuevas costumbres y formas estéticas que la modernidad ofrecía. Aunque es verdad que la ciudad de Oaxaca se actualizó durante el régimen porfiriano, su sociedad siempre tuvo por cierto que, a pesar de sus esfuerzos, no podría alcanzar el alto estatus que sí había tenido la virreinal.

Por su parte, Jerez fue desde su fundación un pequeño asentamiento que tuvo la desventaja enorme de no contar con yacimientos de plata en una región en la cual este mineral era considerado la única fuente posible de riqueza.⁸ Aunque por ello los jerezanos prácticamente no contaron con el apoyo eclesiástico ni con el civil durante los siglos virreinales, su sentido de comunidad se afianzó al paso de los siglos, de tal suerte que, cuando la movilidad económica porfiriana les brindó la oportunidad, se dieron a la tarea de unir esfuerzos y convertir su ciudad en una ciudad moderna. Lo anterior lo hicieron, no por unirse al discurso del régimen porfiriano, sino porque su desarrollo económico fue tal, que al fin pudieron llegar a saldar cuentas con el pasado y hacer de su

7. Ver Carlos Lira, "La Oaxaca porfiriana. Una ciudad hacia la modernidad", en *Acer-vo*, No. 5, pp. 13-14.

8. El origen de Jerez puede documentarse en Carlos Lira, *Una ciudad Ilustrada y Liberal. Jerez en el Porfiriato*, pp. 17-19.

población aquello que habían deseado desde la etapa colonial.⁹ Hablamos, pues, de una sociedad cuya tradición laica era antigua; una sociedad que se enfrentaba al futuro —no como la oaxaqueña que lo hacía con un pesado pasado exuberante y rico que funcionó en muchos momentos como lastre—, sino con un presente económico y socialmente poderoso, cuyo liviano pasado resultaba ser un impulso.

Los habitantes de la ciudad de Oaxaca asistieron, durante el siglo XIX, a la decadencia física, económica y cultural de su querida ciudad. Frecuentes y destructivos terremotos, continuas guerras y pestes, y un largo y doloroso proceso de secularización, los enfrentó una y otra vez a la muerte, a disputas y separaciones familiares —debidas entre otras cosas a las diferencias conceptuales entre liberales y conservadores—, a cuestionar y poner en duda su fe religiosa, a poner en tela de juicio su identidad. Por ello, y con la expectativa de recuperar la gloria de su pasado, dieron continuidad, conscientemente, a una serie de valores provenientes de su notable pasado urbano virreinal, los cuales al ser entremezclados con los que la modernidad introducía, enriquecieron y diversificaron su vida cotidiana.

Aquella sociedad oaxaqueña se enfrentó a una ciudad antigua que había que modernizar, pero para lo cual necesitaba principalmente dos cosas: primero, contar con suficientes recursos económicos que no tenía; y segundo, desechar o transformar una serie de valores urbanos ancestrales que formaban parte de su vida diaria y que resultaban obsoletos frente a los nuevos que se estaban creando gracias a la novedosa infraestructura urbana y a las innovadoras formas estéticas.¹⁰

9. *Ibidem*, pp. 98-100 y pp. 117-118.

10. En este sentido, el transportarse en tren “de mulitas” implicó compartir el espacio con gente de todo tipo; las quejas por tener que soportar los malos olores, “desmanes”, “atropellos” y “faltas de respeto” eran cotidianas. Respecto a la modernización de la infraestructura y la asunción de las formas eclécticas, véase Lira, “Obra y servicios públicos en Oaxaca”, en Sandra Kuntz Ficker y Priscilla Connolly, coordinadoras, *Ferrocarriles y obras públicas*, pp. 220-259.

Los habitantes del Jerez decimonónico, en cambio, y sin la posibilidad ni necesidad de rescatar un pasado virreinal, se dieron a la tarea de convertir su Villa en Ciudad y experimentaron una mejora económica nunca antes vista. Esta se debió entre otras cosas a la caída de la minería en Zacatecas y a la importancia que adquirió en cambio la agricultura y la ganadería, actividades productivas básicas y ancestrales de las haciendas y ranchos aledaños a Jerez. Así, los jerezanos porfirianos se enfrentaron a un mismo tiempo con la vida urbana y con la modernidad y por ello su vida cotidiana, a la vez “moderna” y “urbana”, fue salpicada realistamente con valores rurales ancestrales dentro de los cuales habían vivido hasta entonces.

A diferencia de los oaxaqueños, hicieron frente a una ciudad que surgía en ese momento y para la cual contaban con sobrados recursos para dotarla de una infraestructura urbana actualizada. Además, y puesto que su arquitectura virreinal era mínima y poco significativa, tanto las casas habitación como los diversos edificios que se erigieron para brindar distintos servicios, pudieron construirse —sin atadura alguna al pasado—, dentro de los esquemas formales y estéticos en boga.

Frente a lo anterior, no cabe duda que el salto que tuvieron que dar los jerezanos durante el Porfiriato, fue de la ruralidad a la urbanidad citadina; mientras que el de los oaxaqueños significó más bien el tránsito de una vida urbana ancestral que se desarrollaba en una ciudad antigua, a una inédita vida urbana que debía insertarse en esa misma ciudad, entonces modernizada, pero que cargaba física y moralmente con un firme e irrevocable pasado.¹¹ Esta situación se reflejó, queriendo y no, en la vida cotidiana de ambas sociedades.

11. Hay que recordar que la modernidad tampoco pudo desarrollarse de manera homogénea en los países europeos. Aquellos que tenían una fuerte carga del pasado, tuvieron que desechar o transformar muchos valores tradicionales en su tránsito a la modernidad. Tal fue el caso de Italia, cuyos ideales clásicos y valores tradicionales fincados en la Antigua Roma, en el Renacimiento y el Barroco, pesaron fuertemente en su camino hacia la modernidad. Así, los cambios propuestos por los movi-

La casa, espacio privilegiado de la intimidad

Sin duda el “hogar” la casa, ha sido uno de los espacios arquitectónicos más significativos en la historia de la cultura universal, y tal vez en la actualidad es uno de los que más cambios ha sufrido, no sólo en sí mismo sino, principalmente, en su relación con la vida cotidiana del ser humano.¹² Podemos considerar la casa como un espacio privilegiado en el que se refleja claramente no sólo el desarrollo de la vida familiar, es decir, la vida privada en “conjunto”, sino también la vida privada individual, personal, íntima, de cada uno de sus miembros. La casa es prácticamente un tabernáculo sagrado que guarda, desde los más íntimos secretos de cada uno de sus miembros, hasta los no menos íntimos familiares que se pactan colectivamente para salvaguardar el “honor”, la “felicidad” y la “armonía”—o en su defecto la “deshonra”, el “dolor” y la “discordia”—frente a sí mismos y los otros, los de “afuera”, aquellos que constituyen otras familias (véase Figura 1).

Todos estos secretos se tejen y confabulan dentro de los muros de la casa y cada época y cada familia ha privilegiado ciertos espacios para convertirlos en “centros” de esa salvaguarda. Así, la adusta sala familiar, la cálida biblioteca, la informal y serena cocina, la amable y mullida alcoba de los padres, y todos los demás espacios que cada época ha incorporado a la casa habitación, han sido elegidos para celebrar en ellos ciertas costumbres familiares —con todo y sus ritos— y cada uno de sus miem-

mientos modernos —particularmente en el caso del Futurismo—, surgieron como una reacción ante el apego que se tenía a los ideales y valores mencionados. Esto explica por qué, en el caso de la arquitectura, el Futurismo se caracterizó solamente en sus manifiestos y proyectos.

12. Una excelente revisión de la casa y su significación en distintas culturas antiguas es la que hace Joseph Rykwert en *La casa de Adán en el Paraíso*; consúltese también Paola Coppola Pignatelli, *Análisis y diseño de los espacios que habitamos*, particularmente el capítulo “La casa como arquetipo”, pp. 165-174.



FIGURA I.

bros puede adivinar lo que sucederá cuando es convocado, sólo o con los demás, a reunirse en tal o cual habitación. Cada uno de los espacios que constituyen una casa han sido, pues, testigos presenciales de innumerables capítulos familiares en los que la vida cotidiana de sus miembros aflora a cada paso —con sus momentos humorísticos, amorosos, cursis, dramáticos y coléricos, solos o entremezclados—, dando sentido y significado a esos rincones, así como a los objetos que los maquillan: muebles, artefactos, adornos, etcétera.

La casa porfiriana

Se han elaborado diversos estudios sobre la arquitectura doméstica porfiriana, por lo que podemos tener una idea lo suficientemente general de ella. Sin embargo, es una realidad que se ha trabajado muy poco la arquitectura doméstica de provincia y, desafortunadamente, algunos trabajos que lo han abordado la explican nada más como un reflejo, como una proyección más de la arquitectura de la ciudad de México; es decir, no la han analizado a partir del particular contexto geográfico, histórico y cultural del lugar. No obstante, lo anterior no impide argumentar que la arquitectura doméstica mexicana, a partir del Porfiriato, se vio transformada en sus programas arquitectónicos, organización espacial y repertorio formal.

Dependiendo de las ciudades en las que se construyeron estas casas, y de la clase socioeconómica a la que pertenecían, fueron varios los espacios que se sumaron a los programas arquitectónicos tradicionales del virreinato.¹³ La individual historia cultural y económica de cada ciudad modificó la organización de estos espacios y también influyó, entre otras

13. Para la ciudad de México véanse Enrique Ayala Alonso, *La casa de la Ciudad de México. Evolución y transformaciones*; Pilar Gonzalbo Aizpuru, "Familias y viviendas en la capital del virreinato" y María Dolores Morales, "Viviendas, casas y usos de suelo en la ciudad de México, 1848-1882", en Rosalva Loreto López, coordinadora, *Casas, Viviendas y Hogares en la Historia de México*, pp. 75-107 y 339-377 respectivamente; Vicente Martín Hernández, *Arquitectura doméstica de la ciudad de México (1890-1925)*; Elena Segurajáuregui, *Arquitectura porfirista. La Colonia Juárez*. Para la provincia ver Rosalva Loreto López, "La casa, la vivienda y el espacio doméstico en la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII", en Rosalva Loreto López, coordinadora, *Casas, Viviendas y Hogares en la Historia de México*, pp. 147-206; Hans Haufe, "El sueño de la dictadura. Hacia una redefinición de la arquitectura poblana en el Porfiriato", en *Primer Coloquio sobre Puebla*, pp. 147-153; Roberto Huerta Sanmiguel, *Lucio Uribe. El alarife de Colima*; Antonio Lorenzo Monterrubio, *Arquitectura, urbanismo y sociedad en Pachuca (Periodo del Porfiriato)*; Aideé Tapia Chávez, "Morelia 1880-1950. La vivienda en el centro de

cosas, en la adopción o rechazo a determinados estilos arquitectónicos. Así, la vida cotidiana que cada sociedad asumió como propia, respaldó la adopción, condena o adaptación de ciertos esquemas arquitectónicos introducidos al país a lo largo del Porfiriato.

Espacio y cotidianidad en la casa oaxaqueña

Como una pervivencia de los valores virreinales, el patio en Oaxaca siguió siendo el elemento a partir del cual se organizaron los distintos espacios que conformaban las casas porfirianas. De proporción cuadrada o rectangular, y centralizados o ubicados lateralmente, los patios principales estaban rodeados completa o parcialmente de altos corredores sostenidos por columnas de cantera, de mampostería o de esbeltas columnas de fierro colado. Desde la calle se accedía a uno de estos corredores a través de una reja de hierro o de madera finamente trabajada, que lo separaba del amplio zaguán que servía de vestíbulo (véase Figura 2).

De entre muchas otras funciones, los zaguanes oaxaqueños fueron testigos de una celebración que año con año se efectuaba durante la Semana Santa, nos referimos al Viernes de Samaritana. En esa ocasión y desde la mañana hasta el fin de la tarde, los zaguanes se adornaban con cañas, guirnaldas y flores, y sobre una mesa cubierta con alfalfa, flores y otras hierbas frescas y olorosas, se colocaban grandes ollas de barro re-

la ciudad", en *Anuario de Estudios de Arquitectura* 2002, pp. 135-148; Victoriano Villar Rubio, *El centro histórico de la ciudad de San Luis Potosí y la obra del ingeniero Octaviano Cabrera Hernández*; Víctor Manuel Villegas, *Arquitectura de Refugio Reyes*; Carlos Lira, "La arquitectura doméstica porfiriana en Oaxaca y la apropiación de la modernidad", en *Anuario de Estudios de Arquitectura. Historia, crítica, conservación*. 2000, pp. 135-162, "Una caracterización de la arquitectura doméstica porfiriana de Jerez, Zacatecas", en *Anuario de Estudios de Arquitectura. Historia, crítica, conservación*. 2003, pp. 61-82 y *Una ciudad Ilustrada y Liberal. Jerez en el Porfiriato*, pp. 167-246.



FIGURA 2. Reja que separa al zaguán del patio en una casa oaxaqueña.

pletas de aguas frescas de sabores muy diversos: horchata con trozos de melón, nuez y pétalos de rosa salpicados, tuna roja, limón rayado, sandía, zapote y la muy tradicional chilacayota. A lo largo del día, y con mayor frecuencia a las horas de máximo bochorno, los transeúntes ingresaban al zaguán para ser atendidos por cualquier miembro de la casa que festivo, amable y gratuitamente, servía al sediento tantos vasos rebosantes de aguas frescas como su necesidad o antojo requiriera.¹⁴

Al traspasar el zaguán, se ingresaba a uno de los corredores de la casa y a partir de éste al patio principal. Las habitaciones se organizaban a su alrededor, quedando al frente una crujía con varias piezas que formaban parte de la casa o que eran independientes y rentadas para comercio, u ocupadas por la familia para el mismo fin. En este caso, se acostumbró que la sala de la casa se desarrollara en una crujía paralela a la que ocupaba el comercio, intercomunicándose ambas a través de varias puertas; una más se abría directamente al zaguán. De esta forma, el beneficio de los miembros de la familia que atendían el negocio era doble, ya que además de tener a la vista el movimiento interior de la casa, podían vigilar al mismo tiempo quién entraba y salía de ella. Igualmente, la contigüidad entre ambos espacios permitía que diversas actividades de la vida familiar pudieran desarrollarse paralelamente a las del negocio sin descuidar ninguna; así, mientras se atendía a las visitas o se cuidaba que los párvulos hicieran sus tareas y labores, a través de las puertas de la sala se vigilaba igualmente el ingreso a la tienda de algún posible comprador o vendedor.

Además del primer patio, alrededor del cual se desarrollaba la casa, fue habitual que se contara con un segundo que se conectaba con el an-

14. Jacobo Dalevuelta dice al respecto: "Cuando llega el Viernes de la Samaritana, nos regalan horchatas en los templos. Ingenua fantasía. Plasman el renglón de la Biblia construyendo arbitrarios brocales de aljibes ilusorios —armazón de madera forrado con manta pintada— y reconstruyen el momento en que Él derramó la fresca ternura del amor en la joven que le ofreciera con sus manos delicadas agua fresca en jarra de terracota". Ver *Cariño a Oaxaca*, p. 112.

terior a través de un corredor o pasillo. En este patio trasero se ubicaban las habitaciones del servicio doméstico, el “común”, bodegas, carbonera y lavaderos, y en ocasiones un pequeño huerto y corral; se dio el caso que además del común hubiera un “baño” localizado en una de las crujiás del primer patio, al que se accedía directamente desde uno de los corredores.

El “común” era en realidad una letrina que, por su insalubridad, se encontraba alejada de las demás habitaciones; mientras que el “baño” fue uno de los espacios que introdujo la modernidad porfiriana. En él existía mínimamente un excusado o “water”, un lavabo y una tina, aunque hubo casos excepcionales en que se agregó bidet y ducha. Así, la antigua alcoba por la que se ingresaba a los dormitorios virreinales —y que era al mismo tiempo vestidor y lugar improvisado para el aseo del cuerpo—, fue desplazada por este nuevo espacio en donde se mezclaron la higiene, el placer y el descanso.

Este tipo de baños, integrados ya espacialmente a las demás habitaciones de la casa, por sus características espaciales y su moderno, estético y confortable mobiliario, que incluía espejos e instalaciones hidráulicas, dio lugar a una inédita concepción del cuerpo humano en la que se mezcló el culto al físico y una nueva forma de erotismo que se originó seguramente en la posibilidad que se tuvo de contar con un espacio en donde la gente podía bañarse en completa soledad, sin necesidad de familiares o sirvientes que transportaran el agua en baldes y cubos de las improvisadas e itinerantes bañeras.

En este nuevo espacio, las personas permanecían más tiempo del que acostumbraban usar en las letrinas, pues en él no sólo “aliviaban el cuerpo”¹⁵ en cómodos e higiénicos sanitarios, sino que en completa privacidad, podían bañarse por aseo o por placer, además de acicalarse, afeitarse,

15. En Oaxaca esta era la manera en que la “gente con educación” se refería a las funciones que otros sectores llamaron simplemente “defecar” y “orinar”, o bien “evacuar”, “desalojar” o “hacer sus necesidades”.



etcétera.¹⁶ Por si lo anterior no fuera suficiente, la decoración de estos espacios, ya fuera al estilo *Art Nouveau*, morisco, gotizante, o proveniente de cualquier otro repertorio formal del eclecticismo, los convirtió en lugares más atractivos también en el sentido estético; sumado al placer del baño estaba el del contemplar los sensuales latigazos *Art Nouveau* o los motivos neogriegos o moriscos de lambrines y cenefas, lámparas, marcos de espejos y aun de los accesorios (véase Figura 3).

En otro orden de cosas, la ubicación de los baños, alejada ya de los espacios normalmente ocupados por la servidumbre, modificó la forma y la frecuencia en que se habían venido dando las relaciones ancilares, pues separó los espacios que hasta ese momento, a querer o no, habían compartido los miembros adultos de la familia —especialmente los varones— con las sirvientas. Estas relaciones, admitidas con bastante naturalidad por la mayoría de las familias, no dejaban de ser de cualquier forma escandalosas, particularmente cuando se cometían indiscreciones y trascendían al ámbito público, por lo que eran vistas entonces como producto del cinismo y de la desvergüenza.¹⁷

Una pieza más de la casa, la cocina, tenía comunicación tanto al patio trasero como al pasillo que servía de tránsito entre aquel y el principal; se cuidó siempre que, aunque estuviera próxima al comedor, no fuera visible desde el patio principal. Aunque en la ciudad de México las

16. Michelle Perrot señala que en Europa, hacia 1900, en el cuarto de baño, privado y provisto ya de un sólido cerrojo, el cuerpo desnudo pudo comenzar a experimentar "...su movilidad al abrigo de cualquier intromisión". Lo anterior sin duda tuvo los mismos efectos para la gente de México. Ver Michel Perrot y Alain Corbin, "Entre bastidores", en Philippe Ariés y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, Tomo 8, p. 144.

17. Las relaciones ancilares para los franceses y sin duda para muchos mexicanos tenían sus ventajas. "Los amoríos con la criada evitan la dilapidación de una fortuna o un compromiso para la salud; así como frustran los 'asuntos molestos'". *Ibidem.*, p. 252.

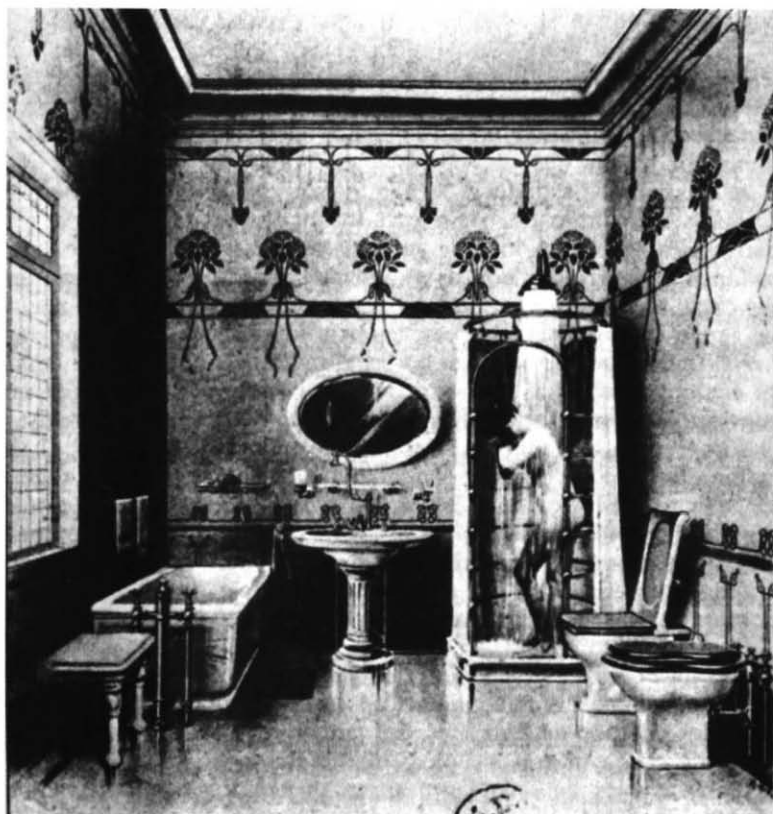


FIGURA 3.

cocinas, al igual que los baños adquirieron una imagen “higiénica” y se introdujo en ellas nuevo mobiliario, lo más común en Oaxaca fue que se continuara utilizando el tradicional brasero ubicado al centro de la cocina y sobre una plataforma, prácticamente como un altar. Razones no faltaron para jerarquizarlo así pues, además de los nuevos platillos extranjeros que fueron primero degustados por los paladares oaxaqueños y después preparados por quienes así lo quisieron para integrarlos a

su dieta, se continuaron cocinando también los antiguos y complicados guisos criollos y mestizos.

Como antaño, la cocina siguió siendo para muchos oaxaqueños un espacio familiar, principalmente infantil y mujeril, al cual los varones adultos de la casa acudían esporádicamente y casi sólo por el antojo que producía el olor del chocolate recién hecho, de los chiles asados, las tortillas apenas sacadas del comal, o el de los estofados y moles “coloridos”.¹⁸ Los párvulos de ambos sexos adiestraban sus sentidos limpiando frijoles y lentejas, pelando chícharos, reventando y limpiando ejotes, entablillando chocolate, o bien aprendían pesas y medidas y repasaban las “cuentas” ayudando a los mayores en tener listos los ingredientes de guisos, panes, postres y otras delicias.

En un rincón de la cocina, y si la economía lo permitía, solía haber una mesa para los juegos infantiles, y qué mejor si era una especial para jugar parchis, cuyo tablero había sido pintado o pirograbado preciosamente por la señora de la casa. En ella jugaban los niños después de hacer sus tareas bajo la vigilancia de nanas y matronas. Aunque la merienda de los críos podía servirse en el comedor, lo más frecuente era que se tomara en el cálido ambiente de la cocina, entre el olor de los pambazos y demás fritangas que se preparaban desde esa hora para la cena de los adultos. Cuando todo estaba listo y después de tapar las jaulas de los pájaros que colgaban de los corredores, se volvía nuevamente a la cocina en donde sólo a la luz de los fogones, las historias de aparecidos y otros cuentos brotaban de los labios de la madre, abuela, tías y demás parentela; aquellas, competían en calidad e interés con las narradas por nanas y sirvientas. Con voces y movimientos sobreactuados, que además de divertir y ayudar a fijar el conocimiento, buscaban dar rienda suelta a la imaginación de los niños, estos relatos antecedian a la oración nocturna que los preparaba para ir a dormir.

18. Decimos “coloridos” pues en Oaxaca hay, desde el mole “negro” hasta el “verde”, “amarillo” y “coloradito”.

Las cocinas eran también espacios visitados por personas de confianza de la familia, las cuales acompañaban, con amenas charlas y escandalosos chismes, a quien preparaba o supervisaba la elaboración de los alimentos. También la señora de la casa, desde la cocina, tenía un dominio visual del segundo patio, en donde —como ya dijimos—, se ubicaban lavaderos, bodegas y carboneras. Así, cuando los distintos vendedores y cargadores ingresaban a este espacio, la señora no sólo controlaba que todo estuviera en orden, sino además entraba en contacto con ellos para pagar sus servicios y ofrecerles amablemente agua para beber, chocolate o cualquier otro antojo como agradecimiento extra a su trabajo. En este segundo patio, y de acuerdo a las dimensiones que tuviera, podían sembrarse algunos árboles frutales. Sin embargo, lo que normalmente crecía en él —en macetas o en los huecos del pavimento— eran aquellas plantas que servían tradicionalmente para el condimento de guisos o para la elaboración de los remedios caseros: hierbabuena, manzanilla, ruda, albahaca, pitona, hierba santa, epazote, perejil, tomillo, orégano y eneldo.

En las casas porfirianas oaxaqueñas, como en las de otras regiones de México, el comedor ocupó espacialmente un lugar relevante pues se dispuso casi siempre como remate visual del zaguán, es decir, sobre el eje que marcaba el acceso y exactamente frente a él. Pero no sólo se jerarquizó por su posición; además de sus amplias dimensiones, también se utilizaron diversos recursos formales para remarcar su importancia. Así, su acceso era en realidad un gran vano cubierto por extraordinarias mamparas de madera labradas finamente con diseños *Art Nouveau*, gotizantes o islámicos, cuyos huecos se dejaban libres o se cubrían con piezas de vidrio común o de colores, o bien con trozos de papel encerado. En ocasiones, el acceso a este recinto no se hacía frontal, sino lateralmente, en cuyo caso la mampara era utilizada, desde dentro, como vitrina del propio comedor.¹⁹

19. Varias casas aún conservan estas mamparas que son verdaderas celosías. Pueden visitarse las de las casas ubicadas en las calles siguientes: esquina de Murguía y Pino Suárez, García Vigil 212, Independencia y J. P. García, esquina de 5 de Mayo y Mo-

A lo largo del Porfiriato, los comedores cubrieron una doble función: la familiar privada que implicaba el compartir padres e hijos la hora de los alimentos, y otra social que buscaba, a través de la comida, ampliar el círculo de amistades y conocidos, abrir la posibilidad de iniciar algún negocio, conocer y “calar” a los pretendientes de las hijas y amigos de los hijos, etcétera. Por ello, puede decirse que los comedores funcionaron como espacios de “aparato”, en donde la decoración y ajuar, incluidas vajillas y cristalería, no sólo denotaban el “buen gusto” de los dueños de la casa, sino además su desenvuelta economía.

En los comedores, los niños conocían y aprendían a disfrutar de los nuevos sabores de los alimentos y bebidas que, de acuerdo a su edad, podían ingerir. En ellos también aprendían a comportarse socialmente, a respetar el espacio del comensal vecino y no invadirlo con sus codos, a sentarse con “urbanidad”, a usar los cubiertos y trincar con corrección, a beber sin embriagarse, etcétera. A través de la comida, de los múltiples condimentos, de los variados olores y sabores de la comida preparada en casa, se aprendía también sobre la vida: afecto, civismo, política, arte, amor, moralidad, religión, vicios, virtudes y defectos. Mientras se estaba a la mesa, los niños escuchaban respetuosamente, calladamente, las charlas de los mayores y a través de ellas se enteraban del mundo; después de algunos años, llegaban a comprender poco a poco el argot de los adultos y entender finalmente qué significaba, por ejemplo, ir a pedir “tenmeacá”, o los nombres con los cuales los adultos llamaban a ciertas partes del cuerpo o a determinadas acciones “escandalosas” para que los niños no supieran de qué se estaba hablando.

Los hijos mayores se incorporaban a esas charlas y argumentaban, discutían sus ideas con sus antecesores, dándose con esto el intercambio

relos, esquina de Guerrero y Armenta y López, y Av. Independencia 800. De ellas pueden consultarse algunas plantas y fachadas en Lira, *Hacia la Modernidad. Oaxaca 1790-1910*, en prensa. Fotografías de varias de estas mamparas pueden verse en Lira, “La arquitectura doméstica porfiriana en Oaxaca y la apropiación de la modernidad”, pp. 135-162.

necesario para formar una nueva mentalidad que, basada en ese tipo de comunicación, abría la posibilidad de eslabonar las distintas generaciones que conformaban a la familia; de tal suerte que, aún en caso de que las relaciones no fuesen cordiales, la ruptura de ciertos valores obedecía a que, en efecto, éstos debían cambiar. Del mismo modo y por las mismas razones, aquellos valores que debían permanecer por su eficacia, realidad y congruencia, fueron finalmente conservados. Éstos, además de permitir la comunicación entre las distintas generaciones a las que pertenecían cada uno de los miembros de la familia, y su entendimiento y vínculo en lo esencial, fueron seguramente los que dieron seguridad y confianza a esas nuevas proles frente al inédito mundo que la modernidad y el progreso les obligaba a enfrentar.

Otro espacio que cubrió funciones tanto familiares como sociales fue la sala. Ésta también ocupó una posición principal en la organización de los espacios, pues lo más frecuente fue que se desplazara al frente de la casa, ocupando una habitación bastante amplia. Aunque en ciertos casos también su acceso se diferenció de las demás piezas de la casa —formal y ornamentalmente— nunca alcanzó la importancia que se dio al comedor. En tal caso, su ornamentación interior sí llegó a ser por lo general más rica que la de aquél.

En cuanto a su uso, la sala fue un espacio multifuncional. Al ser una habitación afín a las relaciones sociales, fue testigo prácticamente de todos los sucesos familiares que se vinculaban con el exterior: simples fiestas de cumpleaños, “visitas” de imágenes religiosas con sus respectivos “rezos”, tertulias para obtener fondos destinados a alguna obra pía o a la beneficencia, reuniones políticas, celebración de bodas, y otras ceremonias tales como velorios y responsorios. De igual manera, las salas fueron escenario de la devoción y del ambiente severo en que se levantaban los altares de Dolores en la Semana Santa, del sentido introspectivo y consolador que significaba armar los que se erigían en memoria de los difuntos a fines de octubre, o de la algarabía de montar el nacimiento a mediados de diciembre.

La sala era testigo del aprendizaje de los párvulos, tanto en el sentido intelectual como en el de las manualidades y artes. En una de las esquinas de la sala, y si la economía de la familia lo permitía, la presencia del piano resultaba fundamental; y es que contra lo que se ha dicho al respecto, la afición por la música y por los instrumentos musicales en el Porfiriato no fue producto de la pedantería y ociosidad de aquella sociedad, sino una legítima y natural necesidad: el disfrute de la música. Hay que pensar que los que gustaban de ella, únicamente tenían tres posibilidades para disfrutarla: asistir a las “retretas” que se efectuaban en los jardines públicos y en las cuales las bandas y orquestas ofrecían conciertos esporádicamente; “hacer la música” tocando cualquier instrumento; o finalmente silbarla, tararearla o cantarla, con los inconvenientes imaginables. Desde la etapa virreinal, Oaxaca tuvo prestigio por su rica y numerosa producción musical y desde entonces fue común que cualquier persona, independientemente de su situación económica, tocara algún instrumento.²⁰ Fue por eso que también a lo largo del Porfiriato, en Oaxaca se tocó ampliamente el piano, la guitarra, flauta, violín, salterio, etcétera.²¹

En muchas ocasiones, los distintos miembros de una familia tocaban uno o varios instrumentos por lo que formaban pequeñas orquestas familiares que no sólo gozaban de la música en sí misma, sino que, tocándola, también compartían, entre otras cosas, la perseverancia y disciplina

20. Véase Eduardo R. Ibarra, “La Oaxaca de Fray Francisco de Burgoa”, en Margarita Peña, compiladora, *Cuadernos de Sor Juana*, pp. 395-419, específicamente pp. 408-409.

21. Quizá resulte extraño para nuestra mentalidad contemporánea imaginar la música como una necesidad; esto es explicable en la medida en que, en la actualidad, cuando se quiere escucharla basta con encender la radio, poner un CD que se ha comprado en un almacén, o “bajarla” vía Internet. Sin embargo, para aquella sociedad de fines del siglo XIX ninguna de estas posibilidades estaba a su alcance y, aunque el gramófono ya existía, tanto el aparato como los discos tenían un alto costo, por lo que pocas personas podían tener uno en casa.

que conlleva la práctica de los instrumentos, la creatividad y sensibilidad que significa su interpretación, y la organización y compromiso del trabajo en equipo. Todo esto, independientemente de la importancia que tuvo para su propia formación musical, abrió nuevos caminos de comunicación entre ellos y aportó en la construcción y temple de diversos elementos caracterológicos de los hijos.

La sala fue también testigo del galanteo de los pretendientes, peticiones de mano, discusiones, dramas y chismes, arreglos y ajustes del “honor” y del “amor”, hechura y compostura de entuertos, y muchas otras circunstancias gracias a las cuales los niños, primero observándolas furtivamente y luego repitiéndolas en sus juegos hasta “perfeccionarlas”, aprendían a “ser adultos”.

Los dormitorios o recámaras se desplazaban en una o varias crujías, siempre una enseguida de las demás y con comunicación directa tanto a los corredores en torno al patio como entre sí mismas. De todas, la que contenía el tálamo patriarcal era la más privada, pero no por esto descuidaba el control de las otras. En ellas, lo más común fue que los retoños compartieran el espacio con los de su mismo sexo, no más de dos en cada pieza. Cuando el espacio de la casa lo permitía, la separación se daba también por edades, principalmente entre los varones de la familia. Cuando vivía en la casa algún otro pariente, si era “de edad”, se le asignaba la habitación más aislada, tanto para brindarle cierta independencia, como para salvaguardar la intimidad del núcleo familiar primigenio.

Había además un buen número de habitaciones destinadas a diversos usos: costurero, biblioteca, alacena, oficina y salones para tertulias y reuniones familiares informales. En ciertos lugares de México se les llamó “asistencias” y a veces se usaron para aislar al miembro de la familia que resultara contagiado durante alguna epidemia, o para poner los altares y nacimientos y desahogar así a la sala de estas funciones.²²

22. Durante el siglo XIX, Oaxaca fue famosa por la factura de figuras de cera. Mu-



Dijimos al principio de este apartado que en Oaxaca los patios continuaron siendo el “centro” de la casa, independientemente de su forma y desplazamiento. Cuando eran rectangulares, las crujías de habitaciones solían desplazarse al frente y a uno de los lados largos del patio —adquiriendo en planta la forma de “L” o de alcayata—, o bien lo encerraban en tres de sus lados, por lo que la planta tomaba la forma de una “C”. Desde luego que estos esquemas espaciales no fueron privativos de Oaxaca, pueden encontrarse también en la ciudad de México, Morelia, Zacatecas, Aguascalientes, Guadalajara y Puebla.²³ Sin embargo, una característica común en las casas oaxaqueñas es que todas se desplantaron directamente sobre el terreno y no como algunas de otras regiones que lo hicieron encima de una plataforma que daba lugar a la formación de semisótanos. Por esta razón, en las casas oaxaqueñas el contacto con el

ñecas, bodegones, arreglos de flores, retratos y diversas esculturas se trabajaron finamente con este material, pero también se hicieron figuras para los nacimientos tradicionales: pastores, vendedores diversos, leñadores, Reyes Magos, animales, ángeles y demás personajes del pesebre, etcétera. Las más originales fueron las que se elaboraron para montar un tipo de “nacimiento” poco común, que consistía en varias maquetas en las que se representaba, además del episodio del nacimiento de Jesús y los cuadros tradicionales, escenas cotidianas de las festividades decembrinas oaxaqueñas de entonces, con todo y los ambientes en donde se llevaban a cabo: “candelas” callejeras con marmotas, gigantes y multitudes portando canastas de flores y faroles; la “noche de rábanos” en el atrio de Catedral; las tertulias en la Alameda con su venta de buñuelos y el tradicional quiebre de platos; la “misa de gallo” del día 25 que se celebraba en diversos templos, etcétera. Las figuras vestían a la usanza de entonces y de acuerdo al oficio y a la clase socioeconómica que representaran. Por el tamaño que solían tener esas figuras —entre 25 y 30 centímetros—, estos nacimientos llegaban a ocupar con frecuencia toda el área de la “asistencia”, es decir, entre 25 y 30 m².

23. Tanto Vicente Martín Hernández como Elena Segurajáuregui, en las obras citadas, señalan una tipología para las casas porfirianas de la ciudad de México. Véanse específicamente las páginas 97 a 136 de la primera obra y 75 a 120 de la segunda.



FIGURA 4. Tomando el aperitivo en un patio oaxaqueño, 1899.

patio era más inmediato y directo, y por eso también algunos elementos de tradición virreinal que marcaban su centro, como los pozos y estanques o fuentes, continuaron siendo significativos durante el Porfiriato (véase Figura 4).

Debido a lo anterior, por lo general los patios oaxaqueños siguieron siendo espacial y funcionalmente patios y no fueron convertidos, como sí sucedió en otras localidades, en pequeños jardines o espacios arbolados.²⁴ Por supuesto que sí se adornaron con macetas y macetones que se ubicaban alrededor de los estanques y en los corredores. Geranios, hortensias, juanitas, violetas, nardos, conchas, margaritas, jazmines, alhelíes, rosas, y otras especies tales como el fragante *huele de noche*, el brillante *floripondio* o las coloridas *llamarada* y *bugambilia* —que crecían apo-

24. Aunque en ocasiones se llegaron a sembrar en ellos algunos cítricos que a la vez que eran útiles por sus frutos, aromatizaban el ambiente, estos siempre fueron escasos. Además, lo común fue que éstos fueran plantados en pequeños huecos que se dejaban entre las baldosas del patio y no en prados o *parterres*.

yándose en columnas y pilares y llegaban a colgar de las arcadas de los corredores— eran también atractivas para abejas, avispas y “caballitos del diablo” o libélulas que, entre su ir y venir de las plantas hacia el estanque y viceversa, eran perseguidas o admiradas por los niños.

Desde la techumbre de los corredores —sostenidas ya por la acostumbrada viguería o por modernos rieles de hierro— colgaban amplias jaulas en las que habitaban numerosas aves: cenizos, canarios, gorriónes y calandrias que, junto con el acompasado canto de las tórtolas, que en libertad acudían a beber agua de la fuente, anunciaban el amanecer, la cercanía de la tormenta y la proximidad de la noche.

Los muros de los corredores se adornaban con cuadros al óleo, bordados o tapices elaborados por las señoritas de la casa, o con “vistas” compradas de paisajes, animales o motivos florales. Ajuares sencillos de bejuco o de simple madera, permitían a los adultos leer las noticias, convivir con visitas informales, tomar el fresco en las calurosas noches de verano y admirar la luna llena, y bordar y tejer mientras se vigilaban las tareas de los párvulos.

En tiempo de lluvias y a través de largas gárgolas de hojalata o plomo, se derramaba al patio embaldosado con cantera, el agua que se acumulaba en las azoteas, en copiosos chorros, ésta anegaba los caños que servían de límite entre el patio y los corredores, los cuales funcionaban como improvisados y turbulentos “ríos” para jugar “barquitos de papel”.

La presencia del segundo patio, con su huerto, herbolario y corral, daba a la familia de la casa cierta autosuficiencia alimenticia y también enfrentaba a los niños a determinadas responsabilidades y disfrutes. Se conocían allí los sabores y efectos de algunas hierbas, se aprendía a no “señalar” los frutos verdes del aguacatal para que no se cayeran antes de madurar, a proteger las orugas que se convertirían en coloridas mariposas, a dar agua y maíz a las gallinas, y aun con cierto dolor y tristeza, a presenciar la muerte de alguna de ellas, para después olvidar un poco el pesar al saborear la cocinada ya en un exquisito caldo o guisado.

Gracias a esos patios y a sus características, la casa se convertía en un espacio privado que, al cerrarse la enorme y pesada puerta que separaba al zaguán de la calle, fomentaba la vida familiar. Diversiones, afectos, sinsabores y desgracias, amores y desamores, virtudes y vicios, honores y deshonras, quedaban protegidos de las miradas y de las críticas públicas. Y así, no sólo la “ropa sucia” se lavaba en casa, también en ella brillaba resplandeciente y sin recato alguno la cotidianidad afable, dulzona y amorosa de las familias de entonces.²⁵

Entre lo rural y lo urbano. La casa jerezana

La cotidianidad y calidad de vida de los jerezanos del Porfiriato parece haber sido un tanto distinta a la de otras poblaciones en las cuales la urbanización y modernización, además de brindar todas sus bondades, también había hecho más visibles los contrastes entre pobres y ricos, entre “ignorantes” y “letrados”, entre “extranjeros” y “nacionales”. La presencia de los hacendados, comerciantes y grandes propietarios en la ciudad de Jerez, a través de la arquitectura doméstica, resulta ser bastante discreta, y aunque

25. La información básica para reconstruir la vida cotidiana en las casas de Oaxaca, procede de tradición oral. Los relatos provienen de Delfinita Coronado Gijón de Casas, Amparito Barroso, Consuelo e Isabel Casas, Hortensia Casas Coronado y Enriqueta y Guillermina Lira. A ellas dedicamos este trabajo en agradecimiento a su preocupación por construir, amorosa y responsablemente, un sólido puente entre su generación y las siguientes. Lo narrado por ellas pudo confrontarse y confirmarse a través de la consulta de un archivo familiar que perteneció a la primera, el cual contiene, entre otras cosas, numerosa correspondencia, diarios, recortes de prensa, fotografías, etcétera. Ayudaron también dos obras que, aunque no documentan exactamente la etapa porfiriana, dan indicios de algunas pervivencias. Se trata de la ya citada *Cariño a Oaxaca*, de Jacobo Dalevuelta, publicada en 1938 y *Costumbres oaxaqueñas del siglo XIX*, de Francisco Vasconcelos, manuscrito terminado hacia 1916 y publicado hasta 1993.

sobresalen algunos edificios importantes contruidos por ese grupo de actores para albergar sus negocios, nunca resultan ser más ostentosos que lo estrictamente necesario. Asimismo, la mayoría de sus casas habitación no resultan demasiado llamativas, integrándose por ello al contexto de las otras habitadas por un sector socio económico menos relevante.

Parecería entonces que en su generalidad, los jerezanos compartieron una cierta dosis de austeridad en la construcción de sus hogares, pues seguramente los requerimientos económicos y de acción de sus propiedades rurales —ranchos y haciendas—, continuaban siendo prioritarios para su sobrevivencia y permanencia en el estatus urbano que estaban alcanzando.

La traza de Jerez, priorizando precisamente las actividades agrícolas y ganaderas de la mayoría de su población, permitió en muchos casos que las fincas tuvieran un acceso principal y una “puerta falsa”, particularmente en las manzanas cuyos lados mayores se orientaron hacia el oriente o poniente.²⁶ Esto implica que la superficie de un buen número de propiedades tuvo que ser enorme y de hecho así lo demuestra el cuerpo documental al que acudimos para indagar las superficies de las parcelas y los programas arquitectónicos de un buen número de casas.²⁷

26. La “puerta falsa” era en realidad un acceso de servicio ubicado en la parte posterior de la casa. A través de éste se ingresaba a la zona de la casa compuesta por trojes, corrales, bodegas, caballerizas y demás espacios necesarios para desarrollar las actividades familiares asociadas al espacio rural. Carretas, bueyes, caballos, mulas y borregos, conducidos por caporales, peones y demás trabajadores, entraban a la casa por esa puerta, mientras que por la frontal —la principal— ingresaban quienes desarrollaban su vida en la ciudad.

27. Nos referimos al Fondo Notarías, Serie Jerez, perteneciente al Archivo Histórico del Estado de Zacatecas (AHEZ). En el rastreo de cuarenta y cuatro calles de las cincuenta que conformaban la ciudad en 1908, obtuvimos información suficiente para establecer las dimensiones, valores y programas arquitectónicos de ciento cuarenta y ocho propiedades.

La cantidad de metros que cada propiedad tenía no corresponde necesariamente a la que ocupaban las casas propiamente dichas. De hecho, por la descripción de sus programas arquitectónicos, se puede concluir que la mayoría de las fincas estaban ocupadas por patios y otras áreas asociadas a la vida agrícola y ganadera. Aun cuando las dimensiones de las fincas fueran pequeñas, la presencia de un corral era prácticamente obligada. Así, de ciento cinco casas habitación —grandes o pequeñas— ochenta y seis, es decir, el 81.90%, tenía un corral.²⁸ Una de ellas ubicada en la calle de Dolores n° 57, tenía dos que ocupaban 167.41 m², mientras que las demás dependencias de la casa propiamente dicha —zaguán, sala, tres cuartos, dos recámaras, cocina, caballeriza y patio— se desplazaban en una superficie de 311.52 m².²⁹ El común de las casas de Jerez oscilaba entre los 100 y los 500 m² de superficie, lo cual facilitaba la inclusión en ellas de patios, corrales, trojes, huertas y caballerizas —espacios muy necesarios para una sociedad que mantenía un contacto firme con la vida agrícola y ganadera—, además de las tradicionales áreas habitacionales: zaguanes, salas, recámaras, cocinas, etcétera.

De acuerdo a las fuentes consultadas, además del patio, el zaguán fue un espacio que caracterizó a las casas porfirianas de Jerez. Éste era un remanso de tránsito entre la calurosa calle y los frescos patios interiores que podían verse a través de finas rejas de hierro o madera. Con macetas, equipales y filtros de barro para el agua que siempre estaba fresca y lista para el transeúnte que la solicitara, el zaguán jerezano fue un espacio social y de contacto inmediato con lo que sucedía en las calles. Si revisamos el Cuadro 1, podremos ver la importancia que los habitantes de Jerez dieron a este espacio, ya que un alto porcentaje de sus casas lo tuvieron, independientemente de cuales fueran sus dimensiones.

La sala es otro elemento presente en el programa arquitectónico de casi todas las viviendas consignadas; en ocasiones, podía haber además

28. Véase el Cuadro 1.

29. AHEZ. Notarías. Jerez. Borrego. 1895. Caja 2. N° 8, foja 24.

un “salón” y los documentos consultados incluyen una casa que tenía una “sala alta” y otra en la planta baja.³⁰ De la misma manera, las cocinas parecen haber sido indispensables, pues están presentes tanto en las viviendas de dimensiones modestas como en las muy grandes. De hecho, y como se aprecia en el Cuadro 1, en las moradas jerezanas la presencia de cocinas, zaguanes, corrales, “cuartos”, asistencias, patios y recámaras —en ese orden— fue lo más usual.

La cocina fue un espacio importante para la vida familiar y por ello fue frecuente que en ese mismo espacio se ingirieran los alimentos o que esto se hiciera en alguna pieza aledaña que no recibía necesariamente el nombre específico de “comedor”. También en Jerez lo común fue que desde la calle, y a través de la reja o mampara del zaguán, la vista del paseante rematara precisamente en las vidrieras o cancelles del comedor.

CUADRO 1. Espacios recurrentes en las casas de Jerez.

| cocina | zaguán | corral | Cuarto | asistencia | patio | recámara | caballeriza |
|----------|--------|---------|----------|------------|------------|----------|--------------|
| 90 | 87 | 86 | 85 | 82 | 72 | 62 | 50 |
| pozo | tienda | comedor | Pasillo | pajar | troje | común | trastienda |
| 30 | 20 | 18 | 17 | 15 | 15 | 14 | 13 |
| corredor | portal | huerta | despensa | cochera | escritorio | salón | cto. criados |
| 9 | 8 | 7 | 6 | 4 | 3 | 2 | 2 |
| excusado | baño | bodega | Oratorio | | | | |
| 2 | 1 | 1 | 1 | | | | |

FUENTE. Elaboración propia a partir de diversos documentos del Fondo Notarías, Serie Jerez, perteneciente al AHEZ.

30. Esta finca ubicada en la calle de las Flores n° 43 perteneció al señor Martín Núñez y fue comprada en 1901 por doña María Borrego viuda de Núñez, junto con otras siete propiedades. *Cfr. Ibidem*, Jesús Valdez. 1901. Caja 15. N° 22, fojas 50-52; *Ibidem*, Caja 14. N° 15, fojas 29-32.

Respecto a su ornamentación, fue común que estas vidrieras y cancelos de variados diseños, estuvieran sostenidos o enmarcados por estructuras de piedra magníficamente trabajadas, siguiendo formas neomudéjares, neogóticas, clasicistas, *nouveau*, etcétera.³¹ Son numerosas las casas de Jerez que siguieron este esquema y la relevancia formal de sus accesos es tal, que en la actualidad algunos de ellos han sido usados como fachadas de nuevas construcciones (véase Figura 5).

Con cierta frecuencia, los documentos refieren la existencia de “cuartos” o “piezas” de las cuales no se menciona su uso, aunque es probable que funcionaran como salas, recámaras, asistencias, comedores, etcétera.³² Debido a que el carácter de cada uno de estos espacios dependió estrictamente del mobiliario, y en tanto que su función podía variar de un momento a otro de acuerdo a las necesidades de sus habitantes, se tuvo la costumbre de nombrarlos, no por el uso que le imprimía el mobiliario sino por su categoría espacial, es decir, como “piezas” o “cuartos”.

Según las descripciones de los notarios, algunas moradas contaban con cuartos que eran usados como tiendas, los cuales comúnmente se conectaban con la “trastienda”. Ésta, además de servir de bodega, era una habitación que cubría múltiples funciones: lugar de descanso al que se retiraban tanto los empleados como los dueños para “echarse un tempié”, espacio para romper el tedio con los naipes y otros juegos de azar, e incluso como dormitorio temporal o permanente de algún empleado (véase Figura 6).

31. En Aguascalientes, don “Cuco” o Refugio Reyes construyó numerosas casas que siguieron este esquema con diseños de gran creatividad. Para documentar la arquitectura producida por este personaje véase Víctor Manuel Villegas, *Arquitectura de Refugio Reyes*; para el caso de Oaxaca ver Lira, “La ciudad de Oaxaca...”, p. 458.
32. El uso de la “asistencia” en Jerez, al igual que en Oaxaca, fue el de una sala informal para recibir a las personas de confianza. Los jerezanos también la utilizaron frecuentemente como oficina.



FIGURA 5. Antigua portada de un comedor, usada ahora como fachada exterior de un comercio.



FIGURA 6.

Los documentos también refieren la existencia de “pasillos”, “portales” y “corredores” que, a diferencia de los de las casas oaxaqueñas, normalmente se describen como espacios de tránsito entre las distintas secciones de la casa, de un patio a otro, o de éste a los corrales, trojes y caballerizas. Esto es, los corredores en los patios principales jerezanos prácticamente no existieron y, cuando los hubo, fueron sobre todo espacios de tránsito, por lo que no tuvieron las características formales ni funcionales que presentaron los oaxaqueños. La ausencia de corredores en los patios jerezanos, marcó diferencias entre la cotidianidad de sus patios y la de los oaxaqueños.

Es así que en Jerez, más que el patio mismo, fue el pozo quien dio personalidad a los patios y, aunque no siempre se incluye en las descripciones de las fincas, parece haber tenido un peso significativo en la vida cotidiana de los jerezanos. Así lo deja ver Ramón López Velarde en su magnífico poema titulado “El viejo pozo”, del cual incluimos a continuación un fragmento:

El viejo pozo de mi vieja casa
sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces
se clavaba de codos, buscando el vaticinio
de la tortuga, o bien el iris de los peces,
es un compendio de ilusión
y de históricas pequeñeces...
En la pupila líquida del pozo
espejábanse, en años remotos, los claveles
de una maceta; más la arquitectura
ágil de las cabezas de dos o tres corceles,
prófugos del corral; más la rama encorvada
de un durazno; y en época de mayor lejanía
también se retrataban en el pozo
aquellas adorables señoras en que ardía
la devoción católica y la brasa de Eros;
suaves antepasadas, cuyo pecho lucía descotado,
y que iban, con tiesura y remilgo,
a entrecerrar los ojos a un palco a la zarzuela,
*con peinados de torre y con vertiginosas peinetas de carey...*³³

Los espacios de algunas de esas casas eran tan capaces, que al tener que subdividirse por alguna razón continuaban siendo suficientes, particularmente cuando se hacía entre los miembros de una sola familia. Tal el caso del hogar de los Sáenz Sánchez, ubicado en la calle del Jardín Brilanti No. 10, cuya superficie ocupaba 753.30 m², a los que se sumaron 168 m² que pertenecían a la casa No. 8, vecina de la No. 10, también propiedad de dicha familia. Así, cuando la parcela que ocupaban las dos fincas fue subdividida por la voluntad testamentaria de doña Buenaventura Sánchez viuda de Sáenz, cabeza de la familia, se hizo de la forma

33. Para escribir este poema, López Velarde se basó en los recuerdos que tenía del pozo de su casa jerezana. Véase completo en *Poemas de Ramón López Velarde*, p. 50.

siguiente: “a don Antonio el zaguán, sala, dos recámaras, cuarto del tabique, cocina y comedor con derecho al patio, pozo, corral, caballeriza y pajar todo de la casa número 10. A Don Mateo, tienda con armazón y trastienda y el cuarto que sigue en la misma casa numero 10 con derecho al patio, corral con caballeriza y pajar. A don José la casa número 8 con el cuarto del rincón de la casa número 10 que se comunicará a la anterior para que sea sala, dos recámaras, cocina, comedor y zaguán. La huerta se dividirá en tres fracciones iguales, una tercera parte a cada hijo”.³⁴

El mobiliario. Un aderezo indiscutible

Además de que, en efecto, los espacios arquitectónicos de una casa son el escenario en donde se desarrolla la vida cotidiana familiar, no cabe duda que su mobiliario también forma parte de la vida de sus miembros. Como ya dijimos, por el carácter mixto de las casas jerezanas —debido a que funcionaban al mismo tiempo como cualquier casa citadina y como extensión de las actividades ganaderas y agrícolas producto de las propiedades campiranas de sus habitantes—, fue muy común que las distintas piezas que las formaban cambiaran su función de acuerdo a las circunstancias, siendo los muebles los que daban especificidad al lugar. Este “aderezo” o *menage* —que fue el término que usaron los jerezanos para nombrar el mobiliario y accesorios de sus hogares— contribuyó a dar a los espacios cotidianos una personalidad más íntima, más allá de la que aportaban las propias formas arquitectónicas y los esquemas espaciales.

Abordamos este aspecto con tan solo un ejemplo: el testamento de Doña Buenaventura Sánchez de Sáenz,³⁵ el cual pone de manifiesto ese *menage* que humaniza el espacio de cualquiera casa. Esta mujer, además

34. AHEZ. Notarías, Jerez, Manuel Camargo. 1896. Caja 2. N° 14, foja 27.

35. AHEZ. Notarías, Jerez, Manuel Camargo. 1896. N° 14, fojas 26-28.

de repartir la finca en que vivía entre sus tres hijos, les adjudicó los siguientes objetos:

A don Antonio [...] una mesa redonda, un ropero, una mesa grande, los cuadros de los cinco sentidos, la alfombra, cuatro rinconeras, una mesa de cristal, el candil de la sala, una docena de sillas de bejuco, una cama negra, un farol grande y dos chicos. A don José se le asignarán los cuadros de Matilde, los tres cuadros del Retrato octava y sepulcro, una docena de sillas de bejuco, cuatro rinconeras, dos faroles y el cuadro de los grandes hombres, una cama grande y una chica y una cómoda. A don Mateo dos sillones de estrado, un escritorio, el cuadro de los pabellones del mundo, un estante. Los demás objetos de menage de casa se los repartirán con igualdad sus tres hijos [...] a su nieta María de la Concepción Sáenz [...] un catre de metal, una imagen escultura de la purísima concepción, una dolorosa, y un Señor San Antonio en un cuadro. A María de la Luz Sáenz, lega el cuadro del Corazón de María, otro de un niño dormido y un catre de metal.³⁶

Es claro en este testamento que en la casa existían otros muebles a los cuales doña Buenaventura no les asignó la misma importancia que los que sí detalla en el documento. Posiblemente la diferenciación no radicó solamente en el valor económico de esos objetos, sino además en la valoración sentimental e intelectual que la madre hizo de ellos en relación con la vida de sus hijos.³⁷ Es natural que los cuadros religiosos y la escultura de la Con-

36. *Ibidem*, N° 14, foja 37. En esta transcripción conservamos la ortografía original del documento.

37. Por otro documento de 1906, se sabe que los tres hijos vivían para entonces fuera de Jerez; Antonio era empleado público en San Miguel Regla, Mateo vivía en el Distrito Federal y era "Taquígrafo de profesión" y José era también empleado público residente del mineral de Pachuca. También en este protocolo se asienta que María de la Luz y María Concepción son nietas de la ya entonces finada doña Ventura y viven en Jerez. *Cfr. Ibidem*, Sixto Díaz. 1906. Caja 6. N° 13, fojas 88-95.

cepción fueran para las mujeres de la familia, además de la imagen maternal “de un niño dormido”. Para los varones, en cambio, los cuadros legados tienen un carácter un tanto culterano y sobre todo laico: “los cinco sentidos”, “los grandes hombres”. El escritorio y el cuadro de “los pabellones del mundo” fueron para el hijo que seguramente desde entonces mostraba mayores inquietudes intelectuales y culturales que fueron las que posiblemente le llevaron a la Capital del país a cursar una carrera de gran actualidad para entonces.³⁸ Alfombras, sillas de bejuco, sillones de estrado, el “candil de la sala”, la mesa de cristal, el cuadro de “los grandes hombres”, las rinconeras, etcétera, todos esos objetos muestran a una familia acomodada y católica que, sin grandes lujos, tenía interés en vivir confortable y placenteramente, rodeada incluso de cuadros que hacían menos severos los altos muros de sus moradas.

*Los muebles están bien en la suprema
vetustez elegante del poema.
Las arcas se conservan olorosas
a las frutas guardadas;
el sofá tiene huellas de los muslos
salomónicos de las desposadas;
entre un adorno artificial de rosas
surgen, en un ambiente desteñido,
las piadosas pinturas polvorientas;*

38. Carole Leal Curiel señala que a partir del último cuarto del siglo XVIII, en las casas caraqueñas se comenzaron a suplir los cuadros religiosos por cartas geográficas o pinturas de tema neoclásico y militar; ver “Tertulia de dos ciudades: modernismo tardío y formas de sensibilidad política en las provincia de Venezuela”, en Francois-Xavier Guerra, *et al.*, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, pp. 174-175. En la casa jerezana de los Sáenz, las pinturas legadas a los varones son claramente de corte ilustrado, como las que menciona Leal para las casas de Caracas.

*y el casto lecho que pudiera ser para las almas núbiles un nido,
nos invita a las nupcias incruentas
y es el mismo, Fuensanta, en que se amaron
las parejas eróticas de ayer...*³⁹

El sentido ilustrado de los jardines porfirianos

Si la intimidad de la casa porfiriana pudo cobijar la vida cotidiana familiar y privada, los jardines fueron los espacios que privilegiaron la colectiva y pública. Éstos tenían como antecedente a los de la Ilustración, que buscaron reflejar una sociedad en la que imperaba la razón y el orden. En los jardines ilustrados se intentó jerarquizar perfectamente cada una de las clases sociales, así como las actividades desarrolladas por sus distintos representantes. El diseño de estos espacios pretendía ordenar a la sociedad que acudía a ellos y fomentar que su recreación se llevara a cabo pública y colectivamente. De igual manera, buscó estimular la higiene y salud física, la socialización y la aculturación del pueblo; también consideró primordial que estos espacios fueran didácticos y transmitieran los valores de la vida laica, oficial y patriótica.

Sin duda todas estas aspiraciones de los jardines ilustrados resultaban todavía válidas para un México que se encontraba desgastado y desorganizado, tanto por las luchas intestinas iniciadas desde 1810, como por las distintas intervenciones extranjeras que culminaron con la restauración de la República. Por una parte, y en efecto, era necesario ordenar a una sociedad que se encontraba francamente enmarañada entre la religiosidad, el liberalismo, el extranjerismo, el nacionalismo y todos los valores inherentes a estas y otras posiciones; por otra, resultaba apremiante guiar a un pueblo que, por la inestabilidad económica y política

39. López Velarde, fragmento del "Poema de vejez y de amor", en *La Suave Patria y otros poemas*, p. 125-130.

de las anteriores décadas, no sólo se encontraba agotado y desilusionado, sino que además comenzaba a tomar conciencia de que se encontraba a la zaga, particularmente cuando el Segundo Imperio se encargó de enfrentarlo nuevamente a Europa.

Debido a los conflictos políticos, económicos y sociales del siglo XIX mexicano, el proceso ilustrado siguió un ritmo distinto al que había tenido en Europa. La etapa porfiriana posibilitó que algunas partes de ese proceso se cumplieran, específicamente aquellas que reforzaban su ideal de progreso y modernidad. Para ello, era necesario en principio hacer ver a los mexicanos que todos los esfuerzos hechos hasta entonces para crear un México libre e independiente habían sido fructíferos. Asimismo, era importante evidenciar que el país entraba finalmente al progreso y que los beneficios de éste no se reflejarían única y exclusivamente en los espacios privados, sino principalmente en los públicos, en los colectivos de las ciudades.

Para lograr lo anterior, los jardines jugaron un papel protagónico. Así, para lo primero, se determinó que las esculturas que los adornaran fueran principalmente las de héroes nacionales que ilustraran al pueblo la historia de un México libre e independiente, dueño de un rico pasado repleto de personajes que habían dado su vida por la libertad. Lo segundo se llevó a cabo con el acostumbrado recurso de inaugurar primeramente en los jardines, servicios públicos tales como el alumbrado eléctrico y los tranvías. Por ello es que, en efecto, los jardines porfirianos se convirtieron en sinónimo de progreso y modernidad, además de que, por su diseño y por la distribución de sus componentes, se vieron también como reflejo de orden y comodidad. Lo anterior, también contribuyó a que los mexicanos pudieran contar entonces con un lugar colectivo, laico, e intermedio entre lo natural y artificial, para tranquilizar su atribulado espíritu que, por varios años y por las guerras, epidemias, hambres y demás calamidades, no había tenido otro espacio para desahogarse que el interior de los templos, los cementerios o los altares íntimos de las alcobas.

Sin importar el origen de los jardines —ya hubieran sido en principio atrios, plazas, o producto de nuevos proyectos urbanos—, lo importante es que la modernidad que perseguía el porfirismo pudo encontrar en los espacios arbolados y laicos, el lugar ideal para la transformación de la vida cotidiana colectiva. En la apropiación de estos espacios de convivencia comunitaria, el cambio poco a poco se dejó sentir, tanto en el uso y en la imagen como en el significado. El uso de los jardines como punto de reunión para pláticas intelectuales callejeras o como lugar de recreación y descanso, demandó adaptaciones y dimensiones distintas. Poco a poco, fue quedando en el pasado el aspecto básicamente religioso o de vendimia, en tanto que se hicieron nuevos trazados, se esparcieron bancas de hierro entre prados y árboles, se erigieron monumentos en honor de héroes nacionales ancestrales o actuales, se colocaron fuentes ornamentales, etcétera. Lo anterior, además de conformar un espacio colectivo que daba un nuevo aspecto al paisaje urbano, ofreció a los habitantes de las ciudades un lugar de diversión, convivencia y vida colectiva.

Religión, recreación y oficialidad. Los jardines de Oaxaca

La ciudad de Oaxaca contó, durante el siglo XIX, con algunas plazas y plazuelas que en varios casos formaban parte de los atrios de los antiguos edificios religiosos.⁴⁰ Aunque la creación de jardines en esa ciudad se remonta a la primera mitad del siglo XIX, fue durante la etapa porfiriana cuando su formación y diseño cobraron mayor importancia.

40. Ver Lira, "Los jardines de la Oaxaca porfiriana", en *Acervos*, No. 11, pp. 15-22. Una de las consecuencias del proceso de secularización y desamortización de los bienes eclesiásticos fue la proliferación de terrenos que antiguamente habían sido parte de los conventos. Al quedar ociosos, muchos fueron transformados en jardines para "el bien común".

Quizá por moda o quizá porque el cambio climático que comenzó a sufrirse ante la deforestación de las montañas más próximas al valle fue resentido por los oaxaqueños, numerosas plazuelas comenzaron a ser transformadas en jardines. La primera de ellas, la de la Soledad, que se ubicaba en un terreno de pronunciada pendiente, fue convertida en el jardín "Sócrates" en 1881 durante el gobierno de don Francisco Meixueiro. Una gran fuente se colocó en su centro y el desnivel del terreno se salvó por una serie de amplias escaleras que conducían al jardín por el cual se ingresaba al atrio del singular templo de la Soledad.

Aunque en la Plaza de Armas se plantaron árboles desde 1868, en 1881 el gobernador Meixueiro encargó un nuevo diseño de ésta al ingeniero Emilio Brachetti. Siguiendo la moda de aquel momento, Brachetti sustituyó la fuente del centro por un gran zócalo sobre el cual se construyó un singular kiosco que desde ese momento marcó el centro de la Plaza y que posteriormente fue sustituido por otro. A partir de él se trazaron algunas veredas que salían hacia los cuatro lados del cuadrángulo y hacia sus cuatro esquinas en las que se colocaron igual número de fuentes; en el recorrido trazado por las veredas y bajo la fresca sombra de los crecientes árboles, se colocó un buen número de bancas de fierro. Este jardín central sufrió constantes modificaciones y mejoras a lo largo del porfirismo y como la mayoría de los otros, también fue adornado con un monumento que se inauguró el 15 de septiembre de 1885 y que estaba dedicado a Benito Juárez.

La Alameda o "Llano" de Guadalupe, por su parte, era un paseo de bastante tradición desde el siglo XVIII.⁴¹ A partir del 15 de septiembre

41. Todavía en la actualidad es común denominarlo "Llano" y en él se efectuaban con gran lucimiento hasta hace dos décadas los tradicionales "Viernes del Llano". Esta celebración, al amanecer de cada viernes de cuaresma, consistía en un paseo en donde grupos de jóvenes oaxaqueñas daban vueltas en una zona del parque, en tanto que los varones las observaban y decidían a quién o a quiénes de ellas halagar con una flor o un ramo completo. Se elegía además de entre todas ellas a la más simpática y atractiva



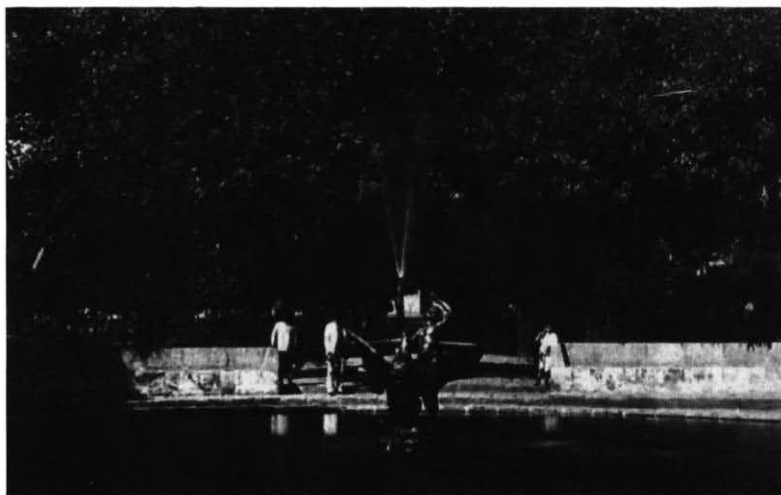


FIGURA 7. Jardín Netzhualcoyotl.

de 1894 cambió de nombre, debido a que en su centro fue colocado un monumento a Juárez; así, el jardín fue llamado a partir de entonces “Paseo Juárez”. En 1892 la ciudad contaba ya con 8 jardines: “la Alameda de León, el Benito Juárez [Zócalo], Netzhualcoyotl [Llano y después Paseo Juárez], Homero [Consolación], Platón [San Francisco], Juan Peláez de Berrio [Merced], Sócrates [Soledad] y Virgilio”.⁴² Según la misma fuente, en los tres primeros había una abundancia de “plantas florales y una diversidad de árboles”. En el Benito Juárez y en el Nezahualcoyotl había 549 árboles de los cuales 157 eran fresnos, 4 eucaliptos, 15 higos y el resto estaba constituido por álamos y cipreses, toronjos, naranjales,

de la mañana para nombrarla “madrina” de ese viernes y obsequiarle gran cantidad de flores. El paseo se amenizaba con la música de la Banda del estado o de algún otro grupo musical.

42. *Periódico Oficial...*, Oaxaca de Juárez, febrero 19 de 1892, p. 1. Transcribimos el texto con su ortografía original. Documento.

mangos, limonares y limares. En la Alameda de León crecían 55 fresnos, y en las plazuelas Leona Vicario (Carmen Alto), Orden y Libertad (Labastida) y de “Los Aztecas” (San Pablo) había 25, 14 y 7 fresnos, respectivamente (véase Figura 7).

Es claro según esta información que el ambiente creado tanto en el Juárez como en el Nezahualcoyotl difería bastante de los otros por la presencia de los cítricos, higueras y mangales, además de las plantas florales. No eran, pues, sólo lugares de recreo y descanso sino que también ofrecían a sus visitantes la posibilidad de disfrutar el aroma y saborear los agrídulces y frescos frutos que ofrecían algunos de sus árboles.

Así como los jardines con todos sus atributos naturales fomentaron una imagen reposada y alegre de la vida, también la presencia de los monumentos a los héroes fomentó la atención a los valores cívicos. No en balde los nombres de los jardines eran todos laicos y llevaban nombres de héroes y personajes célebres de la antigüedad clásica. La fórmula parece haber sido: “En cada jardín un monumento” y qué mejor si el monumento era dedicado a Juárez.

La transformación de las plazas en jardines durante el porfirismo modificó radicalmente su uso, imagen y significado. La mayoría eran originalmente lugares destinados al abasto de agua por las fuentes públicas que generalmente se encontraban en ellas; habían funcionado también como centros de reunión para venta de diversos productos tales como aves y ganado menor, carbón para los braseros, tortillas y pan, o habían sido simplemente espacios a los que acudían personajes diversos que ofrecían sus servicios en los oficios de albañilería, encalado y pintura de muros, carpintería, herrería, etcétera (véase Figura 8).

A partir del Porfiriato todas, con excepción de la plaza del mercado, se convirtieron en centros de recreación y de descanso. Un buen número de especies arbóreas fue plantado en ellas y las fuentes de estos ahora “jardines” tuvieron casi exclusivamente un uso estético y de confort ambiental. En ellos se trazaron estrechos andadores limitados por setos en





FIGURA 8. Plaza principal de Oaxaca antes de convertirse en jardín.

los que se mezclaban nomeolvides, pensamientos, madreselvas, violetas, jazmines y otras flores y plantas olorosas que aromatizaban y purificaban el ambiente. Bancas dispersas servían para el flirteo, para el descanso, para las discusiones políticas, para el “chisme” sabroso que mantenía a la sociedad bajo cierto control, o para sentarse a saborear una refrescante nieve de tuna o limón en los agobiantes días de calor.

Los aguadores, los lecheros, los tepacheros, los carboneros con sus atados y sus palos de ocote, las tortilleras con sus “totopos”, “tlayudas” y tortillas que atestaban las plazas con su colorida presencia, las abandonaron entonces y se convirtieron en vendedores ambulantes que de casa en casa ofrecían sus productos, hasta que poco a poco fueron desapareciendo del paisaje urbano para incorporarse a otras actividades que

pudieran ofrecerles mayores beneficios y un lugar que, con la introducción del progreso, habían perdido primero en el espacio de la ciudad y después en la sociedad.

Al transformarse las plazas en jardines, de la tierra apisonada se pasó al empedrado de cantera; de los gritones pregones de sus vendedores y del mordaz regateo de los compradores, al tranquilo sonido del agua de la fuente, al de los árboles movidos por el viento, al de los trinos de las aves que revoloteaban entre ellos y al de los suspiros, murmullos y risas de enamorados y demás concurrentes que se mezclaban ocasionalmente con los gritos exaltados de los niños que ahora podían jugar en un lugar público entre árboles y fuentes. Se pasó del carácter popular que tenían estos espacios por la presencia de los vendedores —con sus trajes humildes, su tez oscura y su comportamiento natural—, al carácter un tanto artificial que era dado por la presencia de figuras aristócratas, refinadas, y a veces afectadas, cuyas pieles eran de otro color o igualmente oscuras, pero mimetizadas por la rebuscada vestimenta y los afeites.

Los olores de la tierra seca y suelta mezclada con los de los excrementos de los animales, con el aroma del ocote, el estimulante olor del maíz recién cocido y el penetrante del tepache y del mezcal, dejaron paso a otros olores: los de las delicadas flores que adornaban los jardines, los de los incitantes perfumes de los paseantes, los de la hojarasca de los árboles que, al ser pisada por los transeúntes despedía frescos aromas vegetales.

En las plazas el ambiente era totalmente humanizado, la relación entre unos y otros no necesitaba mayor muestra de valores humanos que la que las propias relaciones cotidianas establecían. En los jardines, en cambio, la invariable escultura del “prócer” encaramada en solemne pedestal recordaba cotidianamente otros valores, más allá de los que comúnmente importaban a la gente: los valores civiles, la defensa de la patria, la lucha por el poder, el heroísmo.⁴³ No era gracias a “Dios” que

43. Para documentar este proceso en Francia, véase Maurice Agulhon, *Historia Vagabunda*, particularmente el capítulo titulado “Monumentos”, pp. 89-178.

se tenía la oportunidad de vivir los “prodigios” que entonces se vivían, era gracias al Estado, a los héroes de la patria, a las luchas armadas, al poder de la nación, que toda esa sociedad podía gozar de lo que entonces disfrutaba.

Y en esos jardines, junto a aquellos “Titanes” de la patria, junto a la modernidad de las modas de sus visitantes, frente a los estereoscopios de alquiler que mostraban un cúmulo de novedades por venir, frente al progreso y a la vida civil, no faltaba el pregón, el saludo o la despedida, la exclamación, que dejara ver todavía la fuerza de la costumbre, la tradición de una vida religiosa de casi cuatro siglos. Y así, entre el “¡Jesús, mil veces!” o el “¡Jesús, María y José!”, exclamado por alguna dama frente a un suceso notabilísimo, flotaban en el aire también numerosos y pícaros piropos.

Entre la vocación, la ilustración y la modernidad. Los jardines jerezanos

Al inicio del porfirismo, Jerez contaba con seis espacios públicos abiertos que estaban a cargo y eran propiedad del Ayuntamiento: la Plaza Principal, la de La Reforma, la Juárez, la Tacuba, el Jardín Brilanti y la Alameda. Con diferentes funciones y dimensiones, todos fueron importantes espacios y a través de la somera revisión de algunos podremos adentrarnos en diversos aspectos de la vida pública de los jerezanos de entonces.

*Plaza de Armas, plaza de musicales nidos,
frente a frente del rudo y enano soportal;
plaza en que se confunden un obstinado aroma
lírico y una cierta prosa municipal;...
¿Qué se hizo, Plaza de Armas, el coro de chiquillas
que conmigo llegaban en la tarde de asueto*

*del sábado, a tu kiosco, y que eran actrices
de muñeca excesiva y de exiguo alfabeto?*⁴⁴

La más antigua era la Plaza Principal. En ella se efectuaba esporádicamente la vendimia de algunos productos traídos por habitantes de otras poblaciones cercanas —tunas, ollas, zapatos y maguey asado—, por lo que se transformó, andando el tiempo, en Plaza del Mercado. Así funcionó hasta 1887 cuando el Jefe Político Páez Salcedo inició el proyecto de convertirlo en jardín. Él mismo se encargó de las obras preparatorias dentro de las cuales fue primordial la construcción de un acueducto para su riego. Mientras esto sucedía, en un taller local se forjaban, tanto los faroles para el nuevo alumbrado, como una serie de bancas de hierro y madera que serían colocadas en el nuevo jardín. El diseño y los planos fueron hechos por el licenciado Fernando Sansalvador, poeta y escritor del lugar.

El Jardín fue plantado en un rectángulo de 5,200 m², superficie que ocupaba la antigua plaza. A principios de 1888 se comenzó a construir en el centro de la antigua plaza el zócalo octagonal del que sería el kiosco, compuesto por un juego de cuarenta y ocho columnas de piedra. En marzo se inició su construcción con elementos de madera, fierro y zinc⁴⁵ (véase Figura 9).

Los ornamentos tallados en madera fueron realizados por don Andrés Buhr ebanista de origen alsaciano y residente del lugar, auxiliado por los también ebanistas jerezanos Bibiano Trujillo y Severo Revilla. Este último había realizado la carpintería de dos edificios notables de esa ciudad: la Escuela Municipal para Niñas y el Teatro Hinojosa; la decoración del kiosco fue realizada por Jesús Gámez.

Un año después, en 1889, a instancias del nuevo Jefe Político Victoriano Ortiz se pavimentó el jardín con setecientas cuarenta lozas de piedra

44. Ramón López Velarde, fragmento de "En la Plaza de Armas", en *La suave patria y otros poemas*, p. 139-141.

45. Luis Miguel Berúmen, *Conozco Jerez*, p. 20



FIGURA 9. Jardín y Kiosco de Jerez.

rosada combinada con negra, las cuales delimitaban una serie de andadores de arena apisonada. El encargado del jardín formó, además, dos prados en los que trasplantó ocho naranjos grandes y dieciséis chicos; delineó otros prados más con cuatrocientas dieciocho macetas y el kiosco fue iluminado con ocho lámparas de importación. El encargado del jardín, desde su inicio, fue el señor Julio Soto, hortelano de renombre que era dueño de una huerta que se ubicaba en la calle del Álamo y que, creativamente, introdujo la novedad de levantar en los prados del jardín pequeños lomeríos en los que sembró diversas especies de cactus y magueyes que alternaban con piedras de curiosas formas, plantas y flores de especies diversas.⁴⁶

En 1893 el siguiente Jefe Político, Pedro Cabrera Calderón, mandó reforzar y pintar cincuenta bancas de fierro que estaban colocadas en el perímetro del jardín. Debido a que provenía de una familia de famosos horticultores, durante su gestión promovió entre otras cosas que se plantaran en el jardín: rosales y variadas plantas de ornato como la madreselva, huelle de noche, jazmines y plúmbagos. Para entonces ya también había árboles frutales —naranjos, manzanos, perales, chabacanos y granados—, que gratuitamente brindaban sus frutas a los paladares inquietos, sin faltar los cedros que el jardinero Soto podaba para darles muy diversas formas, a la manera de los jardines franceses.

El agua que regaba el jardín y que alimentaba las cuatro fuentes colocadas al centro de los cuatro cuadrantes en los que se dividía el parque a partir del kiosco, provenía de una noria que se ubicaba bajo el zócalo. El diseño de las fuentes, presentes todavía en la actualidad, es muy simple y consiste en un vertedero central abalaustrado del cual penden tres platos de diferente diseño y dimensión. La base del vertedero está decorada con un conjunto de garzas con sus alas extendidas. Estos elementos son de bronce y posiblemente de factura inglesa o norteamericana.

46. El "encargado del jardín" recibía como pago 15 pesos mensuales. A veces contó con un "ayudante" que recibía 5 pesos de salario mensual. *Cfr.* Decreto 66, *Plan de arbitrios...*, 1892, en Colección de Leyes y Decretos, 1890-1892, 2a parte, p. 853.

Una de las fuentes, a diferencia de las otras, tiene en su centro una escultura de fina y excelente factura. Según se dice en Jerez, es una alegoría de la primavera y consiste en una figura femenina de cuerpo entero, vestida con una túnica que, sensualmente deja al descubierto su seno izquierdo. Uno de sus brazos, que levanta por encima de su cabeza, sostiene una jarra de la cual surge un chorro de agua que vierte en una copa que sostiene con la mano derecha.

La escultura tiene una interesante historia y forma parte de un conjunto de cuatro ninfas que representaban las cuatro estaciones del año.⁴⁷ En 1896 el diputado Juan Francisco Román, nacido en la cabecera del Partido de Tlaltenango, vecino al de Jerez, solicitó a la presidencia de la República varias esculturas que serían destinadas para el ornato y culto patriótico de Villanueva, Tlaltenango y Villa Hidalgo. Su solicitud fue escuchada y recibió el conjunto de las cuatro estaciones y dos esculturas del cura Hidalgo. Las ninfas fueron enviadas a Villanueva y las efigies del héroe a los otros poblados. A fines de ese año, el Jefe Político de Jerez, después de conocer las magníficas piezas de Villanueva tuvo la ocurrencia de pedir prestada la alegoría de la primavera para que fuera colocada “provisionalmente” en Jerez durante la Feria de la Primavera del siguiente año. Así se hizo y como la pieza no fuera reclamada por los de Villanueva, los jerezanos la adoptaron con gusto para su ciudad.

47. Berúmen, *op. cit.*, p. 22. La alegoría de “las cuatro estaciones” fue usada frecuentemente en el porfirismo. En pintura o escultóricamente, adornó kioscos, fachadas de edificios, pintura mural y plafones, fuentes, etcétera. La Alameda de la ciudad de Oaxaca contó con cuatro esculturas de las estaciones vaciadas en bronce por el escultor Ernesto Scheleske. Ver Lira, “La ciudad de Oaxaca...”, pp. 308-309. En la calle Hidalgo de Zacatecas, muy cerca del Teatro Hinojosa y en la acera de enfrente, hay una casa porfiriana que se conoce como “casa de las cuatro estaciones”, decorada con estas alegorías, una de ellas perdida. Maurice Agulhon señala que en Francia, dentro de la “decoración urbana” proliferó “la alegoría mitológica, cívica o moral” presentada principalmente en tétradas las más de las veces femeninas, imponiéndose entre ellas las cuatro estaciones de Mathurin Moreau. Véase *Historia Vagabunda...*, p. 100.

Es posible que la actitud de los de Villanueva se haya debido a que su párroco Roberto Serrano, había arremetido furiosa perorata en contra de las recién llegadas ninfas, “semidesnudas e infernales creaciones que son una satánica afrenta a las buenas costumbres de la sencilla gente del pueblo, instándolos con su vista diaria a la pecaminosa concupiscencia”.⁴⁸ Por supuesto, que aunque en Jerez hubo también algunas críticas a la desnudez de la primavera, se impuso la razón y el deseo común y público de tener en su jardín principal una escultura de tal naturaleza.

El Jardín Hidalgo —llamado Jardín Chico— se remonta a un suceso ocurrido en 1855, cuando el Jefe Político Jesús Escobedo Silva, en nombre del Cabildo, intentó comprar a la Iglesia la “Huerta de la Virgen” para uso público de la población. En respuesta a la oposición del cura encargado y de otras instancias religiosas, don Jesús terminó expropiándola en 1855. Entre 1861 y 1862, durante la jefatura de Julián Brilanti y Zuazo,⁴⁹ el Cabildo comenzó a construir un jardín en una parte del terreno expropiado cuya superficie era de 1,925 m², precisamente atrás del ábside del Santuario de la Soledad. Aunque por eso se le llamó entonces “Jardín de la Soledad”, después de que este personaje fuera nombrado Alcalde por la Prefectura Imperial en 1864, cambió su nombre al de “Jardín Brilanti” en su honor, puesto que éste había sido creado durante su anterior gestión.

48. Berúmen, *Op. cit.*, p. 22. El autor comenta incluso que desafortunadamente las tres ninfas que quedaron en Villanueva fueron retiradas al poco tiempo sin saberse qué sucedió con ellas. Agulhon señala que “otro aspecto importante de la escultura del siglo XIX [en los monumentos franceses] es [la] presencia obsesiva de la mujer” que se utilizó como alegoría pero que también fue producto de una mentalidad masculinista que se complacía “en la exhibición y contemplación voluptuosas de la imagen de la mujer-objeto”, *op. cit.*, p. 99.

49. Este personaje pertenecía a una importante familia jerezana de principios del siglo XIX cuya ascendencia, por la rama paterna era italiana y por la materna castellana. Emparentaron con los Félix de Arellano, Ferniza, Pasillas y Escobedo, todos apellidos significativos en Jerez.

No fue esa la única razón por la que oficialmente, y luego por costumbre, los jerezanos decidieran perpetuar la memoria de Brilanti; en realidad lo hicieron también porque en su segunda gestión, don Julián se preocupó por la educación, al apoyar entre otras cosas la creación de dos escuelas públicas y ocho privadas, y por introducir a la ciudad “servicios públicos casi desconocidos antes”.⁵⁰ El 5 de mayo de 1905, para conmemorar la célebre batalla de Puebla y en una “serenata”, se inauguró en este jardín el servicio de alumbrado público con gas acetileno, como se hiciera en 1874 en el Jardín Principal con el de petróleo.⁵¹

A pesar de que es el jardín más pequeño de Jerez, se tiene noticia de que en su centro hubo un kiosco en el cual se realizaban dichas “serenatas” en las que intervenía la banda de música de Jerez que dirigía Narciso Arriaga Mercado en 1892.⁵² Aunque no se sabe con precisión cuando se construyó este pabellón, tuvo que ser en el período comprendido entre la restauración de la República y 1910, ya que el 15 de septiembre de 1910, tras su demolición, se colocó en su lugar el monumento a Hidalgo que aún se conserva en la actualidad y que le dio nuevo nombre: “Jardín Hidalgo”.⁵³

Respecto al Jardín Juárez, este formó parte de un proyecto estatal que se llevó a cabo durante el gobierno de Pankhurst entre 1904 y 1908.

50. Berúmen, *op. cit.*, p. 50. En su gestión se empedraron las calles principales y se estableció el Registro Civil.
51. Berúmen, *Leyendas y relatos...*, tomo II, p. 148.
52. En la mayoría de los *Planes y arbitrios...* revisados, se incluye en el rubro “Gastos diversos” una “gratificación á la música por paseos y serenatas, juéves y domingos, funciones cívicas y reposición de instrumentos” que consistía en 1,800 pesos anuales.
53. Durante el Segundo Imperio y a raíz de las bandas militares que vinieron con Maximiliano, se inició en nuestro país la costumbre de las bandas musicales que se hizo tan popular y que se generalizó años después en todo el territorio mexicano. Asimismo el uso de los kioscos o pabellones —principalmente en jardines particulares— fue introducido a nuestro país también durante el Imperio, llegando a ser verdaderamente populares en los jardines públicos porfirianos.

Gracias a éste se plantaron nuevos jardines en Jerez, Pinos, Villanueva, Nieves y Tlaltenango. El de Jerez contó con barandales de fierro y por supuesto con un monumento dedicado al héroe que fue usado para darle nombre a este nuevo espacio público.⁵⁴

Aunque la información sobre la Alameda resulta todavía insuficiente para reconstruirla a detalle, su representación en un plano de la ciudad levantado en 1908, indica que su centro estaba ocupado por un enorme cuadrángulo de 34,200 m² teniendo como eje una gran fuente o un kiosco.⁵⁵ A éste se accedía, no por los acostumbrados senderos radiales que normalmente se usaron en los jardines de la Ilustración, sino por senderos lineales paralelos que obligaban a un recorrido similar al de un laberinto. Sin duda este jardín, junto con las dos avenidas que se formaban en

54. En 1880 el gobierno porfiriano manifestó su interés por dotar al mayor número de jardines de México de monumentos dedicados a distintos héroes nacionales; de ellos, Juárez fue el más exaltado. No es extraño por ello que su nombre o el de "Reforma" se hayan usado entonces para nombrar jardines, plazas, mercados, calles, escuelas, etcétera. En la ciudad de Oaxaca, por ejemplo, en su Plaza Principal se colocó en 1885 un monumento dedicado a este personaje y por ello el lugar fue llamado entonces "Jardín Juárez". En 1894 en el Paseo de Guadalupe se colocó uno más dedicado al mismo héroe, por lo que también el lugar se llamó "Paseo Juárez". En 1889, la plaza que albergaría al mercado, arreglada en lo que había sido el hospital de San Juan de Dios, se llamó "Plaza Reforma". Cfr. Lira, "La ciudad de Oaxaca...", pp. 308-321. Véase también Rosa Casanova y Estela Eguiarte, "La producción plástica en la República restaurada y el Porfiriato: 1867-1911" en *Historia del arte mexicano*, tomo 10, especialmente su apartado titulado "La escultura y el rescate de la historia de México", pp. 1526-1529. Agulhon narra que a la muerte del francés Sodi Carnot, se "desencadenó lo que quizá pueda considerarse el más grande alud de estatuaria del siglo [XIX en Francia] dirigida a un solo personaje", desde mayores que el tamaño natural hasta de unos pocos centímetros de alto; ver *op. cit.*, p. 153.

55. Aunque esta era la parte "diseñada", la superficie arbolada se extendía desde el camino para Jomulquillo al norte, hasta el puente que cruzaba el Río de Jomulco al sur por lo que su área total aproximada era de 76,500 m².

sus proximidades y que se llamaban Alameda Sur y Alameda Poniente, fueron importantes paseos de los jerezanos de aquel tiempo, que se refrescaban bajo la sombra trémula de verdaderos álamos que circunscribían y dividían la ciudad del campo en sus bordes poniente y sur.⁵⁶

La enorme superficie de la Alameda se debió a que, además de contar con espacio suficiente para la circulación de peatones, era necesario también tener espacio para los jinetes que, aunque montaban a caballo cotidianamente, acostumbraron desde la apertura de la Alameda, pasearse solos o en grupos por sus calles de acceso, para después internarse entre sus árboles. La gente de Jerez acudía también de “día de campo” a este espacio público los fines de semana.

La diversión de los habitantes del Jerez porfiriano, contraria a la de los de otras ciudades, tendió más a vivirse de una manera colectiva. No hubo formación de *clubs*, no se acostumbraron las tertulias, veladas literarias o musicales privadas y en cambio se fomentó siempre, a partir de la creación de los jardines y del uso de las calles, la diversión colectivizada y efectuada a la luz pública.⁵⁷ Contaron además con un magnífico teatro en el que lo mismo se llevaban a cabo diversos espectáculos artís-

56. Por el grosor de sus troncos, por su fronda y por su altura, un buen número de los árboles que hoy pueden verse tanto en la Alameda como en las calles que conducen a ella, parecen ser los que fueran sembrados cuando se formó la Alameda.
57. La formación de clubs, círculos y sociedades, así como la costumbre de reunirse en tertulias y veladas, permitió no sólo la difusión de nuevas ideas, sino también su discusión y su incorporación o rechazo. En ciertos casos, incluso a través de estas organizaciones, se dio el control de algunos grupos; así sucedió en Oaxaca en donde el arzobispo Gillow, para tener un contacto más estrecho con la comunidad y permear en distintas actividades cotidianas la moralidad y la ideología católica fundó la “Sociedad Protectora de la buena prensa” y el “Círculo Católico de Obreros” cuyo local contaba con alberca y sala de juegos; ver Lira, *op. cit.*, pp. 388-389. En Lagos de Moreno, un grupo de poetas y hombres de letras se reunían en tertulias y veladas literarias en las que además de leer y comentar sus propias obras, leían autores franceses y nacionales del momento; ver Lira, “Una ciudad del Bajío. Lagos de Moreno

ticos que palenques, a pesar de que la ciudad tenía una Plaza de Toros y otra para la pelea de gallos.

Puede afirmarse que las actividades recreativas de los jerezanos fueron en realidad sencillas y sin sofisticaciones ni intelectualidades, congruentes y acordes a su forma de vida, lo que no significa que sean menos importantes o menos valiosas que aquellas que se dieron en otras sociedades que habían vivido hasta entonces una historia distinta.

Conclusiones

El haber revisado algunos aspectos de las casas y los jardines oaxaqueños y jerezanos, nos ha permitido un breve análisis de la conformación espacial y de las formas de apropiación de esos espacios privados y públicos. Asimismo, debido a que nuestra propuesta inicial fue considerar que tanto los jardines como las casas se transformaron sustancialmente durante el Porfiriato, intentamos contextualizarlos a partir de los cambios estructurales que la sociedad experimentó para consolidar la incorporación de México a la modernidad y al progreso.

A lo largo del trabajo, consideramos necesario ofrecer un marco referencial que permitiera entender, a través de la vida cotidiana, algunos elementos que estuvieron presentes en la conformación de la ciudad moderna en la provincia mexicana. Como afirmamos, el proceso de modernidad en el país no fue homogéneo y tampoco tuvo como único centro la ciudad de México. Es así que, para entender sus generalidades y particularidades, nos parece fundamental buscar sus explicaciones a partir del análisis y conocimiento de cada contexto geográfico, histórico, cultural y económico, ya que estos fueron, individualmente, los que permitieron su particular gestación y desarrollo.

durante el porfirismo", pp. 107-108. La importancia de este tipo de reuniones y organizaciones ha sido señalada por Carole Leal Curiel en *op. cit.*, pp. 168-195.

Como consecuencia de lo anterior, el haber elegido dos ciudades contrastantes —tanto en su historia como en su vida cotidiana—, nos permitió evidenciar algunas de las circunstancias que sus habitantes tuvieron que enfrentar para transformar y consolidar las poblaciones en que vivían como ciudades modernas; es evidente que en ambas sociedades, tanto los propósitos que tuvieron, como los procesos y experiencias que en realidad vivieron para alcanzar la modernidad, fueron muy diferentes.

Las dos ciudades tuvieron como meta la incorporación de nuevas costumbres y formas estéticas que la modernidad ofrecía. Sin embargo, Oaxaca traía consigo la carga de la época virreinal lo que implicaba una doble tarea: romper con el oneroso y rico pasado, o mantener algunos de los aspectos que habían asegurado su importancia en aquella época; en otras palabras, su disyuntiva era desechar valores urbanos y culturales ancestrales, o incorporarlos y transformarlos en valores modernos.

Por otro lado, la modernidad en Jerez posibilitó que pudiera finalmente transfigurarse físicamente de Villa en Ciudad, hecho que coincidió con su circunstancia histórica de contar con un pasado menos gravoso. Así, sus habitantes pudieron enfrentar los cambios con menos elementos del pasado que cuestionar, y por lo tanto con mucha más espontaneidad que los pobladores de Oaxaca. Por ello su perspectiva del futuro estaba fincada más que nada en el presente y por eso también, y a pesar de que su vida cotidiana urbana y moderna estaba permeada por valores rurales ancestrales, siguió siendo una sociedad que mantuvo con naturalidad un contacto firme con la vida agrícola y ganadera.

Al relacionar lo anterior con la arquitectura doméstica, se pudo observar que la casa oaxaqueña conservó algunos valores virreinales que pudieron convivir con la perspectiva moderna. El patio fue un ejemplo, pues aunque en el Porfiriato sus funciones fueron más de convivencia familiar y no de servicios —como había sucedido en el virreinato—, siguió siendo el eje central de organización de los diferentes espacios que conformaban las casas. En la concepción de la casa porfiriana, las



formas arquitectónicas y los esquemas espaciales permitieron que cada compartimiento tuviera un papel definido, haciéndolos responsables de una parte de la conformación y desarrollo de la vida cotidiana individual y familiar.

En contrapartida, la casa jerezana, a pesar de su discreción y austeridad resultantes de su propio contexto histórico y cultural, presentó un carácter mixto; es decir, funcionó como cualquier casa citadina, pero también como extensión de las actividades ganaderas y agrícolas que como vimos, fueron la base económica y social que permitió a los jerezanos su sano ingreso a la modernidad. Este carácter mixto contribuyó a que las diferentes habitaciones de la casa tuvieran un papel más flexible y menos definido, siendo el mobiliario el que se encargaba de propiciar y caracterizar la especificidad de cada una de ellas.

En Jerez, a pesar de que el patio mantuvo su importancia como elemento organizador del espacio, el hecho de carecer de corredores matizó sus funciones. Esto hizo que el zaguán adquiriera un carácter distinto y que fuera el espacio más característico de la casa, pues no sólo servía de tránsito entre la calle y el interior, sino que en él, prácticamente a la vista pública, se desarrollaban algunas de las actividades sociales y familiares que en las casas oaxaqueñas se efectuaban, más privadamente, al abrigo de los corredores.

En relación con los jardines, tanto la sociedad oaxaqueña como la jerezana, buscaron incorporarlos a su cotidianidad. Es por ello que construyeron o transformaron sus jardines acordes a los cánones de la Ilustración y de la vida moderna. En ambos casos, fueron concebidos como espacios de diversión y de descanso, y como forjadores de una identidad patriótica. Fueron espacios vivos que ofrecieron condiciones para el proceso de socialización y de mayor participación en la vida colectiva, cívica y sensorial de la población en general.

De cualquier forma, cada sociedad imprimió en ellos distintos matices que dependieron, una vez más, de sus contrastantes pasados. Oaxaca, apoyada en razones geográficas, históricas y culturales en las que la re-

ligión tenía fuerte incidencia, transformó los antiguos atrios en jardines públicos y laicos, expandiendo también sus actividades colectivas a otros ámbitos, pero conservando otras para desarrollar en la intimidad. Tal fue el caso de las tertulias musicales o de las pequeñas orquestas familiares, que siguieron teniendo como escenario la sala multifuncional. Aunque lo anterior no impidió que las actividades musicales se extendieran a los jardines públicos a través de las retretas, los oaxaqueños continuaron disfrutando la experiencia de hacer o interpretar la música en el espacio privado familiar.

Jerez, congruente con su propia historia, buscó en la creación de los jardines y en el uso de las calles, la realización de actividades que tendieran más a la diversión y al servicio de la colectividad. A diferencia de Oaxaca, y sin espacios religiosos que hubieran quedado ociosos a raíz del proceso de desamortización de los bienes eclesiásticos, los jerezanos plantaron sus jardines, más por natural empatía que por deseos de ser “modernos”. En una sociedad en la cual la labranza del campo y la horticultura eran oficios cotidianos, el hecho de que la inclusión de los jardines en las ciudades fuera entonces considerado símbolo de su modernidad, dio a los jerezanos la oportunidad de continuar siendo lo que eran, pero ahora enriquecido por insertarse dentro de conceptos tales como civilidad y urbanismo que hasta ese momento les eran inéditos. Fue por eso que, independientemente de prados, árboles frutales y flores, que hacían de los jardines espacios naturales y de disfrute sensorial, también se incorporaron fuentes, monumentos, bancas, luminarias y otros elementos que hacían de los jardines espacios confortables, ilustrados, didácticos y progresistas.

Su forma de vida anterior, dedicada básicamente al trabajo en el campo, no tenía las mismas exigencias o sofisticaciones que la de los oaxaqueños. Sus necesidades, acordes con su realidad, fueron en muchos casos distintas. El caso de su Alameda, cuya extensión resulta un tanto desmedida si se compara con el área ocupada por toda la ciudad, se explica precisamente por el carácter campirano de su sociedad, acostumbrada a cabalgar cotidiana-

namente. La creación de éste nuevo espacio continuó promoviendo esa tradición, sólo que ahora en un ámbito diseñado, en el que los prados, senderos y árboles organizaban los recorridos de los jinetes por su Alameda, para que después, solos o en grupos, cabalgaran libremente por entre los árboles.

ARCHIVOS

AMO Archivo Municipal de la Ciudad de Oaxaca

AHEZ Archivo Histórico del Estado de Zacatecas

BIBLIOGRAFÍA

AGULHON, Maurice (1994). *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*. México: Instituto Mora (Col. Itinerarios).

ÁLVAREZ Anguiano, Alfonso (2002). "Modernidad y Utopía", en *Utopía*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 19-33.

ANDA Alanís, Enrique X. De (1997). *Un país nacionalista, un México cosmopolita*. México: Museo Nacional de Bellas Artes, INBA.

AYALA Alonso, Enrique (1996). *La casa de la Ciudad de México. Evolución y transformaciones*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

BARROS, Cristina y BUENROSTRO, Marco (1996). *Vida Cotidiana Ciudad de México. 1850-1910*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, UNAM y Fondo de Cultura Económica.

BEEZLEY, William (1992). "El estilo porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo", en *Cultura, Ideas y Mentalidades*. México: El Colegio de México, pp. 219-238.

BERMAN, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI.

BERÚMEN Félix, Luis Miguel (1997). *Conozco Jerez*. Jerez, Zacatecas: H. Ayuntamiento de Jerez.

- (1996). *Leyendas y relatos de Jerez*, Tomo II, Jerez, Zacatecas, s.e.
- BRADOMÍN, José María o Villa Castañeda, Guillermo (1976). *Crónicas (Del Oaxaca de Hace Cincuenta Años)*. México: La Impresora Azteca.
- (1968). *Oaxaca en la Tradición*. México: Imprenta periodística y Comercial.
- CASANOVA, Rosa y Estela Eguiarte (1986). "La producción plástica en la República restaurada y el Porfiriato: 1876-1911", en *Historia del Arte Mexicano. Arte del Siglo XIX, II*, Tomo 10. México: SEP/SALVAT, pp. 1508-1532.
- CASTAÑEDA, Guzmán, Luis (1988). "La Cultura en Oaxaca: destellos y Apagones", en Francisco Ruiz Cervantes *et al.* (Comp.). *Oaxaca en el Siglo XX. Testimonios de historia oral*. Oaxaca: Ediciones Meridiano 100, pp. 139-151.
- COPPOLA Pignatelli, Paola (1980). *Análisis y diseño de los espacios que habitamos*, México, Editorial Concepto.
- CORVIN, Alain y Michel Perrot (1991). "2. Entre bastidores", en Alain Corbin *et al.*, *Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, en Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, Tomo 8. Buenos Aires: Taurus, pp. 115-313.
- DALEVUELTA, Jacobo (1938). *Cariño a Oaxaca*. México, Ediciones Botas. *El porfirismo en Guanajuato. Ideas, Sociedad y Cultura*, (Simposio), Guanajuato, Universidad de Guanajuato-Centro de Investigaciones Humanísticas, 1994.
- ELIAS, Norbert (1997). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Santafé de Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- ESQUER, Ricardo (1987). *La cultura arquitectónica de Aguascalientes*. México: Centro de Investigaciones Regionales de Aguascalientes.
- GONZALBO Aizpuru, Pilar (2001). "Familias y viviendas en la capital del virreinato", en Rosalva Loreto López (Coord.). *Casas, Viviendas y Hogares en la Historia de México*. México: El Colegio de México, pp. 75-107.
- HAUFE, Hans (1991). "El sueño de la dictadura. Hacia una redefinición de la arquitectura poblana en el Porfiriato", en *Primer Coloquio sobre Puebla*, Puebla, Gobierno del Estado de Puebla, pp. 147-153 (Colección V Centenario).

- HUERTA Sanmiguel, Roberto (1990). *Lucio Uribe. El alarife de Colima*. Colima: Universidad de Colima/H. Ayuntamiento Constitucional de Colima.
- IBARRA, Eduardo R. (1995). "La Oaxaca de Fray Francisco de Burgoa", en *Cuadernos de Sor Juana*, (Comp. y Pról.) de Margarita Peña. México: Coordinación de Difusión Cultural-Dirección de Literatura/UNAM, pp. 395-419.
- (1998). "Fray Francisco de Burgoa, imagen de una provincia novohispana", en Margo Glantz (Editora). *Sor Juana Inés de la Cruz y sus contemporáneos*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM-Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, pp. 73-105.
- LEAL Curiel, Carole (1998). "Tertulia de dos ciudades: modernismo tardío y formas de sociabilidad política en la provincia de Venezuela", en Francoise-Xavier Guerra, Annick Lempérière *et al.*, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México: Fondo de Cultura Económica/CEMCA, pp. 168-195.
- LIRA, Carlos (1997). "La ciudad de Oaxaca. Una aproximación a su evolución urbana decimonónica y al desarrollo arquitectónico porfiriano", tesis de maestría en arquitectura, restauración de monumentos, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura, UNAM.
- . "La Oaxaca porfiriana. Una ciudad hacia la modernidad", en *Acervos. Boletín de los Archivos y Bibliotecas de Oaxaca*, Vol. II, No. 5, Órgano informativo de la Asociación Civil *Amigos de los Archivos y Bibliotecas de Oaxaca*, julio-septiembre de 1997, pp. 12-17.
- . (1999). "Obra y Servicios Públicos en Oaxaca. 1876-1911", en *Ferrocarriles y Obras públicas*, Priscilla Connolly y Sandra Kuntz (Comp.). México: El Colegio de México-El Colegio de Michoacán-Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, pp. 220-259.
- . "Los jardines de la Oaxaca porfiriana", en *Acervos. Boletín de los Archivos y Bibliotecas de Oaxaca*, Vol. 3, No. 11, Órgano informativo de la Asociación Civil *Amigos de los Archivos y Bibliotecas de Oaxaca*, enero-marzo de 1999, pp. 15-22.
- . (2000). "La arquitectura doméstica porfiriana en Oaxaca y la



- apropiación de la modernidad”, en *Anuario de Estudios de Arquitectura. Historia, crítica, conservación*. 2000. México: UAM-Azc., pp. 135-162.
- . “Una ciudad del ‘Bajío’. Lagos de Moreno durante el porfirismo”, en *Anuario de Estudios de Arquitectura. Historia, crítica, conservación*. México: UAM/CYAD, 1999, pp. 95-114.
- . (2001). “Una Ciudad Ilustrada y Liberal. Jerez en el Porfiriato”, tesis de doctorado en Diseño, Línea Estudios Urbanos, especialidad Historia Urbana, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- . “Arquitectura y educación en las escuelas municipales de Jerez, Zacatecas”, en *Anuario de Estudios de Arquitectura. Historia, crítica, conservación*. 2002. México: UAM-Azc., 2002, pp. 107-134.
- . “Una caracterización de la arquitectura doméstica porfiriana de Jerez, Zacatecas”, en *Anuario de Estudios de Arquitectura. Historia, crítica, conservación*. 2003. México: Gernika-UAM-Azc., 2003, pp. 61-82.
- . *Hacia la modernidad. Oaxaca 1790-1910*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, en prensa.
- . “Tres Ciudades mexicanas, Tres Historias, Tres Actitudes”, en *Anuario de Estudios de Arquitectura* 2004. México: Gernika-UAM-Azc., 2004, pp. 97-119.
- . (2004). *Una Ciudad Ilustrada y Liberal. Jerez en el Porfiriato*. México, Ficticia-Gobierno del Estado de Zacatecas-CyAD UAM-Azc.
- . “Metodología de Investigación”, en *Anuario de Estudios de Arquitectura* 2005, México, Gernika-UAM-Azc., en prensa.
- LÓPEZ Velarde, Ramón (1995). *La Suave Patria y otros poemas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1998). *Poemas*. México: Editorial Época.
- LORENZO Monterrubio, Antonio (1995). *Arquitectura, urbanismo y sociedad en Pachuca (Período del Porfiriato)*. México: Gobierno del Estado de Hidalgo.
- LORETO López, Rosalía (2001). “La casa, la vivienda y el espacio doméstico en la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII”, en Rosalva Loreto López (Coord.). *Casas, Viviendas y Hogares en la Historia de México*: México: El Colegio de México, pp. 147-206.

- MARTÍN Hernández, Vicente (1981). *Arquitectura doméstica de la Ciudad de México (1890-1925)*. México: UNAM.
- MATOS Álvarez de, María Dulce. "El tránsito de un siglo. El *art nouveau*", en *Casa del Tiempo*. México: UAM, marzo 2002, Vol. IV, Época III, No. 38, pp. 11-20.
- . "Del *art nouveau* al *art déco*", en *Casa del Tiempo*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, noviembre 2002, Vol. IV, Época III, núm. 46, pp. 46-53.
- MORALES, María Dolores (2001). "Viviendas, casas y usos de suelo en la Ciudad de México, 1848-1882", en Rosalva Loreto López (Coord.). *Casas, Viviendas y Hogares en la Historia de México*. México: El Colegio de México, pp. 339-377.
- TAPIA Chávez, Aideé. "Morelia 1880-1950. La vivienda en el centro de la ciudad", en *Anuario de Estudios de Arquitectura*, México, UAM-A, 2002, pp. 135-148.
- TERRÉN, Eduardo (1999). *Educación y Modernidad. Entre la utopía y la burocracia*. España: Anthropos Editorial Rubi y Universidad de Coruña.
- TOURAINE, Alain (1995). *Crítica da modernidade*. Río de Janeiro: Editorial Vozes.
- PORTILLO, Andrés (1910). *Oaxaca en el Centenario de la Independencia Nacional*. Oaxaca: Imprenta del Estado a cargo de Hipólito Santaella.
- RAMÍREZ Bohórquez, Everardo (1990). *Gentes y Cosas de Oaxaca*. Oaxaca: Secretaría de Desarrollo Económico y Social-Dirección General de Educación Cultura y Bienestar Social del Gobierno del Estado de Oaxaca (Colección "Glifo" del Gobierno del Estado).
- RYKWERT, Joseph (1974). *La casa de Adán en el Paraíso*. Barcelona: Gustavo Gili
- SEGURAJÁUREGUI, Elena (1991). *Arquitectura porfirista. La Colonia Juárez*. México: UAM-Tilde.
- VARGAS Salguero, Ramón (Coord.) (1998). *Afirmación del Nacionalismo y la Modernidad. Tomo II*, en *Historia de la Arquitectura y el urbanismo mexicanos. Volumen II. El México Independiente* (Coord.). Carlos Chanfón Olmos. México: UNAM-Fondo de Cultura Económica.



- VASCONCELOS, Francisco (1993). *Costumbres oaxaqueñas del siglo XIX*, Pról. de Alejandro Méndez Aquino. México: Ediciones Bibliográficas del Ayuntamiento de Oaxaca de Juárez, A.C.
- VILLAR Rubio, Victoriano (1998). *El centro histórico de la ciudad de San Luis Potosí y la obra del ingeniero Octaviano Cabrera Hernández*. San Luis Potosí: Facultad del Hábitat. Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
- VILLEGAS, Víctor Manuel (1974). *Arquitectura de Refugio Reyes*. México: Imprenta Madero.





EL PORFIRIATO,

se terminó de imprimir en noviembre
del 2006 en los talleres de grupo

San Jorge S.A. de C.V.,

Antonio Plaza No. 50, Col. Algarín,

México 06880, D.F. La producción

y edición estuvo a cargo del

Departamento de Evaluación

del Diseño en el Tiempo,

de la Máquina del Tiempo

y Ana María Hernández López.

La impresión se realizó en

papel bond cultural 90 grs.

La edición fue de 500 ejemplares
más sobrantes para reposición.

2894683

UNIVERSIDAD
AUTONOMA
METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo

Azcapotzalco

